LA CONCIENCIA DE MONTALBANO

ANDREA CAMILLERI

narrativa
salamandra

Andrea Camilleri

LA CONCIENCIA DE MONTALBANO

Traducción del italiano de
Carlos Mayor

narrativa
salamandra

La noche de Ferragosto

1

Hacía ya muchos años que en Vigàta era muy habitual que más de la mitad del pueblo fuera a la playa a pasar la noche del 14 de agosto, es decir, la víspera de la festividad de Ferragosto.

Era una especie de migración momentánea. Vigàta se quedaba desierta, a merced de perros y gatos, y los amigos de lo ajeno no dejaban pasar la oportunidad e incluso acudían de pueblos vecinos. Era evidente que había corrido la voz.

La primera oleada de gente, que se presentaba en cuanto empezaba a caer el sol, estaba formada por familias enteras que comprendían tres o cuatro generaciones, desde bisabuelos casi centenarios hasta recién nacidos.

Y todas llevaban consigo, además de tumbonas y sillas para los más ancianos y cochecitos para los más pequeños, la inevitable y gigantesca empanada típica, el *cuddrironi*, adquirido en las mejores panaderías de Vigàta, que podía multiplicarse por tres o incluso cuatro en función del total de componentes de la parentela y de su voracidad, además de rollos de salchicha y todos los bártulos necesarios para asarlos; bártulos que podían ir del simple y modesto hornillo de hierro que funcionaba con carbón a los caros y relucientes equipos aptos para preparar un rosbif.

Y, por descontado, todas las familias se presentaban con un buen transistor que ponían a todo trapo. No tenían más remedio, ya que de otro modo les habría tocado aguantar la música del vecino.

Hacia las nueve, el perfume del mar sucumbía ante el avance de un fuerte olor a salchicha asada. Si por casualidad hubiera

pasado por allí un forastero y hubiera respirado aquel aire, después no habría probado bocado en una semana, de lo saciado que se habría sentido.

La oleada familiar, por llamarla así, empezaba a dispersarse un poco antes de las doce de la noche, pero previamente solían formarse cuadrillas espontáneas de voluntarios voluntariosos que salían, seguidas de un coro lloroso de madres, en busca de los chiquillos que desaparecían de forma sistemática. Y al final los encontraban, tras remover cielo y tierra, adormilados a la orilla del mar o medio enterrados en la arena.

Luego, pasadas las doce y media, llegaba la segunda oleada, compuesta en su totalidad de jóvenes.

Esa caterva no era escandalosa como la primera y sus bártulos no servían para cocinar. Llevaban alguna que otra manta, transistores y guitarras.

Los muchachos y las muchachas llegaban en grupo, pero casi de inmediato se escindían por parejas que se perdían, abrazadísimas ya, en la acogedora oscuridad.

Aquí y allá, de vez en cuando, se encendía y se apagaba de inmediato, cual luciérnaga solitaria, una linterna de bolsillo. Se trataba de cualquier rezagado que iba buscando a su compañera, con lo que podía oírse alguna voz alterada, algún principio de riña, si se producía una confusión desagradable (o, según cómo, quizá agradable).

Cuando despuntaba el sol ya no había ni un alma en la arena de la playa.

Quedaban las basuras, botellas vacías, cajas, bolsas, preservativos, jeringuillas, pedazos de salchicha y de *cuddironi* que los perros callejeros devoraban con fruición.

A los barrenderos les tocaba trabajar un día entero para limpiar todo aquello.

El año anterior, Montalbano se había dado por aludido: había cogido el coche y se había marchado a Fiacca a cenar con toda la calma del mundo. Y con esa misma calma se había tomado el regreso, para llegar a Marinella cuando ya había hecho su aparición la segunda oleada, que por lo menos le permitía dormir.

Sin embargo, aquel año estaba Livia en casa y se había empeñado en no perderse el espectáculo.

Y así, a escondidas de su pareja, el comisario había llamado a Adelina para rogarle que accediera a un armisticio festivo y le preparase algo de cenar.

La asistenta, cumplidora, le había mandado a las nueve de la noche, por mediación de uno de sus hijos, un *cuddrironi* y un rollo de salchicha ya asada que sólo había que calentar en el horno.

Comieron y bebieron en el porche con un hilo musical no demasiado armonioso, procedente de la playa, en el que dominaban Al Bano y Romina Power, que el año anterior habían triunfado en el Festival de San Remo con una canción titulada *Felicidad*.

Y se quedaron allí incluso después de que la primera oleada dejara el campo libre a la segunda.

La noche era oscura como boca de lobo, de un negro uniforme, y tan sólo se oían cuchicheos, risillas y suspiros. La música procedía de alguna que otra guitarra. De vez en cuando, una voz de jovencita llamaba a un tal Armando, que no contestaba.

Luego, cerca del porche, un poco hacia la izquierda, alguien empezó a tocar una armónica. Motivos lentos, melancólicos. Se le daba muy bien. Montalbano se acordó de un famoso intérprete de jazz... ¿Cómo se llamaba? ¿Tiliman? ¿Telemans?

De repente, Livia, que sin darse cuenta se había soplado una buena cantidad de vino, apoyó la cabeza en el hombro del

comisario y se adormiló. Él la cogió en brazos y fue a tumbarla en la cama.

Eran las tres de la madrugada.

Se despertó a las ocho. Livia estaba en brazos de Morfeo. Él se levantó, fue a abrir la cristalera y salió al porche. El calor apretaba ya.

La playa era un mar de basura del que emanaba un hedor a podredumbre. Quedaba un único ser vivo. Estaba a la izquierda del porche, a medio camino de la orilla. El individuo, o individua, dormía enrollado por completo en una manta. Si no se despertaba a tiempo, el sol lo freiría a fuego lento.

Entró en el baño y al salir vio que Livia ya no estaba en la cama.

La encontró en el porche.

—Ahora paso yo al baño y luego vamos a nadar un rato. ¿Te apetece?

—Estupendo.

Fue a la cocina y se preparó una gran taza de café. Livia ya desayunaría al volver de la playa.

Al cabo de media hora volvían a estar en el porche.

—¡Qué raro! —exclamó Livia.

—¿El qué?

—¿No te has fijado en que ahí hay alguien que sigue durmiendo envuelto en una manta?

—Vamos hacia el agua —dijo el comisario—. Al pasar lo despertamos.

Bajaron a la playa, hicieron un eslalon entre todas las inmundicias que cubrían la arena y luego Livia observó:

—Me parece que es un hombre.

Montalbano se fijó. Era cierto. Tenía la manta tan ajustada que se dibujaba la silueta de un cuerpo indudablemente

masculino.

—Ya lo despierto yo —dijo.

Se acercó, se agachó, alargó un brazo y meneó la figura con delicadeza.

—¡Arriba! ¡Que ya es de día!

No hubo ninguna reacción. Quizá dormía ese sueño pesado posterior a una borrachera. Lo sacudió algo más fuerte.

—¡Arriba!

Nada, ni el menor movimiento.

De golpe, el comisario comprendió lo que sucedía. Se levantó, agarró a Livia del brazo y la apartó varios pasos.

—¡Vete a casa!

Ella estaba confundida, desconcertada, aquella inmovilidad también le daba mala espina.

—Pero...

—Hazme caso, por favor.

Esperó a que Livia hubiera entrado y luego se arrodilló al lado de la figura y observó la manta que la envolvía. En la parte superior, la más próxima a la cabeza, se había formado una especie de túnel de tejido por el que podía entrar una mano. Montalbano la introdujo con cautela; se topó primero con el pelo del hombre y luego llegó a la frente.

A pesar del intenso calor, estaba helada con el frío de la muerte.

Volvió corriendo a casa.

—Está muerto, ¿no? —le preguntó Livia.

—Sí.

Se dirigió al teléfono y llamó a Mimì Augello.

Fazio se había llevado a sus padres a pasar tres días en Messina, en casa de un tío al que le tenían mucho cariño. Y el subcomisario tampoco tendría que haber estado: le había contado que había conocido a una francesa con la que había proyectado una escapada a Taormina del 14 al 16, pero el 13

por la noche la chica se había marchado del hotel y si te he visto no me acuerdo. Al final Augello, en lugar de pasar un Ferragosto solitario, iba a pasarlo con bastante compañía. Montalbano le contó el descubrimiento y añadió:

—Mimì, avisa al Ayuntamiento para que manden a unos cuantos agentes municipales que mantengan alejada a la gente. Dentro de nada esto se pondrá imposible de bañistas.

—Y, después, ¿qué hago?

—Llama también al fiscal, al *dottor* Pasquano y a la científica.

—¿Y si ha fallecido de muerte natural?

—Anda, Mimì, no preguntes chorradas. Ya comprobarán científicamente si ha fallecido de muerte natural. Luego te vienes para aquí.

Volvió a mirar la playa desde el porche. Había llegado ya una decena de bañistas. Tomó una decisión.

—Tú quédate aquí —le dijo a Livia—. Yo voy a ponerme al lado. Así no pasarán muy cerca.

Mimì Augello llegó al cabo de media hora. Jadeante y ya cansado, se sentó en la arena.

—Perdona el retraso, pero siendo festivo me ha costado encontrar a todo el mundo.

Iba vestido de punta en blanco, aunque sin corbata, y estaba empapado de sudor.

—Entra en casa, dile a Livia que te dé uno de mis trajes y vuélvete para aquí.

Augello se llevó una alegría. Cuando salió de nuevo a la playa, Montalbano le dijo:

—Quédate tú de guardia. Yo voy a darme un chapuzón, que me estoy achicharrando. Luego te relevo.

No hizo falta, porque al cabo de cinco minutos llegaron

cuatro agentes municipales.

Los de la científica fueron los primeros en aparecer. Enseguida se pusieron a tomar una buena cantidad de fotografías, incluso de la basura que había cerca del cadáver. Y luego empezaron a desenrollar la manta poco a poco.

Y así, lentamente, fue saliendo a la luz el cuerpo del que debía de haber sido un atractivo muchacho de unos treinta años, vestido con una camiseta de tirantes blanca, bermudas y sandalias.

Debajo de la espalda estaba la camisa. Junto al brazo izquierdo había un torniquete y una jeringuilla. La cara no tenía expresión, los ojos estaban cerrados y parecía dormido.

No llevaba cartera ni documentación alguna. Quizá lo había desvalijado algún desaprensivo mientras agonizaba.

El *dottori* Pasquano se presentó cuando la científica acababa de terminar su labor. Estaba de un humor de perros.

—¡Hasta en Ferragosto tienen que venir a tocarme los cojones!

—¿Qué? ¿Anoche perdió al póquer? —le preguntó Montalbano.

—¿Y a usted qué coño le importa?

Sin embargo, después de examinar el cadáver con detenimiento, tuvo a bien informar de que el joven debía de haber muerto de sobredosis hacia las dos de la madrugada.

Cuando llegó el fiscal Tommaseo ya era casi la una.

—¿Es hombre o mujer? —preguntó antes de ver el cadáver.

Sentía una gran debilidad, del todo teórica, por las féminas. En especial si eran jóvenes y bellas.

—Hombre. Lamento decepcionarlo —contestó Pasquano con hosquedad.

Por fin, a la una y media trasladaron el cadáver al depósito

de Montelusa.

—Vente a verme a última hora de la tarde —le dijo Montalbano a Mimì al despedirse.

Y entró en casa.

—Queda un poco de esa pizza de Adelina... —dijo Livia.

—No lo llames «pizza». Es un *cuddrironi*.

—¡Es que no sé pronunciar esa palabra siciliana!

—En fin, te lo agradezco, pero no tengo hambre. ¿Tú has comido?

—Tampoco tengo hambre.

Se miraron y se entendieron.

La única solución era irse a la cama. Y eso hicieron.

2

Mimì llamó a la puerta de Marinella cuando el sol acababa de ocultarse y una ligera brisa no sólo refrescaba el aire, sino que se llevaba lejos, en dirección al mar, el hedor insoportable de la basura que el sol había empezado a fermentar. De no haber sido por ese benéfico vientecillo, no habrían podido sentarse en el porche sin pertrecharse antes de máscaras de gas.

—He pasado por comisaría para ver si había noticias —anunció Augello—. Hasta el momento nadie ha denunciado ninguna desaparición.

—Aún es demasiado pronto —dijo el comisario—. Aunque esperemos que no tarde en llegar esa denuncia, porque en caso contrario la identificación costará Dios y ayuda.

—Bueno, tampoco es que corra mucha prisa descubrir quién era. Al no tratarse de un homicidio... —contestó Augello.

—¿Sabéis qué? —intervino Livia—. A mí esta muerte me ha sobrecogido mucho más que un homicidio.

—¿Y eso?

—Una muerte tan solitaria y sórdida... Mientras a su alrededor había tanta gente que se divertía... No sé, me ha afligido profundamente. ¿Por qué habrá querido matarse?

—Por lo que ha dicho Pasquano, no parece cosa de un suicidio. Ha sido un error, una sobredosis —dijo Mimì.

—Para mí, el que se droga así comete una especie de suicidio continuado —contestó Livia.

Luego cambiaron de tema.

Y Montalbano, en un arranque de generosidad cuyo motivo no supo explicarse, invitó a Augello a quedarse a cenar con

ellos los abundantes restos de *cuddrironi* y de salchicha.

A la mañana siguiente, en la comisaría, Montalbano recibió una llamada del jefe de la científica.

—Esto no se sostiene, Montalbà.

—¿El qué?

—La historia del muerto de la manta.

—¿Qué es lo que no se sostiene?

—Lo de la sobredosis.

—¿Y eso por qué?

—A ver si me explicas cómo puede alguien inyectarse algo y no dejar ni una sola huella dactilar en la jeringuilla.

Montalbano se quedó atónito. No esperaba en absoluto esa noticia, que cambiaba por completo el panorama.

—¿No había ninguna?

—Sí, pero ni una sola identificable. Alguien limpió la jeringuilla torpemente después de la punción.

—¿Qué quiere decir con eso de «torpemente»?

—Pues que hicieron una limpieza superficial, así que quedaron restos de huellas, aunque no bastan para hacer una comparación.

Una duda asaltó a Montalbano.

—Un momento. ¿No podría ser que hubiera sido algo involuntario?

—No te entiendo.

—¿No es posible que las huellas se borraran parcialmente cuando el chico se enrolló en la manta o vosotros lo desenrollasteis?

La respuesta llegó pasados unos segundos:

—No lo descartaría.

Acto seguido, Montalbano llamó a Augello para informarlo de la conversación mantenida. Concluyeron que lo mejor era

esperar los resultados de la autopsia.

—Bueno, aunque a saber cuándo se decide a hacerla Pasquano —dijo Mimì.

—Habría que hablar con él, aunque es capaz de mandarme a...

—Pues ármate de valor e inténtalo.

Montalbano marcó el número. Le contestó el recepcionista del Instituto Anatómico Forense.

—Lo siento, comisario, pero el *dottor* Pasquano está trabajando y ha dejado dicho que no quiere que lo molesten.

—¿Tiene para mucho?

—Me parece que para toda la mañana.

No había más remedio que hacer de tripas corazón y esperar con mucha paciencia a que Pasquano diera señales de vida. Montalbano dedicó un rato a firmar papeles burocráticos de los que, por mucho empeño y voluntad que pusiera, no entendía ni una palabra, hasta que sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que estaría *in situ* una señorita del sexo *fiminino* la cual *sulicita* un *cunsejo*.

—¿Un consejo?

—Eso mismo. Un *cunsejo* sobre su hermano suyo de ella, que esta noche no ha vuelto a su casa suya de él.

¿Una desaparición?

La cosa podía resultar de lo más interesante. Miró el reloj, eran casi las once. Había tiempo de sobras.

—Mándala a mi despacho y dile al *dottor* Augello que venga también.

Entró a continuación una morena bastante graciosa, de ojos grandes y expresivos, que tendría unos treinta años y estaba preocupada y claramente incómoda en un lugar como una comisaría, que le resultaba del todo extraño.

—Me llamo Anna d'Antonio —dijo con un hilo de voz.

Montalbano se presentó, le presentó a Augello y la invitó a

sentarse delante de su mesa. Entendía perfectamente el estado de ánimo de la joven, de modo que le habló en tono paternal, a pesar de que era más o menos de su misma edad.

—Cuéntenoslo todo con calma, tómese el tiempo que le haga falta, estamos a su completa disposición.

—Gracias —dijo la chica—. No sé por dónde empezar. Es que estoy muy preocupada.

—Cuéntenos por qué.

—Miren, resulta que mi hermano Mario, que me lleva tres años, y yo vivimos juntos desde hace diez, cuando murieron nuestros padres. Ninguno de los dos está casado, ni él ni yo.

—¿Su hermano trabaja?

—En este momento es responsable administrativo de la empresa Vigàta Export Import.

—¿Y usted trabaja?

—Yo doy clases de lengua en el instituto de Montelusa.

—Continúe.

—Mario y yo somos el día y la noche. Él a veces no duerme en casa, pero nunca deja de avisarme para que no me preocupe.

—Y esta noche no ha dormido en casa y tampoco...

La joven tuvo un momento de zozobra.

—No. No ha sido esta noche. Me explico: anteayer, el 14, al salir de casa, me dijo que iba a pasar la noche en la playa con unos amigos. Y el 15 por la mañana no apareció. No supe nada de él en todo el día y esta noche no he pegado ojo... Ni una llamada, nada.

—¿Por casualidad no le diría quiénes eran esos amigos con los que iba a salir?

—No.

—Pero usted sin duda conocerá a los amigos de su hermano.

—A algunos sí. Sin ir más lejos, ayer llamé a Carla para...

—Perdone, pero ¿quién es esa Carla?

—Carla Ramírez. La chica con la que sale mi hermano.

—¿Su novia?

—No lo sé... Salen juntos, se ven mucho...

—¿Y qué le dijo?

—Pues que Mario y ella no están pasando un buen momento, así que no quiso acompañarlo... En fin, me dijo claramente que no sabía nada de él.

Montalbano se dio cuenta de que había que ir al grano. Por un instante, al ver la mirada de desasosiego de la chica, le faltó valor. Sacó fuerzas de flaqueza.

—¿Lleva alguna foto de su hermano?

—Sí, claro.

La sacó del bolso y se la tendió al comisario, que la miró y se la pasó a Augello.

No cabía la menor duda: aquella foto era del chico que habían encontrado muerto en la playa.

—¿Su hermano consumía...? —Se corrigió de inmediato—: ¿Su hermano consume drogas?

La joven lo miró asombrada.

—¿Mario? ¡Qué dice!

—¿No sería posible que se drogara sin que usted lo supiera?

—De ninguna manera. Pero ¿por qué insiste tanto en esa historia de las drogas?

Montalbano tomó aire y se volvió hacia Augello, que al instante esquivó su mirada, antes de contestar:

—Porque se ha hallado en la playa el cadáver de un joven muerto por sobredosis. Se parece muchísimo a su hermano.

La chica se quedó blanca como el papel.

—Si ha muerto de sobredosis no puede ser Mario.

Su voz era muy tenue, pero firme.

—¿Se ve capaz de ir a Montelusa, al Instituto Anatómico Forense, a ver el cadáver? La acompañará el subcomisario.

—Sí, me veo capaz.

—Mira a ver si es posible —le dijo Montalbano a Augello, que se puso en pie y salió del despacho.

La muchacha empezó a temblar de pies a cabeza.

Al final se levantó, agarró las manos del comisario y, mirándolo a los ojos, susurró:

—¿Es él? ¿Es él?

—Sí, es él —le dijo Montalbano.

Ella se dejó caer en la silla llorando y murmurando:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Entonces volvió Augello.

—Dicen que sí. Que vayamos.

La joven no podía moverse. Afectuosamente, el subcomisario la ayudó a ponerse en pie, la cogió del brazo y salió con ella.

Montalbano, convencido de que Mimì no volvería pronto, fue a buscar a Livia y se la llevó a almorzar a la *trattoria* San Calogero. Por el camino le contó la visita de Anna d'Antonio y le dijo que no le cabía ninguna duda de que el muerto era su hermano.

—Si se drogaba, puede que consiguiera ocultárselo a su hermana, pero seguro que a su novia no —fue el comentario de Livia—. Si tú te drogaras, seguro que yo me daría cuenta.

—¿Y qué harías?

—Intentaría que lo dejaras.

—Eso es que no me quieres.

—¡¿Qué dices?!

—La pura verdad. Si me quisieras con locura, te drogarías tú también.

—Pero ¡si te quiero con locura!

—¡¿Lo ves?!

—¿Qué se supone que tengo que ver? Yo te amo ciegamente, pero eso no quiere decir que no vea con claridad tus defectos,

que gracias a Dios son muchos menos que tus virtudes.

—O sea, que soy un hombre cargado de defectos, ¿no es cierto?

—Vamos a ver, Salvo, yo no he dicho eso y no tengo la menor intención de discutir.

Por suerte, habían llegado ya a la *trattoria*.

Mimì Augello volvió a las cuatro de la tarde.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—¡Calla! Anna ha identificado a su hermano y se ha desmayado. La he llevado a su casa y no he querido dejarla sola. Me ha dado pena, la pobre. Le he hecho compañía, la he convencido para que comiera algo... Y con eso me he entretenido.

Montalbano no hizo ningún comentario. La compasión de Mimì ante una mujer desamparada siempre resultaba peliaguda.

—¿Cuándo se dignará Pasquano a hacer la autopsia?

—Mañana por la mañana, espero. Mira, quería contarte una cosa que me ha dicho Anna.

—Dispara.

—Por lo visto, desde hace una semana su hermano no estaba de tan buen humor como de costumbre. Se lo veía taciturno, nervioso y brusco. Antes nunca se había comportado así.

—¿Te ha dado alguna explicación?

—No, pero cuando se enteró de que había reñido con la novia se imaginó que el motivo podía ser ése.

3

La amiga de Mario resultaba cada vez más interesante.

—¿Te acuerdas del apellido de esa Carla? ¿Y sabes dónde vive?

—Sí, se lo he preguntado a Anna.

—Vamos a hacer una cosa. Por el momento no sabemos si se trata de una sobredosis o de un homicidio. Vamos a ver qué dice Pasquano. Si a él tampoco le queda claro, interrogamos a la tal Carla.

A la mañana siguiente, Fazio volvía a estar de servicio. Y el comisario le refirió con detalle la historia del muerto de la playa.

—¿Dónde trabajaba?

—Su hermana nos dijo que llevaba la contabilidad de la empresa Vigàta Export Import.

Fazio hizo un gesto de intriga.

—No me suena de nada.

—Ni a mí.

—A lo mejor estaría bien que me informara.

—Si no tienes nada mejor que hacer...

El inspector salió a toda prisa del despacho. Para él, tres días de descanso eran demasiado: tenía que recuperar el tiempo perdido.

• • •

Dado que no había recibido ninguna noticia de Pasquano, Montalbano decidió pasar a la acción y llamarlo.

Eso sí, quiso ir con pies de plomo.

—Le ruego que me disculpe si lo molesto, *dottore*, pero lo cierto es que me urgiría bastante saber...

—¡Virgen santa! ¿Ha leído un manual de buenas maneras o qué? Cuando se me pone finolis me preocupo mucho. ¿Me hace el favor de hablar como una persona normal? ¿Qué coño quiere?

—Saber si ya le ha dado por hacer esa autopsia que ya sabe, en vez de pasarse las horas muertas en el círculo perdiendo al póquer.

—La he hecho, la he hecho.

—¿Y puede decirme algo?

—Seis.

—¿Seis qué?

—Venga con seis *cannoli*.

Subió al coche, compró la media docena de *cannoli*, salió hacia Montelusa, llegó al instituto, aparcó y bajó.

—El *dottore* lo espera —dijo el conserje.

Se dirigió al despacho de Pasquano, que estaba sentado a su mesa escribiendo, y le puso delante la bandeja de los *cannoli*. El forense agarró uno de inmediato.

—Me gustaría saber si...

—Haga el favor de dejar que me acabe el *cannolo* en paz.

Montalbano tuvo que esperar con mucha paciencia.

—Bueno, ya puede preguntar.

—Los de la científica tienen dudas, porque...

—Estoy al tanto de las dudas de los de la científica.

—¿Y qué me dice?

—Que tienen razón.

—¿En qué sentido?

—Pues en que creen que alguien borró las huellas de la

jeringuilla descuidadamente.

—¿Puede explicarse mejor?

—Con ayuda de otro *cannolo*, sí. Vamos a ver. Está claro que el chico murió de sobredosis, lo que pasa es que no me parece que fuera consumidor de drogas. Estoy seguro, al noventa por ciento, de que fue la primera y, por desgracia, última punción de su vida.

—Ya, *dottore*, pero para clavarle la jeringuilla tendrían que inmovilizarlo, ¿no? Digo yo. ¿Y cómo puede ser que un joven sano y robusto como ése no se defendiera, no pidiera auxilio?

—No pudo.

—¿Por qué?

—Porque le habían administrado un somnífero muy potente de efecto casi inmediato. He encontrado restos abundantes. Puede que antes le ofrecieran cordialmente un vaso de vino, el pobre se lo bebiera...

—Por cierto, ¿había comido algo?

—Sí, bastante *cuddrironi* que no le dio tiempo de digerir.

—¿A qué hora se produjo la muerte?

—Con este calor se hace difícil calcularlo más que de un modo bastante aproximado... Pongamos que entre la una y las dos de la noche del 14 al 15.

—En resumen, ¿tiene claro que se trata de un homicidio? ¿En su informe hablará de un crimen?

—Fue un homicidio, sin lugar a dudas. Como tampoco cabe ninguna duda de que estos *cannoli* están de rechupete.

De vuelta en la comisaría después de comer, Montalbano les transmitió a Augello y a Fazio los resultados de la autopsia.

—Y puesto que cuando lo encontré no había rastros que indicaran que hubiera comido ni bebido en compañía —concluyó—, es evidente que quien lo mató se llevó la botella de

vino, el *cuddrironi* y todo lo demás que pudiera haber.

—Es decir, que tenemos que descubrir sí o sí con quién fue a la playa —dijo Augello.

—Y la única que puede decírnoslo es su amiga Carla, porque su hermana Anna ya ha dejado claro desde el principio que no sabe con quién estuvo Mario esa noche.

—¿Quién va a hablar con ella? —preguntó Mimì.

—Ya voy yo —contestó Montalbano.

—Quería contarles algo con respecto a la empresa en la que trabajaba el difunto —intervino Fazio.

—¿Qué has descubierto?

—Para empezar, que hace sólo cuatro meses que la registraron en la Cámara de Comercio, pero está en plena actividad. Exporta productos locales e importa otros de tres países de Suramérica.

—¿Productos locales? ¿Lo dices en serio? —preguntó Augello.

—Eso han declarado.

—A ver si tienen intención de exportar *cuddrironi* y salchichas, Mimì —dijo Montalbano—. Mira, ya que has hecho buenas migas con Anna, entérate de dónde trabajaba su hermano antes. E intenta que te dé el nombre de alguno de sus amigos, por ejemplo, consultando la agenda de Mario o algo por el estilo. Creo que el apellido de Carla era Ramírez, ¿no?

Tras la confirmación de Augello, buscó su número en el listín telefónico, lo encontró, lo marcó y conectó el altavoz.

—¿Oiga? ¿Es Carla Ramírez? Buenos días. El comisario Montalbano al aparato.

Carla se quedó sorprendida y dejó pasar unos instantes antes de preguntar:

—¿Un comisario? ¿Y qué quiere de mí?

—Necesito hablar con usted urgentemente.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

Montalbano no contestó a la pregunta.

—Mire, si no puedo ir yo a su casa, mando un coche patrulla para que la recoja.

Quizá se asustó ante la perspectiva de que todo el vecindario viera que iba a buscarla un coche de la policía con la sirena puesta.

—No, venga, lo espero.

Y colgó.

—¿Por qué no le has dicho que su novio está muerto? —preguntó Augello.

—Porque cuando se lo diga quiero mirarla a los ojos.

Cuando Carla fue a abrirle la puerta, Montalbano se quedó boquiabierto por un momento. Era exactamente como se la había imaginado mientras conducía hacia su casa. Alta, rubia, atractiva, muy arreglada, elegante, aunque incapaz de controlar la curiosidad y los nervios mientras hacía pasar al comisario a una sala de estar bien amueblada.

—Dígame cuanto antes qué quiere de mí, por favor.

—Anna d'Antonio me ha informado de que es usted buena amiga de su hermano...

Carla lo interrumpió:

—¿Esto tiene algo que ver con Mario?

—Sí.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha muerto.

Montalbano esperaba que se alterase, pero, al oírlo, Carla se puso muy pálida, le tembló el mentón, se dejó caer contra el respaldo del sillón y se tapó la cara con las dos manos. Se quedó así unos instantes y luego se levantó.

—Discúlpeme —dijo.

Y salió de la habitación para ir a encerrarse en el baño.

Entonces sucedió algo curioso. Los ojos del comisario se posaron en un gran espejo colgado de la pared situada a su izquierda, a la altura exacta de una puerta abierta. Reflejaba algo que desde donde se encontraba no alcanzaba a distinguir bien. Se puso en pie y se acercó. El espejo reflejaba el dormitorio de Carla y permitía ver una cómoda y parte de una cama de matrimonio.

Encima de la cama había un paquete abierto tan sólo a medias, aunque lo suficiente para ver que contenía una manta de viaje o algo por el estilo. Oyó que se abría la puerta del baño y volvió a sentarse.

Carla se había refrescado y parecía haber recuperado cierta calma.

—¿Cuándo ha sido?

Montalbano se lo dijo. Y a continuación preguntó:

—¿Cuánto hacía que no se veían?

—Unos veinte días.

—¿Habían discutido?

—Discutíamos mucho, él era muy celoso. Pero la última vez fue distinta. Fue una ruptura.

—¿Por los celos de Mario?

—No. Sus celos eran infundados, el motivo por el que yo empecé a discutir era concreto y serio.

—¿Puedo saber cuál era?

—Preferiría no decírselo.

—¿Usted trabaja?

—Sí. Pero estoy de vacaciones.

—¿Dónde?

—Llevo las relaciones públicas de la empresa Vigàta Export Import.

—Ah. ¿Se conocieron allí?

—No, no. Nos conocíamos de mucho antes. El trabajo se lo conseguí yo. —Sonrió ligeramente y prosiguió—: Son las

ventajas de ser la hija del presidente.

—¿Conoce usted a los amigos de Mario?

—Sí, claro. También son amigos míos.

—Me gustaría que me apuntara sus nombres y sus direcciones.

—¿Por qué?

—Porque creo que Mario fue a la playa con alguno de ellos la noche del 14.

La joven torció la boca.

—Yo le doy los nombres y las direcciones, pero creo que se equivoca. Nuestros amigos pasaron esa noche en la casa de veraneo de uno de ellos, en Capo Rossello.

—¿Usted los acompañó?

—No. Estuve con mi padre, que se quedó viudo hace poco. Soy hija única. Fui a las nueve, cenamos y a las once y media volví a casa y me acosté. Si lleva un papel, le dicto los nombres y los teléfonos de nuestros amigos.

No tardaron mucho. Eran sólo seis, organizados en dos parejas y un chico y una chica que no eran novios.

La conversación había llegado a su fin. Y entonces Montalbano decidió disparar el cañonazo.

—Ya lo tengo todo. Pero ¿se da usted cuenta de que se le ha pasado por alto algo importantísimo?

La respuesta fue inmediata y firme:

—No se me ha pasado por alto en absoluto.

—Y, entonces, ¿por qué no me lo ha preguntado?

—Porque me da miedo su respuesta.

—¿Comprende que si no me hace esa pregunta me veré obligado a sospechar que sabe más de lo que me ha dicho?

La joven dejó escapar un largo suspiro.

—Muy bien. Se la hago. ¿Cómo murió?

—¿Sabría contestarla usted sola?

—Sí.

—Adelante.

—De una sobredosis. Ése fue el motivo de nuestra pelea. Hace un mes estuvo a punto de no contarlo. Se salvó por los pelos. Pero esta vez...

4

Fazio tan sólo tardó dos días en hablar con los seis amigos de Mario. Y todas las respuestas casaban.

Sí, habían pasado la noche en la casa de Capo Rossello.

No, Mario no había querido acompañarlos. Lo cierto era que llevaba una semana nervioso y preocupado.

No, Carla tampoco había ido. Había dicho que iba a ver a su padre.

No, aseguraban que Mario no se drogaba. Se fumaba algún porro de vez en cuando, pero nada más.

Por su parte, al enterarse por Montalbano de lo que había declarado Carla, Pasquano primero se enfureció, blasfemó e insultó al comisario, pero al final reconoció que era posible que, si Mario había estado a punto de sufrir una sobredosis un mes antes, no se apreciara en la autopsia.

El comisario puso al día de todo a Livia, quien, tras reflexionar un poco, le dijo algo que lo sorprendió mucho:

—¿De quién era la manta?

—¿Qué manta?

—La que utilizaron para envolverlo.

Estaban en la *trattoria* San Calogero. Él se levantó de golpe, se acercó al teléfono y llamó a Anna, que le contestó que cuando Mario había salido de casa no se había llevado nada. Y añadió:

—Esa manta me la han devuelto precisamente esta mañana. Pero no es nuestra, nunca hemos tenido una manta así. ¿Qué hago?

—Désela al *dottor* Augello cuando lo vea.

—No tiene sentido que el asesino llevara la manta de su casa —le dijo el comisario a Livia—, así que ¿de dónde salió?

Ella no supo qué contestar.

Esa noche, Montalbano y Livia se quedaron en Marinella a ver la televisión, puesto que caía uno de esos diluvios típicos de finales de agosto. Estaban reponiendo un programa de variedades cuando de pronto apareció un hombre de mediana edad que se puso a tocar la armónica. Era Toots Thielemans, el número uno.

Y en ese preciso momento el comisario se acordó del excelente intérprete que había oído aquella noche. Se levantó, salió al porche y miró la playa bajo la lluvia. Sí, la música procedía de algún lugar muy próximo al punto donde se había encontrado el cadáver. Seguro que su intérprete tenía que haber oído o incluso visto algo.

Era fundamental hablar con él, pero ¿cómo encontrarlo?

Le dio vueltas durante buena parte de la noche, hasta que se le ocurrió una idea.

A la mañana siguiente, nada más entrar en su despacho, llamó a su amigo Zito, el periodista que dirigía el canal Retelibera. El resultado fue que, a partir del informativo de la una, se leyó el siguiente comunicado:

La policía necesita ponerse en contacto urgentemente con la persona que, el día 14 de este mes por la noche, estuvo tocando la armónica en la playa vigatesa de Marinella. Se garantiza la máxima discreción. Se ruega llamar a la comisaría de Vigàta y preguntar por el dottor *Montalbano*.

A la siete de la tarde telefoneó el músico en cuestión.

—Puede que sea yo la persona que buscan. Me llamo Massimo Rocca.

—Señor Rocca, le agradezco inmensamente su amabilidad. ¿Tiene cinco minutos para venir a vernos?

—¿Ahora?

—Si fuera posible...

—Muy bien.

Era un treintañero bastante bajito, de mirada inteligente, espabilado y elocuente.

En la entrevista estuvieron presentes Augello y Fazio.

—He traído la armónica —dijo, sacándola del bolsillo de la chaqueta—. Si desean una prueba de que soy realmente la persona a la que buscan...

—Nos lo creemos —dijo el comisario. Y añadió—: Toca usted de maravilla, ¿sabe?

—Soy un simple aficionado. Aunque la verdad es que le dedico todo el tiempo que tengo.

—¿En qué trabaja?

—Soy representante comercial.

—Vamos a pasar al motivo por el que me he visto obligado a molestarlo. ¿Con quién estuvo en la playa esa noche?

—Con mi novia. Se llama Giulia. La que me ha insistido para que viniera corriendo ha sido ella.

—¿A qué hora llegaron?

—Poco después de las doce. —Sonrió—. A usted lo vi, acompañado. Estaba en un porche, con la luz encendida.

—Ya. Desde allí lo oí yo tocar. La oscuridad era absoluta, pero ¿alcanzó usted a oír...?

—Mire, comisario, poco después de nosotros llegó otra pareja. De hecho, él tropezó con los pies de mi novia. Se pusieron muy cerca. No les presté mucha atención, aunque de

vez en cuando oía alguna palabra de lo que decían.

—¿Comieron? ¿Bebieron?

—Sí. Me llegaba el olor del *cuddrironi* y me entró hambre. Nosotros habíamos cenado antes de ir a la playa.

—¿Y luego?

—Luego, al cabo de una hora, más o menos, tuve la impresión de que la chica se había ido y lo había dejado solo. Pero no es más que una impresión, la verdad.

—¿Pasó algo más?

—Sí. Aunque no sabría explicarlo.

—Inténtelo.

—Tuve otra impresión. Me pareció que el hombre ya no estaba solo. Me llegó como un jadeo, intuí un movimiento confuso... Pero duró muy poco.

—¿A qué hora se fueron?

—A las tres. No puedo añadir nada más.

—Señor Rocca, hace un momento ha dicho que de vez en cuando le llegaba alguna que otra palabra... Haga un esfuerzo, por favor, para recordar alguna.

El joven negó con la cabeza.

—Bueno, es que estaba concentrado tocando... Creo que una vez ella lo llamó a él por el nombre... ¿Podría ser que dijera «Dario»?

—¿O «Mario»?

—Sí, quizá. Aunque a lo mejor mi novia tiene más... ¿Puedo llamar por teléfono?

—Adelante.

El joven marcó un número.

—Giulia, te llamo desde la comisaría. Quieren saber si oímos alguna palabra de lo que decía la pareja que teníamos a la derecha. ¿Cómo lo llamó ella a él? ¿«Dario» o «Mario»? «Mario», vale. ¿Y tú oíste alguna otra cosa? Sí, perfecto, se lo digo.

Colgó el auricular y se sentó. Montalbano, Augello y Fazio lo miraban sin abrir la boca.

—Giulia dice que oyó que él la llamaba «Carla».

Fue como si hubiera caído una bomba.

—No basta para inculparla —fue el primer comentario de Augello.

—Tengo una idea —dijo el comisario—. Rocca nos ha dicho que la pareja estaba comiendo un *cuddrironi*. ¿Cuántas panaderías hay en Vigàta que lo preparen? Sé que, de cara a una festividad así, hay que encargarlo.

—Ya me ocupo yo —dijo Fazio, que lo había entendido al vuelo, y salió de allí a toda prisa.

Mimì también se levantó y anunció que Anna le había dado la manta que no le pertenecía.

—Tráemela —pidió Montalbano.

El subcomisario volvió con un paquete envuelto en papel de periódico. Lo abrió. En su interior había una bolsa de nailon que dejaba entrever la manta. La abrió también.

Al tenerla delante, Montalbano se quedó pasmado.

Era clavada a la que había visto, gracias al espejo, encima de la cama de Carla. Cuando se recuperó, se lo contó a Augello.

—Se ha comprado una nueva para poder afirmar que no llevó la suya a la playa —conjeturó.

Más tarde llamó Fazio para decir que la cosa iba para largo. Quedaron en volver a verse por la mañana.

• • •

—Ahora la pregunta es: ¿cuál fue el móvil?

—Si todo sucedió como planteas tú —contestó Livia—, es decir, si la chica le tendió una trampa, si en la playa le dio a

beber el vino con el somnífero y si luego lo abandonó a merced del asesino, no creo que lo haya hecho por motivos personales, por celos o algo así. Me parece más bien que se prestó para impedir que el chico hiciera algo, no sé, alguna cosa irreparable no sólo para la propia Carla. Es una idea confusa, pero...

Sin embargo, para Montalbano fue como si se hubiera hecho la luz.

Dado que Fazio no había llegado todavía, lo primero que hizo el comisario fue llamar al subjefe superior Mauretano, que estaba al mando de la Brigada Antidroga.

—Necesito información. ¿Qué puedes decirme de una empresa que se llama Vigàta Export Import?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque estoy investigando a la hija del presidente, el señor Ramírez, que podría estar implicada...

—Perdona —lo interrumpió Mauretano—. Tengo una reunión y me están reclamando. ¿Puedes volver a llamarme por la tarde?

Por fin, hacia las once, apareció Fazio en un momento en que Augello estaba en el despacho de Montalbano. Llegaba con cara de día de fiesta.

—Carla Ramírez encargó un *cuddrironi* de cuatro raciones para las once y media de la mañana del día 14 en la panadería Nicastro. He visto el cuaderno en el que tienen anotados todos los pedidos.

—La ha cagado —dijo Augello—. ¿Vamos a detenerla?

—¿Aunque no sepamos por qué lo hizo?

—Bueno, mientras tanto...

—No estoy de acuerdo. Hay que esperar al momento adecuado.

—Habrá sido una historia de celos.

—Una mujer celosa se venga con sus propias manos, no le encarga a un tercero que mate a su pareja después de prepararle el terreno. Para mí que aquí hay algo más gordo.

—¿En qué sentido?

Estaba a punto de contestar cuando lo interrumpió el timbre del teléfono.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Ah, *dottori*! Parece que estaría al aparato el *siñor* jefe *supirior*, que...

Quería verlo de inmediato.

—Montalbano, ¿podría hacerme el favor de informarme sobre la investigación que está llevando a cabo con respecto al caso de ese joven muerto de sobredosis?

—Murió de sobredosis, pero se trata de un crimen.

—¿Un crimen? Mire esto. ¿No ha leído usted el informe del *dottor* Pasquano?

El comisario lo leyó y se quedó de una pieza.

No se hablaba en ningún lado de homicidio, sino que se afirmaba que el fallecido se había inyectado la droga él solo. Miró atónito al jefe superior.

—Así pues, no tiene usted motivo para investigar nada.

—Pero he reunido una buena cantidad de pruebas y...

—Olvídese de ellas. Es una orden.

Y al oír esas palabras Montalbano lo entendió todo.

—¿Se lo ha pedido Mauretano? ¿Teme que mi investigación entorpezca la suya?

—Piense lo que quiera.

• • •

Dos meses después, Mauretano detuvo a todos los directivos de

Vigàta Export Import, empezando por el señor Ramírez y su hija, por tráfico de droga. Carla fue acusada asimismo de complicidad en la muerte de Mario d'Antonio, que había descubierto las actividades ilícitas que se llevaban a cabo en la empresa y quería denunciarlos a todos. Materialmente, el homicidio había sido obra de un hombre de confianza de Ramírez.

Ante esa situación, el comisario Montalbano se ganó un enfático agradecimiento del jefe superior por «su comprensión y su marcado sentido del deber».

Y, sin embargo, de la rabia que sintió se le quitó el hambre durante dos días.

Veinticuatro horas de retraso

1

Aquel día hacía un mes exacto que se había comprado la casa de Marinella y Montalbano decidió que había que festejarlo. Le habría gustado tener a su lado a Livia, pero había tenido que quedarse en Boccadasse porque en su despacho había mucho trabajo.

Además, como todavía no tenía platos, vasos, sillas ni nada de lo necesario para invitar a amigos, decidió que aquélla sería una fiesta solitaria.

Cuando la había alquilado en su día, la casa estaba a medio amueblar, es decir, contenía unos cuantos muebles tronados que, por pereza, no había cambiado.

Luego, en el momento en que el propietario había decidido venderla, había pretendido que Montalbano se quedara también con aquellos muebles, pero por un precio desorbitado, de modo que el comisario había preferido comprárselo todo nuevo. Sin embargo, no había hecho bien las cuentas.

La casa le había salido cara e iba corto de dinero, así que le tocaba ir adquiriéndolo todo poco a poco.

Lo primero había sido la cama, cuatro sillas y una mesa que sacaba al porche o entraba al comedor según sus necesidades. A él le habían parecido unos muebles pasables, pero, cuando Livia fue a Marinella y los vio, le dijo que eran un auténtico espanto y, con la excepción de la cama (con la que el comisario no transigió), se vio obligado impepinablemente, la tarde misma del día en que llegó su compañera, a ir con ella a elegir nuevos muebles que asfixiaron aún más su ya moribunda cuenta corriente. Y, así, había acabado teniendo en casa una

cama, dos cajas de fruta que hacían las veces de mesillas de noche, dos mesas (una de madera en el porche y otra en el comedor de la que no entendía muy bien qué forma tenía, si redonda, rectangular o cuadrada, pero que a Livia le había encantado porque era una creación de un conocido diseñador milanés) y ocho sillas de paja que tenían mil funciones: servían para colocar el teléfono, de sofá, de armario...

A pesar de los pesares, estaba empeñado en festejar su primer mes de propietario, de modo que llamó a Livia:

—Mira, se me ha ocurrido una forma de celebrarlo juntos. Vamos a comprar una botella de champán cada uno y esta noche brindamos por teléfono. ¿Qué me dices?

A ella le pareció bien.

Pasó por la comisaría para ver si había alguna novedad, pero una vez más Catarella le dio una respuesta negativa. Hacía días, semanas, que no pasaba nada. Absolutamente nada. Daba la impresión de que todos los delincuentes de Vigàta se habían ido de vacaciones. Así pues, salió de allí y se fue a la bodega del señor Pirrotta, que era la mejor de todo el pueblo.

Calogero Pirrotta tenía una curiosa manía que en Vigàta todo el mundo conocía, de modo que Montalbano no se preocupó cuando se lo encontró detrás del mostrador con uniforme de la Wehrmacht. La última vez que había ido a comprar una botella de whisky, el uniforme que llevaba era el del ejército neozelandés. Para la ocasión, Calogero incluso se había afeitado y había puesto de fondo musical *Lili Marleen*, pero, a pesar de todo ese teatro, no tenía la misma cara jovial de siempre, sino más bien una expresión sombría y amenazadora. De hecho, prácticamente agredió al comisario.

—¿Y usía qué quiere? ¿Qué hace aquí? ¿Viene a enterarse de algo?

Montalbano se sorprendió.

—No, si yo sólo quería...

—¿Qué? ¿Qué quería?

—Pues comprar una botella de...

—Ah, bueno, en ese caso perdone...

—¿Qué te ha pasado, Calò?

—Luego le cuento. A su debido tiempo —contestó, señalando con la cabeza a dos clientes que estaban mirando unas botellas de un expositor—. A ver, ¿en qué puedo servirlo, comisario?

—Calò, quiero una botella de champán de una marca estupenda.

El tendero se volvió hacia los estantes que tenía a su espalda, pero luego cambió de idea y dijo:

—Acompáñeme a la parte de atrás.

Montalbano lo siguió hasta la trastienda, que era una habitación bastante grande, repleta de estantes cubiertos de botellas y más botellas, aunque también había una cortina que tapaba una pared entera.

De un lado salía una escalera que llevaba al piso superior, donde vivía Calogero. Y había una puertecita de hierro que debía de ser la entrada posterior.

El tendero lo llevó hasta el fondo y se detuvo delante de una vitrina cerrada con llave. La abrió. Contenía una cincuentena de botellas variadas.

—Aquí está lo mejor de mi colección. El trabajo de toda una vida.

Calogero empezó a ensalzar la calidad de las botellas hablando de bruts, semisecos, añadas, tapones de corcho o de oro de tíbar, bodegas... pero el comisario, que no entendía nada, lo interrumpió:

—Decide tú, Calò, pero sin pasarnos de cincuenta mil liras.

El otro lo miró como si estuviera ante un pobre de necesidad y luego cogió una botella.

—Por cincuenta mil liras esto es un auténtico regalo.

Montalbano extendió la mano para agarrar el champán, pero Calogero no se lo dio, sino que, mirando a un lado y a otro y bajando la voz, le dijo:

—A mí me gustaría hablar con usía.

—Dime, Calò.

—No, ahora no. ¿Puedo ir a verlo a Marinella hacia las tres?

—Muy bien —respondió Montalbano.

—¿Es para regalar? —preguntó Calogero mientras salían de la trastienda.

—No, es para mí.

—Pues a su salud, entonces —dijo el tendero, que metió la botella en una bolsa, se la entregó al comisario y se guardó las cincuenta mil liras en el bolsillo sin abrir siquiera la caja registradora ni darle ningún tipo de recibo: ¡ya había dejado claro que, por ese precio, ese champán era un regalo!

Montalbano salió de la bodega, miró la etiqueta de la botella y no supo entender siquiera de qué país procedía.

Volvió a la comisaría con la esperanza de que hubiera habido alguna actividad, aunque fuera algo repugnante, pero seguía sin suceder nada. Absolutamente nada. Catarella estaba haciendo un crucigrama en su cubículo, Mimì pasaba el rato con un solitario y Fazio, por si acaso, leía el diario oficial del Estado. Montalbano entró en su despacho y vio que ni siquiera tenía el habitual montón de papeles por firmar.

Salió, recorrió el pasillo entero y comprobó que en las distintas salas los muchachos estaban medio adormilados: uno, con los pies a la americana (o sea, encima de la mesa); otro, oyendo la radio; dos echando una partidita de ajedrez... Quizá

su deber como comisario habría sido soltarles una bronca de padre y muy señor mío, pero ¿por qué tocarles las pelotas si realmente no había nada que hacer?

Así pues, volvió a su despacho y de repente recordó que en algún cajón había metido, a saber cuántos años atrás, un papel titulado «Cosas que hacer cuando no tengo nada que hacer», en el que había puesto, por ejemplo, «cambiar de banco», «ir a poner una luz en la tumba de mamá», «investigar cómo montar un huerto en la parte de atrás de casa, donde hay un poco de tierra» o «releer *Los hermanos Karamázov*». Vació los cuatro cajones de la mesa, pero no consiguió dar con el papelito en cuestión. Y con eso se convenció de que, de verdad de la buena, no había nada que hacer. Volvió a ponerlo todo en su sitio y se fue de la comisaría.

Decidió dar un paseíto por el puerto. Se sentó en el banco a observar la compleja maniobra de un barco de vapor de bandera holandesa. Con eso perdió casi una hora, hasta que le pareció que por fin había llegado el momento, quizá con cierto adelanto, de irse a almorzar.

—No, no me apetecen *antipasti*. Tráeme media ración de espaguetis con almejas.

—¿Media ración? —repitió sorprendido el propietario del restaurante—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, pero no tengo apetito.

—Como quiera usía. ¿Y de segundo?

—Tráeme dos salmonetes, pero que sean sólo dos, hazme el favor.

Cuando entró en casa hacía poco que habían dado las dos. Metió la botella de champán en la nevera. Hacía muchísimo calor. Dejó todas las ventanas cerradas para que no entrara el bochorno. Sin saber qué hacer, se sentó delante del televisor, lo encendió y acto seguido alguien le disparó a la cara. Comprendió de inmediato que se trataba de una película de 007 y que quien le había disparado era el mismísimo Roger Moore. El comisario no tuvo tiempo ni de encender un pitillo antes de que el agente 007 saliera pitando en un sumergible que desapareció cuan largo era dentro de un iceberg. ¡Virgen santa, qué americanada! Al entrar en la policía se había imaginado que su carrera lo llevaría a correr aventuras, pero su fantasía no había llegado a tanto. Y ahora, pasados los cuarenta, sólo de pensar en que una jornada de ensaladas de tiros y persecuciones tuviera que concluir con un esmoquin y una rubia entre los brazos se le ponía mal cuerpo. Llamaron a la puerta. Miró el reloj. Eran las tres menos diez. Debía de ser Calogero.

Por culpa del calor, el tendero no había podido disfrazarse, de modo que se había presentado en camiseta y chaqueta.

—¿Te apetece un café? —le ofreció el comisario, invitándolo a pasar al comedor.

—Sí, gracias —contestó Calogero mientras miraba a su alrededor desconcertado, ya que no sabía dónde sentarse: las ocho sillas estaban todas repletas de libros, cubiertos, tazas, camisas...

Montalbano despejó dos y le ofreció una. La cafetera ya estaba preparada, así que sólo tuvo que encender el fuego e ir a sentarse al lado de Calogero.

—Ya esta mañana te he visto con cara de pocos amigos. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué querías decirme?

—Mire, comisario, ¿usía sabe cuál es la verdadera plaga de este pueblo?

A Montalbano le entraron ganas de contestar que el tráfico, como en la película *Johnny Palillo*, pero al instante vio que no era momento para bromas.

—Cuéntamelo todo, Calò.

—Bueno, pues yo siempre lo he hecho todo como Dios manda. He pagado a los proveedores y he liquidado a quien tocaba todo lo que me han pedido por ejercer mi actividad, igual que todos mis compañeros, y la verdad es que, hasta hoy, nunca he tenido un solo problema.

—En otras palabras, me estás diciendo que siempre le has pagado el *pizzo* a la mafia, ¿no?

—Sí, claro. Y debo decir que tampoco era demasiado caro.

—¿Y bien?

—Este año, como he tenido un contencioso por un tema de impuestos y he perdido, me ha tocado apoquinar lo que no está escrito. Comisario, yo gano lo que gano, no me llega para ahorrar nada, no tengo pensión y encima hay que pagar la cuota del seguro de la bodega, además de la del banco. No puedo pagar los impuestos y el *pizzo* al mismo tiempo. Primero una cosa y luego la otra.

El razonamiento no tenía pega.

2

Montalbano se levantó, fue a la cocina, sirvió el café en dos tazas y volvió a sentarse con Calogero.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Pues que ahora me he visto obligado a pagar únicamente al Estado. He tratado de explicarle a la otra parte que se trataba de una excepción, que era sólo por esta vez. Pero nada, no han querido entrar en razón, y al final...

Metió una mano en el bolsillo y sacó una carta. Montalbano la cogió y abrió el sobre. Contenía un papel sin firmar que llevaba fecha del día anterior y rezaba así:

A partir de las cuatro de esta tarde, tienes veinticuatro horas para cumplir con tu deber. Si no, despídete de la bodega.

Montalbano le devolvió la carta a su destinatario.

—¿Y qué has pensado hacer?

—No hay mucho que pensar, comisario. Yo, cuando tenía libertad de elección, siempre me he decantado por quien me daba más garantías, pero es que ahora no me queda una lira y el banco no quiere darme más préstamos. Llegados a este punto me toca recurrir a la justicia; o sea, a usía.

—¿A qué te refieres, Calò?

—Quiero la protección que me debe la justicia. He pagado al Estado y el Estado tiene que ampararme. En la tele siempre dicen que hay que denunciar estas cosas. Pues aquí estoy. Si usía me garantiza que mi negocio se queda como está, yo le doy el nombre, la dirección y el teléfono, y hasta la foto, del

que me ha escrito este papelito.

Se puso en pie y le tendió la mano.

—De modo que me encomiendo a usía por completo. Y escúcheme bien: esta gente es de la que cuando dice una cosa la cumple. —Calogero hizo una larga pausa y luego, yendo ya hacia la salida, añadió—: Ahora me voy, que tengo que abrir la tienda. Gracias otra vez por el café.

A pesar de que en la nota le daban a Calogero veinticuatro horas, Montalbano se lo tomó con bastante calma, porque, sin duda, si pretendían dañar de alguna manera el negocio tendrían que actuar de noche recurriendo a métodos tradicionales: o poniendo una bomba delante de la persiana o prendiendo fuego al local con la ayuda de un bidón de gasolina. Y ponerse a montar guardia delante de la tienda no era en absoluto aconsejable: seguro que esa gente se daba cuenta.

En consecuencia, decidió que, fuera cual fuese su plan, no podía ponerlo en práctica antes de las diez de la noche. Y, en todo caso, después de haber brindado con Livia por teléfono.

Así pues, se sentó frente al televisor y se puso a reflexionar.

Para empezar, analizó las palabras de Calogero. No recordaba qué escritor había afirmado hacía mucho tiempo que los sicilianos estaban entre la espada y la pared: una pared que representaba al Estado y una espada ilegal que representaba a la mafia. Y después de tantos años la situación no había cambiado en absoluto.

En cierto modo, Calogero lo había retado, y él, el Estado, tenía que salir victorioso del desafío de todas todas y recuperar su confianza.

Se levantó al cabo de cinco minutos, fue hasta el teléfono y llamó a Adelina.

—Adelì, ¿tu hijo Pasqualino está en libertad o a la sombra?

—No, no, en este momento está en libertad, *dottori*.

—¿Podrías dar con él?

—No me hace falta, *dottori*, lo tengo aquí.

—Pues entonces que se ponga al aparato.

—¿Qué se le ofrece? —dijo Pasqualino.

—Pasqualì, ¿me harías el favor de venir aquí a Marinella hacia las siete de esta tarde?

—Por supuesto, *dottori*.

Colgó y volvió a sentarse. Tenía un poco de modorra, de modo que se fue tranquilamente a la cocina a hacerse otra cafetera para despejar el cerebro.

Se bebió la mitad y se sentó otra vez. No había tardado nada en encontrar un sistema para evitar la destrucción de la bodega de Calogero.

La solución se le había ocurrido cuando había decidido llamar a Pasqualino: consistía en entrar a escondidas en la tienda, por la puerta de atrás y sin que lo viera absolutamente nadie, hacia las once de la noche, y una vez dentro, con la pistola al alcance de la mano, esperar con paciencia de santo a que sucediera algo malo.

En fin, después de insistir tanto en que no pasaba nada, ¡de repente se presentaba algo digno de una película de James Bond!

A cambio le pediría a Calogero el nombre de quien le había mandado la carta.

Sonó el teléfono. Era Livia.

—¿Has comprado el champán? Dime la marca.

Montalbano fue a abrir la nevera, sacó la botella y se la llevó al comedor. Le dijo letra por letra el nombre que vio en la etiqueta y Livia tomó nota.

—Estupendo —contestó.

Volvió a llamar al cabo de un rato. Le había cambiado la voz.

—¿Dónde demonios has encontrado esa botella? Estoy en la bodega y me dicen que ese champán no existe en ningún lado en todo el noroeste de Italia...

Calogero había exagerado.

—Bueno, bueno, coge uno que te guste y ya está.

—¿A qué hora brindamos?

—A las ocho y media en punto. Te llamo yo.

Pasqualino llegó exactamente a la hora convenida.

—¿Necesita algo?

—Sí, Pasqualì, necesito un gran favor.

—Dispare.

—¿Conoces la bodega de Calogero Pirrotta?

—Naturalmente.

—¿Sabes que tiene una puerta de atrás?

—¡Sí, claro!

—¿Podrías encargarte de que esta noche a las doce me la encuentre abierta de modo que pueda entrar con un simple empujón?

—¡Eso está hecho! ¿Quiere algo más?

—No, muchas gracias.

—A mandar.

Pasqualino se marchó y Montalbano volvió a sentarse, encendió el televisor, esperó a que dieran las ocho y vio el informativo.

Lo asaltó una avalancha de malas noticias. Prefirió cambiar de canal.

Cuando llegó el momento, fue a abrir la nevera, sacó una copa y se llevó el teléfono, que tenía un cable muy largo, al porche.

Livia contestó al primer timbre.

—¡Amor mío!

—¿Estás preparada para descorchar la botella?

—¡Preparadísima!

—Vamos a hacerlas estallar a la vez: uno... dos... ¡y tres!

Oyó por el auricular el ruido amortiguado del descorche.

—Ahora vamos a llenar las copas: uno... dos... ¡y tres!

—Ya está —dijo Livia.

Montalbano levantó la suya.

—¡Por la casa y por nosotros!

—¡Por la casa y por nosotros! —repitió Livia.

Tenía razón Calogero, no era un simple champán. Lo había pagado caro, sin duda, pero parecía una especie de néctar del paraíso que subía con facilidad a la cabeza. Sin decírselo a Livia, se sirvió una segunda copa y se la bebió de un trago.

—¿Cómo está el tuyo?

—Riquísimo —contestó ella—. Me estoy sirviendo otra copa.

Pasaron más de un cuarto de hora al teléfono, bebiendo y charlando. Luego, de golpe y porrazo, se cortó la comunicación. Era un fenómeno que siempre sacaba de quicio a Montalbano. Ante la suspensión momentánea del servicio, se sentía perdido en el universo y empezaba a dar voces. También en esa ocasión se puso a gritar:

—Livia, Livia, ¿sigues ahí? ¡Habla, Livia!

—Sí, aquí estoy —contestó la voz de su compañera, pastosa —, pero creo que no podré quedarme mucho más rato. Mira, yo sigo bebiendo, tú haz lo mismo, y si luego podemos hablamos otra vez. ¡Adiós y felicidades!

—Adiós —dijo Montalbano.

Disfrutó de lo lindo con el champán hasta que de repente, sin saber cómo ni por qué, se dio cuenta de que la botella estaba vacía.

Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían y se rindió sin vergüenza. ¡Menudo 007! ¡¡¡James Bond se habría

bebido cuatro botellas como ésa una tras otra como si fueran de agua mineral y luego incluso habría podido hacer el amor!!!

Al final, consiguió levantarse porque Dios lo quiso y se dio cuenta de que tenía que deshacerse de aquella trompa, así que se quitó la camisa y la camiseta y se fue a la cocina a meter la cabeza debajo del grifo.

Después de remojar el cerebro con agua fresca durante diez minutos se sintió algo mejor. Todavía algo aturdido, se preparó otro café bien cargado. Se lo bebió y se sentó.

En su estómago se desató un combate entre el champán y el café.

Debió de ganar el primero por goleada, porque de repente se le cerraron los ojos y se sumió en un sueño profundo.

Cuando se despertó, miró instintivamente el reloj. ¡Mierda, eran ya las once!

Aún notaba el cerebro algo embotado, así que se desnudó y fue a meterse en la ducha.

Al volver a vestirse se puso un jersey de algodón de cuello redondo y unos pantalones. No quería que la americana ni otros estorbos lo entorpecieran.

Por un escrúpulo de conciencia, antes de salir llamó a Livia, que no le cogió el teléfono. Se imaginó que se habría pillado una buena con el champán.

Estaba listo para marcharse. Cerró la puerta de casa y subió al coche.

Lo primero que hizo fue abrir la guantera, sacar la pistola que solía guardar ahí y metérsela en el bolsillo.

Luego arrancó y se dirigió a Vigàta.

3

La noche era desapacible y lloviznaba; es decir, caían unas gotitas muy pequeñas pero insistentes. El mal tiempo jugaba a favor del comisario, que se cruzó con muy poca gente por la calle.

Llegó a la bodega de Calogero y pasó de largo. En la primera calleja giró a mano izquierda, luego volvió a girar y se encontró justo delante de la puerta trasera de la tienda. No quiso dejar el coche allí, sino que avanzó un poco. Cuando encontró un sitio libre, aparcó y bajó.

A simple vista no parecía que hubiera ni un alma.

Se dirigió a la puerta a buen paso y la empujó. Se abrió al momento.

Entró dándole las gracias mentalmente a Pasqualino y cerró a su espalda. Luego encendió la linterna. Lo primero que se planteó fue dónde era mejor colocarse para que no lo viera quien acabara entrando en la tienda.

La mirada se le fue directa a la cortina que ya conocía, la apartó y vio que ocultaba un traje de buzo. ¡Eso sí que era digno de James Bond! Sacó la pistola del bolsillo y la dejó en el suelo. Se desnudó y se quedó en camiseta y calzoncillos. De una patada, metió la ropa que se había quitado debajo de una vitrina. Acto seguido empezó a ponerse los pantalones del traje. Le quedaban bien, pero la parte de arriba, en cambio, le iba un poco justa.

Y de pronto lo asaltó un dilema: ¿meter la cabeza en el casco hermético o no? Decidió esperar: se lo pondría en cuanto oyera algún ruido sospechoso. La pistola se la colocó en el cinturón.

Entonces se percató de lo ridículo que estaba vestido de buzo a medias, con los zapatos de charol negros. Se sentó en un taburete que vio allí al lado, se los quitó, agarró una de las botas del traje y al levantarla comprobó que pesaba, como muy mínimo, unos veinte kilos. Se la puso e hizo lo mismo con la otra.

Al levantarse comprobó que sólo podía moverse haciendo un esfuerzo tremendo: las botas de buzo parecían más bien de cemento y lo clavaban al suelo. No, no le permitían la menor libertad de acción. Así pues, se las quitó, aunque decidió no volver a ponerse los zapatos de charol. Era mejor quedarse en calcetines.

Se llevó el taburete detrás de la cortina, la corrió, se sentó y se dispuso a esperar con paciencia de santo y con la pistola bien a mano.

Llevaba ya un rato así cuando oyó un leve rumor lejano que procedía precisamente de la entrada de la bodega. Era la persiana metálica.

¿Qué debía hacer?

¿Esperar a que entraran o ir a su encuentro?

Entonces recordó que iba vestido de buzo. Se levantó y se quedó a la expectativa de lo que pudiera suceder.

Poco después, el ruido cesó.

Entonces oyó algo distinto: una especie de clarinete que emitía un sonido muy breve y agudo. Se dijo que no debía de ser un mafioso, porque todo el mundo sabía que la música no era lo suyo.

Poco después algo rodó por el suelo. Entonces Montalbano tuvo una iluminación. No debían de ser hombres, sino ratones, y debían de ser muchos y rodearlo por completo.

Volvió a sentarse y aguzó bien los oídos, pero poco después

empezaron a cerrársele los ojos. Le pasaba siempre que estaba de guardia. En un momento dado se declaraba una guerra entre el sueño y él. Mantener los párpados abiertos le costaba cada vez más. Estaba a punto de quedarse frito: ¿qué podía hacer? Se levantó. De pie quizá se le pasaría el arrebato de sueño.

Y en ese preciso instante oyó con claridad meridiana que alguien abría la puerta trasera.

Se lo confirmó el haz de luz pálida que se coló en el interior procedente de las farolas de la calle. La puerta se cerró y Montalbano se quedó inmóvil, de pie en mitad de la trastienda sin saber qué hacer.

Entonces la persona que había entrado encendió una linterna y de inmediato una voz ahogada y asustada murmuró:

—¡Santo cielo! ¡Un fantasma!

Al cabo de un instante se oyó el ruido de un cuerpo al estamparse contra el suelo.

La linterna se apagó, de modo que el comisario encendió la suya y vio una figura tendida a poca distancia de él.

Reconoció a Pasqualino, desmayado del susto. Se acercó, se arrodilló a su lado y le dio dos cachetes en las mejillas.

—Pasqualì, que soy Montalbano —le susurró.

Estaban montando un buen jaleo, seguro que se despertaba Calogero y todo acababa en una patochada.

Pasqualino abrió los párpados y lo miró atónito.

—¿Qué hace vestido de fantasma?

—¡Qué fantasma ni qué niño muerto, Pasqualì! ¡Voy vestido de buzo, que no es lo mismo! —replicó el comisario también en voz baja.

El otro se sorprendió mucho.

—¿Y eso por qué?

—Ahora no puedo entrar en detalles. Dime más bien tú por qué has entrado.

—Es que lleva usía más de una hora aquí dentro, *dottore*, y

me he preocupado. Quería ver qué pasaba.

—No hay por qué preocuparse. Ahora haz el santísimo favor de largarte de aquí.

—Como quiera usía.

Con esfuerzo, Pasqualino se levantó y mientras salía dijo:

—Pero, de todos modos, me quedo fuera a esperarlo.

—Haz lo que te parezca.

Volvió a entrar el haz de luz. Y con él se fue Pasqualino.

Tocaba sentarse otra vez detrás de la cortina. A saber por qué, Montalbano decidió no recurrir a la linterna. Avanzó un poco a tientas y entonces se produjo el desastre: fue a dar con el pie izquierdo contra una de las botas de buzo hechas de cemento. Perdió el equilibrio. Para no caerse, se agarró a la cortina, que se desprendió, con lo que él siguió precipitándose hacia delante y golpeó con la mano derecha el casco de metal, que se desprendió del clavo del que colgaba y no sólo se estampó contra el suelo con un estruendo digno de una bomba, sino que rodó por todo el cuarto hasta acabar estrellándose contra una pared. Entonces el comisario encendió la linterna y la apuntó hacia la escalera de madera que llevaba al piso de arriba. Sin duda, Calogero se habría despertado con todo aquel estrépito y bajaría de inmediato, quizá incluso armado, para ir a ver qué sucedía en la trastienda.

Pero no. No apareció nadie.

¿Cómo era posible que no se hubiera despertado?

Seguro que estaba en casa, porque después de la amenaza recibida no podía abandonar la bodega.

¿Podía tener el sueño tan pesado? Algo no encajaba, pero Montalbano no sabía qué era. De pronto se sintió ridículo con aquel disfraz, así que decidió quitárselo y volver a ponerse su ropa.

Fue a buscar una silla más cómoda y se sentó. Y con ello volvió a desatarse el combate entre la modorra y las ganas de

mantener los ojos bien abiertos. Una vez más, venció la primera.

«Total, al menor ruido me despierto», se dijo.

Y así fue como menos de cinco minutos después se durmió.

Lo primero que vio al volver a abrir los ojos fue la luz que entraba por un ventanuco que había al lado de la puerta.

Miró el reloj. Eran las seis y media de la mañana. A esa hora había demasiada gente por la calle para que alguien tratara de forzar la entrada de la tienda. Además, por los primeros ruidos procedentes del piso de arriba comprendió que Calogero se había levantado, de modo que se acercó a la puerta, la abrió con cautela, asomó la cabeza, miró a derecha e izquierda y casi se dio de morros contra Pasqualino, que estaba escondido en un portal. Se miraron. Montalbano le hizo un gesto para indicarle que lo llamaría luego, el otro bajó la cabeza en señal de asentimiento y se despidieron.

El comisario estaba a punto de marcharse cuando vio que se acercaba un vehículo, esperó a que pasara de largo y luego salió, cerró con cuidado tras de sí y se dirigió a buen ritmo a su coche.

Llegó a Marinella perseguido por una duda que lo carcomía: ¿cómo podía ser que Calogero no hubiera oído toda aquella batahola? Decidió descubrir cuanto antes qué había sucedido.

Aunque sentía la necesidad imperiosa de darse una ducha de inmediato, descolgó el teléfono y llamó a Calogero, que contestó a la primera.

—Montalbano al aparato. ¿Qué pasa? ¿Te he despertado?

—No, *dottori*.

—¿Ha pasado algo?

—No, *dottori*, pero...

—Pero ¿qué? —lo azuzó el comisario.

—Estoy seguro de que esta noche ha entrado alguien en la bodega.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, mire usía, me he encontrado toda la trastienda patas arriba, con el traje de buzo tirado en el suelo, y hasta los taburetes y las sillas estaban cambiados de sitio. Vamos, que estoy convencido de que han hecho una especie de registro.

—¿Y tú durante la noche no has oído ningún ruido?

—Ninguno en absoluto, *dottori*.

—No toques nada. Estoy allí dentro de una hora.

Después de darse una ducha y beberse dos buenas tazas de café, se sintió en condiciones de volver a salir.

No pasó por la comisaría, sino que fue directamente a la bodega de Calogero, que se lo llevó de inmediato a la trastienda.

—¿Cómo te explicas que no hayan mantenido su promesa?

—No sé qué decirle, *dottori*. Pero ya ve usía que durante la noche por aquí ha pasado alguien.

—Pero la historia del registro me parece una solemne tontería, Calò. ¿Qué sentido tiene?

El bodeguero se encogió de hombros y entonces Montalbano le pidió algo que lo sorprendió un poco.

—Por favor, Calò, ¿me haces un café? No he pegado ojo en toda la noche. Anoche me excedí.

El otro sonrió. Con el brazo izquierdo le señaló la escalera que llevaba al piso de arriba.

—Pase a casa —le dijo.

4

El comisario empezó a subir, seguido de Calogero.

La puerta de la vivienda era de madera fina. Sin duda, el bodeguero tenía que haber oído el estruendo nocturno. Además, su dormitorio se encontraba justo encima de la trastienda. A Montalbano no le cabía la menor duda de que le había contado un embuste cuando le había dicho que no se había enterado de nada. Fuera como fuese, el café que le preparó estaba buenísimo.

—Yo creo que el peligro ya ha pasado —le dijo Calogero al despedirse—. Habrán cambiado de idea, a saber por qué. En fin, siento haberlo molestado para nada.

—¿Tú estás seguro de que han cambiado de idea, Calò?

—Segurísimo, *dottori*.

—¿Y si vuelven a dar señales de vida?

—Si vuelven a dar señales de vida, ¡yo lo llamo a usía, al Estado!

En cuanto entró en la comisaría, Catarella lo detuvo:

—*Dottori*, parece que estaría al aparato Pasqualino, el hijo varón de su asistenta.

—Pásamelo.

—¿Qué hacemos, *dottò*? ¿Hablamos por teléfono o voy en persona?

• • •

Cuando se presentó Pasqualino, al cabo de veinte minutos, se lo llevó a la cafetería de delante de la comisaría. Se tomaron dos cafés. Montalbano le dijo lo que tenía que decirle, se despidieron y se fueron cada uno por su lado.

Pasó la mañana a trancas y barrancas. Se llevó la sorpresa de encontrar encima de su mesa un centenar de papeles por firmar, uno detrás del otro. Y así, en cuanto llegó la hora de almorzar salió pitando hacia el restaurante de siempre. El propietario se quedó mirándolo extrañado:

—Viene muy pronto, *dottori*.

—No te preocupes. Tráeme un plato de *antipasti* y así te doy todo el tiempo que necesites para prepararme algo rico.

La noche en vela le había despertado un apetito voraz. Comió despacio, disfrutando de cada bocado casi como si pretendiera compensar el descanso robado. Fue tal el festín que también el paseíto por el muelle requirió más tiempo del necesario. Y una vez sentado en su piedra plana habitual se puso a pensar.

No era posible que Calogero no hubiera oído el ruido de la noche anterior y tampoco era posible que alguien que sabe que quieren quemarle el negocio se quede en la cama mientras oye que trajinan en el piso de abajo. Lo lógico habría sido que bajara pistola en mano o que llamara al momento a la policía. Calogero no había hecho ninguna de las dos cosas.

¿Le había entrado miedo a una represalia?

¿Creía que eran capaces de quemarlo vivo con todo el negocio?

Eran preguntas que no encontraban respuesta. Bueno, sí que le rondaba una por la cabeza, pero para confirmarla era necesario esperar.

Quizá veinticuatro horas más.

A pasito lento volvió a la comisaría.

También la tarde fue una auténtica murga debido a las firmas y las contrafirmas. Quiso Dios que la tortura terminase hacia las ocho. Y Catarella no pudo llevarse todos los papeles que había firmado en un solo viaje, sino que tuvo que hacer tres o cuatro.

Cuando por fin volvió a Marinella, sintió la necesidad de quitarse de encima el tufo a burocracia, de modo que se desnudó y fue a darse una larga ducha. De pronto le pareció oír el timbre del teléfono, así que, mojado como estaba, fue a contestar. Era Livia.

—¿Cómo estás?

—Estupendamente, Livia. ¿Y tú?

—Tengo que confesarte que ayer pillé una borrachera colosal, pero me he quedado con ganas de más. Y en la botella aún hay un dedo de champán. ¿Me acompañas...?

Montalbano recordó que ya había tirado su botella a la basura.

—Claro —contestó mientras se servía un poco de whisky.

Brindaron por la casa una segunda vez.

Lo último que recordaría era haber encendido el televisor.

Se despertó a las seis de la mañana con dolor en todos los huesos del cuerpo. Y tal como estaba, completamente vestido, fue a echarse en la cama. Así se quedó, aturdido, durante una hora, hasta que por fin recuperó fuerzas y logró levantarse e ir al baño.

Estaba a punto de salir de casa para ir a la comisaría cuando sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¿Qué? ¿Lo he *dispertado*?

—No. Dime.

—*Dottori*, la bodega de san Calogero se ha incendiado esta madrugada. Han ido los bomberos.

—Salgo ahora mismo para allá —dijo el comisario.

Ya tenía la confirmación de sus sospechas.

Cuando llegó, los bomberos habían extinguido el incendio. El fuego había destruido la mitad posterior del negocio y abrasado por completo la escalera que llevaba al piso de arriba.

Calogero estaba sentado en una silla en la acera de enfrente. Montalbano se lo encontró llorando con la cabeza entre las manos.

Lo saludó dándole un apretón en un hombro y luego fue a hablar con el jefe de los bomberos.

—No cabe duda de que ha sido provocado. La cerradura de la puerta de hierro está claramente forzada —explicó el comandante—. Además, en el interior hemos encontrado dos bidones de gasolina medio carbonizados.

—Gracias —le dijo Montalbano.

Volvió adonde estaba Calogero.

—Cuéntame cómo ha pasado.

—Ay, *dottori*, no sé qué decirle. Hacia las cinco de la madrugada me ha despertado el humo y cuando he ido a bajar por la escalera había desaparecido. ¡Estaba calcinada! ¡Casi me parto la crisma! ¡Menos mal que enseguida han llegado los bomberos, porque si no acababa yo también churrascado! ¡Los muy hijos de la gran puta han cumplido con lo que me habían dicho, aunque con veinticuatro horas de retraso!

—Pero ¡si estabas convencido de que ya no había peligro!

—¿Qué quiere que le diga, *dottore*? Me equivocaba.

—A ver, Calò, cuando se haya calmado todo este lío te espero en comisaría.

—Lo que usía diga.

Al llegar al trabajo telefoneó a Pasqualino.

—Pasqualì, Montalbano al aparato. ¿Tienes algo que contarme?

—¡Desde luego que sí! —contestó el otro—. Voy corriendo.

A continuación llamó a Catarella y le dijo que en cuanto apareciera Pasqualino lo mandara a su despacho. Y que a partir de entonces no le pasara ninguna llamada ni dejara entrar a nadie.

Pasqualino cerró la puerta con cuidado. Luego se sentó, miró a Montalbano y sonrió.

—Traigo buen material —dijo.

—Me lo imaginaba —respondió el comisario—. Cuéntame.

—Me he metido en un portal que se queda abierto de noche. Desde allí se ve la puerta de hierro de la bodega de Calogero. No ha pasado nada, *dottori*, hasta las tres de la madrugada. Entonces alguien la ha abierto desde dentro. No le he visto la cara, sólo dos manos que hacían algo en la cerradura. Cuando han vuelto a cerrar la puerta he esperado media hora y luego he ido a ver. Se habían cargado la cerradura por fuera, para que se pudiera abrir con un simple empujón.

—Vamos a hablar claro —pidió Montalbano—. ¿Me estás diciendo que alguien de dentro de la bodega ha roto la cerradura por fuera?

—Eso mismo, *dottori*, pero no sé decirle quién.

—¿Y quién quieres que haya sido? ¡Calogero!

—Es que yo eso no se lo puedo jurar, *dottori*.

—Bueno, con lo que me has contado me basta. Muchas gracias.

—A mandar.

—Calò, yo lo que no entiendo es por qué me has tomado por tonto. Si has dejado hasta los bidones de gasolina dentro de la bodega...

—No sé qué decirle, *dottore* —dijo el otro encogiéndose de hombros.

—Pues entonces contéstame a unas preguntas: ¿por qué me contaste todos esos embustes sobre la mafia, el Estado que debía protegerte...?

—Ah, no, perdone, pero no eran embustes. Yo me lo creía de verdad. Y luego entendí que con mi dinero los políticos hacían lo que les daba la gana, así que me pareció mejor pagar a la mafia. Hace muchos años que tengo la bodega, siempre he intentado hacer bien mi trabajo, eligiendo los mejores vinos, muchos de la isla, poniendo buenos precios, con el mínimo recargo, y nunca me he dado un gustazo. La mayor parte de mis beneficios ha acabado en el bolsillo del Estado o de la mafia. El año pasado vino a verme un agente de seguros y mientras hablaba se me encendió una lucecita. Era la única solución que me quedaba para tener una pensión: prender fuego al negocio —reconoció Calogero con un hilo de voz. Entonces le cambió la cara—. Pero, a ver, ¿a usía le parece que me hacía ilusión quemar el trabajo de toda una vida, ver reducida a cenizas toda mi existencia?

Montalbano se dijo que, ante la ausencia del Estado, la mafia había tenido, en cambio, demasiada presencia.

Calogero siguió hablando:

—Tiene que creerme, *dottori*. No es lo que quería hacer. No me ha quedado otra. Al final me ha parecido que la única

solución era echarle las culpas a la mafia. Una especie de resarcimiento por haber nacido en esta isla de mierda. —Se enjugó el sudor de la cara—. Y ahora ¿qué hago? ¿Va a meterme en la cárcel?

Montalbano lo miró fijamente a los ojos y dijo:

—Sí.

—Esperaba más comprensión de usía.

—Eso es precisamente lo que te estoy dando. Ahora voy a llamar al fiscal y le voy a contar la verdad de lo sucedido.

—¡Pues menuda comprensión la suya! —exclamó el bodeguero con amargura.

—Piensa un momento, Calò. ¿Tú te crees que la mafia se va a quedar quietecita después de que la hayas acusado de un delito que no ha cometido? No, Calò, la mafia reaccionará; y se vengará directamente en tu persona. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

El otro contestó que sí con la cabeza.

—Calò, voy a mandarte a la cárcel, pero tienes que darme las gracias.

—Hasta ahí no llego.

—¿Es que no te das cuenta de que te salvo la vida?

Calogero no dijo nada más.

La ventana indiscreta

1

—El señor jefe superior lo espera. Ahora mismo lo anuncio —le dijo a Montalbano el jefe de gabinete Lattes antes de añadir—: ¿La familia bien?

Llevaba muchísimos años emperrado en que el comisario estaba casado y era padre de familia. Él, las primeras veces, había tratado de hacerle entender que no sólo no tenía ni mujer ni hijos, sino que además era huérfano de padre y madre.

No había habido forma. En cada visita la misma pregunta. Hasta que un buen día Montalbano había tirado la toalla y le había contestado que, gracias a la Virgen, en casa todo el mundo gozaba de buena salud. Había metido con calzador el agradecimiento a la Virgen porque era una muletilla habitual de Lattes y le había parecido que le haría gracia.

En consecuencia, también en esa ocasión ofreció la respuesta de siempre:

—Todos bien, gracias a la Virgen.

Sin embargo, el otro lo miró algo receloso.

—¿Qué sucede, Montalbano?

—¿A qué se refiere?

—No sé, le he notado en la voz como un...

Pues claro que le había notado algo en la voz. Era una voz ronca, casi de resfriado, porque se había pasado la mitad de la noche sentado en el porche de su casa de Marinella metiéndose entre pecho y espalda tres cuartos de una botella de whisky con la esperanza de que le entrara sueño. Pero a Lattes no podía decirle la verdad.

—Lo ha adivinado. Es usted muy perspicaz. Estoy un poco

preocupado.

—¿Y eso?

—El pequeño ha pillado la rubeola.

Y al instante se arrepintió de haber dicho esa solemne estupidez. Para empezar porque en tiempos modernos, con las vacunas, ya ningún crío cogía la rubeola, y para continuar, porque la última vez le había contado que su hijo menor estaba a punto de ir a la universidad.

No obstante, Lattes no se fijó en esos detalles.

—Usted no se preocupe, es la típica enfermedad infantil. Se pondrá bien, gracias a la Virgen.

Llamó entonces a la puerta del despacho del jefe superior, la entreabrió, metió la cabeza, dijo algo, sacó la cabeza, abrió del todo y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Adelante.

Esperó a que el comisario hubiera entrado y luego cerró la puerta a su espalda.

—Buenos días —saludó Montalbano.

Bonetti-Alderighi, el jefe superior, le hizo un gesto con la mano sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo.

Aquel gesto impreciso se prestaba a distintas interpretaciones. Podía significar tanto «buenos días» como «acérquese»; tanto «quédese ahí» como «venga y siéntese»; tanto «me alegro de verlo» como «que le den por salva sea la parte».

Optó por avanzar cinco pasos y sentarse en la silla que estaba delante de la mesa.

No podía decirse que Bonetti-Alderighi y él fueran uña y carne. Cada vez que lo mandaba llamar a la jefatura de Montelusa, por hache o por be volvía a Vigàta con mala sangre.

Mientras el jefe superior seguía leyendo sus papeles, Montalbano se preguntaba en qué podía haber metido la pata para que lo hubiera convocado a primera hora de la mañana

«urgentísimamente con mucha urgencia», según le había dicho Catarella. Hizo un examen de conciencia digno de quien está a las puertas de la muerte y llegó a la conclusión de que no tenía absolutamente nada que recriminarse.

Sin embargo, esa conclusión, en vez de tranquilizarlo, lo desazonó. Nadie podía ser del todo inocente. Como mínimo debía de cargar con el pecado original. Y, de la misma forma, había cometido un error en el que no había reparado. Pero ¿cuál? Comprendió que, si se ponía a pensar en la culpa y el pecado, corría el riesgo de caer en un problema metafísico. Así pues, decidió que era imperativo obligar a hablar al jefe superior sin perder más tiempo. Tosió con ímpetu. Por fin, Bonetti-Alderighi levantó los ojos y lo miró como si no lo hubiera visto nunca.

—Ah, ¿es usted, Montalbano?

—A sus órdenes, señor jefe superior.

—Quería decirle que me han telefoneado de Roma. Del ministerio. Ha sido elegido.

Antes de oír para qué lo habían elegido, Montalbano notó que se le erizaba todo el pelo de la cabeza. Era precisamente esa palabra, «elegido», lo que le provocaba un sudor frío. En la Biblia, cuando resultaba que alguien era «elegido» tarde o temprano acababa muriendo en nombre de Dios. En la actualidad, ser elegido ya no tenía esa connotación mortífera, claro que, cuando una voz anónima te decía por teléfono: «Ha sido usted elegido...», siempre era para engañarte como a un crío o para hacerte gastar una fortuna convenciéndote de comprar cosas que no te hacían la menor falta.

—¿Para qué? —logró preguntar con un hilo de voz.

—Para seguir un cursillo de puesta al día.

—¿No sería mejor mandarme a hacer un cursillo de puesta a

la noche?

Bonetti-Alderighi lo miró atónito.

—¿Qué tonterías dice?

—¡Es que, señor jefe superior, tengo ya cincuenta y seis años! ¡No me queda nada para jubilarme! ¿Para qué van a ponerme al día de nada? Es mejor que elijan a alguien más jovencito.

—Eso ya se lo he dicho yo a las autoridades pertinentes.

—¿Y?

—Lo quieren a usted. No acabo de entender por qué, pero parece que lo tienen en muy buena consideración. El cursillo se impartirá en Roma y durará diez días. Empieza el día 1. A las diez y media del jueves 1, en el ministerio, preséntese al *dottor* Trevisan.

—¿Y en comisaría quién se queda?

—¿Cómo que quién se queda? El *dottor* Augello, ¿no? ¿O se considera tan indispensable que en su opinión sería mejor cerrar la comisaría hasta su vuelta? Váyase, váyase.

Salió hacia Vigàta con la cabeza repleta de ideas a cada cual más negra. ¿Qué día era? ¡30! Así pues, apenas le quedaban dos días para marcharse. ¿Y cómo se iba? ¿En tren o en avión? En tren pasaría la noche en blanco dando vueltas en una cama dura e incómoda. Y seguro que el *dottor* Trevisan se llevaba un susto al ver aparecer a un cadáver ambulante. Y en avión sería aún peor. Sí, así se ganaba tiempo, pero, a cambio, los nervios que le provocaba viajar a diez mil metros de altitud tenían un resultado clavadito a no haber pegado ojo en toda la noche.

En cuanto puso un pie en la comisaría, Catarella salió disparado a por él.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Ah, *dottori*! —gritaba—. ¡Dos veces lo ha *tilifoniado* el *dottori* Treppisano del Ministerio de Roma! ¡Dice que es una cosa *urgentisísima*! ¡Ha dejado hasta su *tiléfono* movilizado! ¿Qué hago? ¿Lo llamo?

Debía de ser Trevisan.

—Llámalo y me lo pasas al despacho.

—¿Montalbano? Soy Trevisan, el jefe superior ya le habrá comunicado que...

—Estoy al tanto de todo. ¿Va a impartir usted el cursillo?

—¿Yo? No. Yo soy el coordinador. El cursillo lo impartirá un distinguido colega belga, Antonin Verdez. Es un curso de puesta al día europeo, ¿sabe? Habrá franceses, españoles, alemanes... Estarán todos. Lo llamaba para pedirle algo muy concreto en nombre de Verdez. Tráigase una sudadera.

Se sorprendió. ¿Cómo iba a tener él una sudadera? ¿Y cómo iba a ponerse una cosa así? ¿Y para qué podía servir en un cursillo de puesta al día para policías?

—¿Sabe? —prosiguió Trevisan—, Verdez, que es muy aficionado a la vida al aire libre, pretende hacerles dar largos paseos a primera hora de la mañana.

«Yo me pego un tiro en un pie y luego digo que se me ha disparado la pistola mientras la limpiaba», se dijo Montalbano.

Era la única solución posible, no veía otra salida. Estaba hundido. Él, a primera hora de la mañana, si acaso, nadaba, pero no iba a meterse en las profundidades de un bosque, como un fauno, con una sudadera y rodeado de alemanes, franceses, griegos, españoles... Y encima seguro que todos eran más jóvenes que él, con lo que, después de dos horas de carrerita bucólica, tendrían que dedicarse a reanimarlo haciéndole el boca a boca en lugar de escuchar las explicaciones de aquel puñetero Verdez.

—En fin, lo espero el día 1, ¿de acuerdo? Un momento, que le paso a un amigo.

—¿Montalbano? Soy Gianni Viola, ¿cómo estás? ¡Qué alegría hablar contigo!

¡Gianni! Habían hecho juntos el curso de la Policía del

Estado y habían trabado amistad. De vez en cuando se llamaban. Bueno, si Gianni también estaba en el cursillo la cosa cambiaba bastante.

—¿Tú también vas a hacer el cursillo? —le preguntó.

—No, por desgracia no. Tengo que marcharme de Roma un par de semanas.

—Ah —dijo Montalbano, desilusionado. Y acto seguido añadió—: Oye, Gianni, ¿podrías recomendarme un hotel que...?

—Hombre, está previsto que durmáis en un alojamiento organizado por el ministerio.

¡Lo que faltaba! ¡Encima los harían dormir a todos en un barracón y al alba los despertarían a toque de corneta!

—Pero, si quieres —prosiguió Gianni—, puedes quedarte en mi casa.

—¿Te vas con tu mujer?

—¿Qué dices? Si no estoy casado. El piso es pequeño, pero cómodo. Le dejo unas llaves a Trevisan. Está en la via Oslavia. En el barrio hay unos restaurantes estupendos. Ya verás que estarás de fábula.

Llegó a la *trattoria* con la cara muy larga, hasta el punto de que, en cuanto lo vio aparecer, Enzo se llevó un susto.

—¿Qué pasa, *dottore*? ¿Ha sucedido algo?

—Que me están tocando los cojones, Enzo —le contestó.

—*Dottore*, tengo una pasta con tinta de sepia que levantaría a un muerto.

—Tráemela, a ver si también consigue levantarme a mí.

—Pero si usía, a no ser que me demuestre lo contrario, no está muerto.

—Poco me falta —dijo Montalbano, pensando en cómo iba a sentirse tras una larga caminata matutina a las órdenes de Verdez.

Nada más probar la pasta le quedó claro que no iba a poder comérsela. Tenía la sensación de que un puño de hierro le oprimía la boca del estómago. No habría pasado ni un alfiler.

—¿Qué pasa? ¿No le gusta? —le preguntó Enzo entre desilusionado y amenazador.

—Me gusta, pero no tengo apetito.

—Va a ser verdad que está muerto —fue el comentario de Enzo.

Salió de la *trattoria* sin haber comido nada, así que no le hizo falta su habitual paseíto digestivo-meditativo hasta la punta del muelle. Volvió a la comisaría. Catarella se preocupó al verlo aparecer menos de media hora después de haberse marchado.

—¿No se había ido al *almurzar*, *dottori*?

—Sí.

—¿Y cómo ha podido acabar tan deprisa?

—He pedido que me lo sirvieran todo en un mismo plato: la pasta con tinta de sepia, tres salmonetes fritos, una copa de vino, un vaso de agua y el café.

Catarella puso cara de sorpresa y repulsión.

—¿Todo junto y revuelto?

—Como lo estás oyendo. Total, en la tripa todo se junta y se revuelve, ¿no?

El recepcionista lo miró estupefacto, pero no replicó.

El comisario no llevaba ni cinco minutos sentado cuando entró Fazio.

—Ha habido un intento de homicidio. Acaban de llamar ahora mismo. Le han pegado un tiro a un abogado que se llama Cesare Fillicò. Cuando volvía a su casa. Le han dado en un hombro y está en el hospital de Montelusa. ¿Vamos?

—¿Adónde?

—Yo propondría empezar interrogando al abogado.

—Muy bien, ve.

—¿Y usía?

—¿Yo qué pinto ahí?

—¿Cómo que qué pinta? ¿Usía no está al mando de esta comisaría?

—Fazio, me ha llamado el jefe superior para decirme que he sido elegido.

—¿Usía? —preguntó Fazio, asombrado.

Montalbano se molestó. ¿A qué venía tanto asombro? ¿Por quién lo había tomado? ¿Por un inútil? ¿Un desecho de la vida?

—¿A qué viene eso? ¿No te parezco digno de ser elegido?

—Sí, claro, jefe, usía es dignísimo. Pero ¿para qué?

—Para hacer un cursillo de puesta al día en Roma.

Y entonces Fazio entendió el motivo del mal humor de Montalbano. Dejar su casa de Marinella, no salir a nadar cuando le viniera en gana, no comer los salmonetes de Enzo... ¡Peor que una cuaresma! Se levantó.

—Voy a contarle la historia del abogado al *dottor* Augello.

—Eso, eso, que se encargue él.

Pasó la tarde sin fuerzas ni ganas de hacer nada.

Al final ya no podía más, se ahogaba. Salió de la comisaría y volvió a Marinella.

Llegó cuando el sol empezaba a ponerse. Se sentó en el porche. Con el atardecer, el cielo se tiñó de un rojo anaranjado que se diluía en el mar. Durante un rato, los dos colores se amalgamaron, pero luego, a medida que el sol iba descendiendo, el azul fue tomando la delantera. Montalbano sentía cierto consuelo; los nervios seguían estando ahí, pero se habían hecho soportables. Fue al baño, se desnudó, se puso el bañador, bajó a la playa por el porche. La arena aún estaba caliente, pero era engañosa, porque el agua del mar estaba fría.

Después de una decena de brazadas, el mal humor empezó a

esfumarse. Cuando volvió a la orilla, se dio cuenta de que nadar le había despertado el apetito. En el corto trayecto entre la orilla y el porche, el apetito se convirtió en un hambre canina. Abrió la nevera esperanzado y se encontró con un plato hondo que rebosaba *caponatina*. Mentalmente, le dio las gracias a Adelina. Pan y *caponata*, no había comida mejor. Luego salió al porche a fumar. No pensaba en nada, miraba cómo iba cambiando el color del mar a medida que avanzaba la noche. Sonó el teléfono. Se levantó a regañadientes para ir a contestar. Era Livia.

—¿Qué tal estás?

—Bien, muy bien —respondió—. Hace una noche espléndida. Ojalá estuvieras aquí conmigo.

—Salvo —dijo Livia, sorprendida por esas últimas palabras, tan poco habituales—, ¿de verdad que te encuentras bien?

—Sí. Resulta que esta mañana me ha llamado el jefe superior para decirme que tengo que ir a Roma a hacer un cursillo de puesta al día y me he puesto nervioso, pero ya se me ha pasado.

—¡No me extraña lo que me dices! ¡Para ti, ir a Roma es como ir a los Alpes bávaros!

—Por cierto, ¿dónde venden sudaderas?

—En cualquier lado. Hasta en los mercadillos. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo que comprar una.

—¿Para quién?

—¿Cómo que para quién? Para mí.

—¡Diosmiodiosmiodiosmío! —exclamó Livia, echándose a reír.

—¿Qué pasa?

—No te veo con una sudadera. ¡Diosmiodiosmío! ¡Estarías muy gracioso!

Montalbano empezó a molestarse.

—¿Por qué? ¿Te parece que no tengo el físico que hace falta?
—¡Anda ya, Salvo! ¡Sólo tienes que mirarte en el espejo!
La cosa acabó en trifulca sonada.

2

Decidió ir en avión. No se veía aguantando tantísimas horas de tren, echado en una camita de treinta y cinco por diez centímetros en la que, al menor movimiento, uno se arriesgaba a darse de morros contra el suelo. Nada más levantarse, fue a la agencia de viajes a comprar el billete. El avión despegaba de Punta Raisi a las siete y media de la mañana y había que presentarse una hora antes, de modo que le tocaba salir de Vigàta a las cuatro y media de la madrugada. Puesto que viajaba por trabajo y no por ganas, llamó a Gallo y le dijo que tenía que llevarlo.

—¿Cuánto tardas de aquí a Punta Raisi?

—¡Una hora, jefe!

—¿Y sin correr como si estuvieras en Indianápolis?

—Una hora y media.

—Bueno, pues mañana a las cinco de la madrugada vienes a recogerme a Marinella.

Había ganado treinta minutos de sueño.

Cuando llevaba ya dos horas en su despacho firmando papeles, entró Fazio.

—Jefe, acaba de llamarme Mineo.

Era un compañero, simpático, que también iba a asistir al cursillo y acababa de hacerle una visita a Augello. Se había marchado a Roma esa misma mañana con el avión que iba a coger Montalbano al día siguiente.

—¿Qué quería?

—Se ha olvidado un sobre con unas fotografías en casa de Augello. Dice que si se lo puede llevar a Roma.

—Bueno, que te lo dé Mimì... ¿No está en comisaría?

—No, jefe, aún no ha llegado.

—Traedme ese sobre antes de la tarde y lo meto en la maleta.

—El *dottor* Mineo aún estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo.

—¿Y eso?

—Han tenido un viaje muy malo. Dice que han encontrado unas turbulencias que parecía que caían en picado y no iban a poder remontar el vuelo.

En cuando salió Fazio, se puso a pensar muy seriamente si de verdad valía la pena ir en avión. ¿Y si aquello había sido una especie de ensayo general de la caída definitiva? ¡A saber cómo pensaban los aviones!

Salió de la comisaría y volvió a la agencia de viajes.

—Quiero cambiar este billete —dijo, tendiéndoselo a la atractiva jovencita que estaba detrás del mostrador.

—¿Para ir en otro vuelo?

—No, quiero ir en tren.

—Entonces yo le reembolso esto, pero para comprar el otro billete vaya a ver a mi compañera.

¡Santo cielo! ¡Qué fea y qué antipática era la chica que se encargaba de los billetes de tren!

Le dijo lo que necesitaba.

—Perdone, no lo he entendido bien. ¿Usted cuándo tiene que estar en Roma?

—Mañana por la mañana, como muy tarde a las once.

—Entonces tendría que haberse ido en el tren que sale de Palermo hoy a las ocho y media.

—¿Cómo que tendría que haberme ido?

—Ese tren sólo lleva literas y coches cama.

—¿Y?

—Está lleno.

—Y, entonces, ¿qué hago?

—¡Haberlo pensado antes! —dijo la antipática con tono de maestra de escuela con ganas de catearle las matemáticas a alguien.

—Venga aquí conmigo —le dijo una tercera jovencita que se apiadó de él.

Montalbano se acercó.

—¿Quiere que vea si le encuentro un camarote?

¿Por qué no? Parecía que su única posibilidad era ir en barco.

Y así fue como, esa misma tarde, Gallo lo llevó al muelle del puerto de Palermo. Subió a bordo, se instaló en un camarote pequeño y estrecho pero aceptable, cenó regular en el autoservicio, paseó por cubierta durante una hora, fue a acostarse, se puso a leer y luego, poco a poco, acunado por el mar, se durmió. En Nápoles llegó a tiempo al tren y a las diez y media ya estaba en Roma. A las once y cuarto se presentó en el ministerio.

—¿Ha traído la sudadera? —fue la primera pregunta que le hizo Trevisan.

A pesar de que hacía calor, Montalbano tuvo un escalofrío.

Se tiró todo el santo día en una gran sala de la Escuela de Policía en la que Antonin Verdez, el belga que impartía el cursillo, habló sin parar ni un momento de las once y pico de la mañana a las siete de la tarde, salvo la hora en que pararon para almorzar (regular) en la cafetería, donde formaban un grupo que era una reproducción, en pequeño, de la torre de Babel, ya que se oía hablar en francés, español, alemán, inglés, holandés e incluso alguna otra lengua que no distinguió. Cuando dieron las siete, atontado y echando humo, cogió la maleta, paró un taxi y pidió que lo llevara a la via Oslavia.

El piso que le había dejado Gianni Viola estaba en la cuarta planta de un bloque de seis y constaba de un pequeño recibidor, una sala de estar, una cocina amplia y un baño correcto. Estaba limpísimo y amueblado con gusto, y tenía ventanas grandes que de día debían de dar mucha luz. Aquel pisito le levantó el ánimo, le cayó en gracia, tenía claro que allí se sentiría a gusto. Deshizo la maleta, metió la ropa en el armario y luego fue a la cocina. Solamente la necesitaría por las mañanas, para hacerse el café. En un armarito encontró la cafetera, el café y el azúcar. Tenía de todo. Se dio una buena ducha, se cambió de ropa y salió. Recorrió la via Oslavia entera y se fijó en que no había un solo restaurante, excepto una gran pizzería. Y, sin embargo, Gianni le había dicho, lo recordaba perfectamente, que había muchos. A lo mejor estaban en los alrededores. En efecto, en una calle que se llamaba Montesanto encontró tres, uno detrás de otro, con las mesas en la acera y llenos hasta la bandera los tres, señal de que se comía bien. Así pues, entre la via Oslavia y la via Montesanto tenía a su disposición cuatro restaurantes, de modo que se dijo que probaría uno cada noche. Pero ¿por dónde empezar? Estaba cansado del viaje y de la jornada dedicada a escuchar a Verdez, y el parloteo de los comensales de las mesas vecinas le daría dolor de cabeza, de modo que decidió comprarse una pizza y llevársela a casa. Al llegar a la cocina, la pasó de la caja de cartón a un plato y se puso a comer. En la nevera había encontrado una botella de vino blanco y se sirvió una copa. Ya le compraría otra a Gianni. Luego, cuando ya sólo le quedaba media pizza, de repente levantó la vista y miró por la ventana que tenía delante. Daba a un patio que debía de ser muy grande. Desde donde estaba sentado contó dieciséis ventanas y tres balcones. Como hacía calor, estaban todos abiertos. Para él, ese espectáculo era una auténtica novedad. En Marinella, cuando comía, no veía nada más que la playa y el mar. Y antes

de instalarse en Vigàta siempre había vivido en casas aisladas o en edificios sin patio interior. Una vez acabada la pizza, se acercó a la ventana.

El patio era grande como se había imaginado; había un árbol a la derecha que le tapaba esa parte, pero en líneas generales no podía quejarse. Tenía a su disposición veintiséis ventanas y cinco balcones. En su interior se veía todo un mundo en el que la gente comía, hablaba, telefoneaba, discutía, salía, entraba...

Lavó el plato y los cubiertos y luego pasó a la sala de estar. Gianni tenía televisión por satélite. Se sentó en el sillón que había delante y encendió el aparato. Dedicó dos horas a ver una película americana en la que salía un policía que no fallaba una y al final conseguía matar a siete gánsteres él solito. Una mamarrachada. Y, como la pizza le había dado sed, se levantó para ir a beber un dedo de vino, pero, nada más entrar en la cocina, los ojos se le fueron hacia la ventana. Ya se habían apagado muchas luces.

No obstante, quedaba un balcón completamente iluminado, el que tenía justo delante, y se veía a dos jóvenes, un chico y una chica, de unos treinta años, sentados a una mesa, aunque ya habían acabado de cenar. Era evidente que discutían muy enfadados y en un momento dado él dio un manotazo tan fuerte en la mesa que tiró al suelo un cubierto. Montalbano estaba fascinado: era como ver una película muda. Tenía que tratar de deducir lo que sucedía sólo por lo que veía. Ella se levantó, se puso a recoger los platos y los vasos de mala gana y salió del campo de visión. Sin duda, había ido a dejarlos en el fregadero, que quedaba fuera del encuadre. El chico siguió hablando alterado. La chica entró de nuevo en la imagen y se agachó, pegada a él, para recoger el cubierto caído al suelo. Estaba todavía medio inclinada, ya levantándose, cuando el chico aprovechó para darle un bofetón. Ella no dijo ni pío: se limitó a tratar de clavarle en un ojo el tenedor que tenía en la

mano. Él la agarró de la muñeca y se levantó. Ella consiguió devolverle el bofetón con la mano libre. Se arrearon de lo lindo. Y con la misma ferocidad se besaron. Y ya no se separaron. Fue un beso más largo que el de *Encadenados*. Luego Montalbano, asombrado, vio cómo él la tumbaba encima de la mesa... Y fue a beberse el vino. Cuando volvió a pasar por delante de la ventana, la luz del balcón estaba apagada.

A la mañana siguiente se puso la sudadera entre maldiciones, porque era lo que había recomendado Verdez la tarde anterior, y se dirigió en taxi a la Escuela de Policía. No hacía ni un cuarto de hora que había llegado cuando se encontró con todos sus compañeros subidos a un autocar que los llevó a una especie de picadero sin caballos situado en Campagnano. Luego Verdez, después de haberlos hecho saltar y correr peor que si fuera un entrenador de fútbol, los llevó andando hasta una arboleda, los sentó en el suelo formando un círculo a su alrededor y empezó a dar la clase. Tenía toda la intención de soltar una de sus peroratas de tres horas seguidas, pero tuvo que interrumpirla cuando no llevaba ni treinta minutos porque se produjo el incidente. Todo empezó porque, sin darse cuenta, Montalbano había ido a sentarse justo encima de un nido de hormigas rojas, las cuales, como es bien sabido *urbi et orbi*, son las más guerreras que existen. Quizá pensaron que aquel individuo, al aposentar las nalgas encima de su ciudad (que debía de tener como mínimo un millón de habitantes), pretendía hacerles una afrenta, porque reaccionaron indignadas, siguiendo una estrategia de guerrilla muy precisa. Cuando el comisario empezó a notar que le picaba la pierna izquierda y se levantó el pantalón para ver de qué se trataba, se percató de que un centenar de hormigas, que se habían metido por la pernera a la chita callando, le estaban atacando la

pantorrilla con la clara intención de merendársela en una decena de minutos. No tuvo ni tiempo de moverse antes de que algo le pellizcara dentro de la oreja derecha: una columna de hormigas se había adentrado por ahí decidida a perforarle un tímpano. Una tercera patrulla, formada tal vez por hormigas alpinistas, empezó a paseársele por todo el cuero cabelludo. Montalbano se asustó. Se imaginó reducido a un simple esqueleto pelado que permanecía sentado en el mismo sitio mientras Verdez seguía hablando y hablando sin parar. Se levantó de un salto y se puso a dar gritos:

—*Furmiculi! Furmiculi!*

Como lo dijo en siciliano, nadie entendió nada, ni siquiera los intérpretes, pero todo el mundo vio que su colega empezaba una especie de frenética danza chamanística, dándose unos tremendos manotazos en las piernas, en la cara y en el cráneo, y bailando a la pata coja. Convencidos de que se había vuelto loco de golpe y porrazo, casi todos se levantaron como movidos por un resorte y se alejaron de él. Casi todos, porque, en cambio, el compañero alemán que tenía al lado se abalanzó sobre Montalbano con todo el peso de sus ciento diez kilos de corpulencia, lo derribó de un cabezazo en la boca del estómago, le dio la vuelta, le clavó una rodilla en la espalda y lo inmovilizó. Al cabo de media hora, aclarado el equívoco, el comisario recibió permiso para volver a Roma y disfrutar del resto del día libre. Nada más llegar al piso de la via Oslavia se tumbó en la cama. Le dolía mucho la boca del estómago, donde había impactado la cabeza del alemán. Y ese dolor le quitó las ganas de comer. Decidió dormir un buen rato. Hacia las cinco salió de casa y fue a buscar una tienda donde comprar unos prismáticos. Pero ¿dónde se vendían? En Marinella tenía unos bastante buenos, pero los había comprado en un mercadillo. Lo cierto era que siempre que había visto prismáticos expuestos había sido en mercadillos. En la piazza Mazzini le preguntó a

un señor que parecía muy amable:

—¿Hay algún mercadillo por aquí? Necesito unos prismáticos.

—Pues tendrá que esperar al domingo, que es cuando lo ponen aquí en la plaza.

—¿Y en qué tiendas se venden?

—No sabría decirle.

Decidió tirar la toalla y empezó a deambular. En la via Ferrari había una buena librería. Pasó media hora dentro, decidió comprar un libro y en el momento de pagar se dio cuenta de que se había dejado la cartera en casa. Le dieron el libro igualmente («Ya volverá para pagárnoslo»). Estaba pasando una tarde estupenda. Llevaba en el bolsillo unos diez euros en monedas, así que volvió hacia la piazza Mazzini, se sentó en la terraza de un bar, pidió algo de beber y se le despertó un hambre canina, lo cual lo obligó a volver corriendo al piso para recoger la cartera con la idea de ir a un restaurante. En cuanto abrió la puerta, oyó que sonaba el teléfono. Era Gianni Viola, el dueño de la casa.

—¿Estás a gusto?

—A gustísimo. Tienes un piso estupendo. Ah, oye, Gianni, ¿dónde podría comprar unos prismáticos? Es que Verdez quiere que...

—Yo tengo unos. En el segundo cajón del escritorio.

Lo de que Verdez les había pedido que llevaran unos prismáticos era un embuste. En realidad los quería para ver mejor lo que pasaba en los pisos que daban al patio.

3

Fue a cenar al primero de los tres restaurantes de la via Montesanto, el que estaba más cerca de la piazza Bainsizza, y le gustó. Luego volvió a casa y lo primero que hizo fue probar los prismáticos de Gianni. Y eran tan grandes y pesaban tanto que tuvo colgárselos del cuello, como hacían los almirantes en los barcos. Iba ya a mirar por la ventana de la cocina cuando cambió de idea: como todavía no había oscurecido, era posible que alguien del edificio de delante lo viera pertrechado de unos prismáticos. Sería mejor hacer la prueba en la ventana de la sala de estar, que daba a la via Oslavia. Apoyó los codos en el antepecho y se puso a mirar, sin entender en absoluto lo que estaba viendo. Tenía ante sí una especie de losa gris, uniforme, con la superficie completamente granulosa. A ver si no iba a saber enfocar. Reguló un poco la lente y entonces, en lugar de apuntar hacia el edificio de la acera de enfrente de la via Oslavia, levantó la cabeza hacia el cielo. Al instante tuvo la impresión de que un pájaro enorme iba directo a estamparse contra él. Entonces comprendió que lo primero que le habían mostrado los prismáticos había sido la pared de la casa de delante, pero, como eran tan potentes, se distinguía hasta la composición del revoque. Los dirigió un poco hacia la izquierda y enseguida se encontró dentro de un comedor. Una señora recogía una mesa puesta para dos personas. Distinguió incluso que habían bebido vino tinto. Así, superada la prueba, se apartó de la ventana, encendió el televisor y se puso a pasar de un canal a otro, sin quedarse en un mismo programa más de diez minutos. Era algo que le gustaba hacer, pero sólo podía

permitírselo cuando no estaba con Livia.

—¿A ti te parece que es forma de ver la televisión? Una persona normal elige un único programa y lo ve tranquilamente. Y punto.

—¿Y quién te dice que soy una persona normal?

Era una conversación que acababa en trifulca.

Por fin, quiso Dios que dieran las doce de la noche. Montalbano apagó el televisor, se colgó los prismáticos del cuello, se fue a la cocina y, sin encender la luz, colocó una silla delante de la ventana, alargó un brazo y acercó un poco la mesita en la que había dejado el cenicero, el paquete de tabaco y el mechero. Luego pensó que, si encendía un pitillo en plena oscuridad, los de delante podrían percatarse, de modo que volvió a apartar la mesita para no ponerse a fumar sin darse cuenta. Ya estaba listo. Claro que así sentado le dolía mucho el punto en el que había recibido el cabezazo. Sus conocidos del balcón de delante, los treintañeros, tenían invitados, una pareja de la misma edad. Estaban sentados los cuatro a la mesa, en la que había una botella de whisky, una cubitera y cuatro vasos, y empezaban a jugar una partida de cartas. Era evidente que los anfitriones no iban a repetir la película erótica de la víspera, entre otras cosas porque todos iban muy arreglados: los dos hombres con americana y corbata, las dos mujeres con falda y blusa. Apartó un poco los prismáticos hacia la izquierda y entró, por una ventana, en una especie de estudio con las paredes cubiertas de estanterías de libros, delante de una de las cuales había un hombre de unos cincuenta años con barba que consultaba un volumen grueso y pesado. Volvió a pasar por delante de los cuatro jugadores y miró por la ventana que quedaba justo a la derecha. Los postigos estaban abiertos, pero la habitación se encontraba a oscuras. Levantó los prismáticos y miró hacia el quinto piso, que era el último, ya que por encima sólo había una gran azotea que debía de hacer las veces de

tendedero comunitario. También en ese caso había un balcón central con una ventana a cada lado, pero se hacía difícil distinguir el interior de las habitaciones, puesto que estaban más arriba que el punto desde el que miraba el comisario. Únicamente la ventana de la izquierda estaba bien iluminada, mientras que por el balcón central, medio abierto, se filtraba una luz tenue. En cambio, la ventana de la derecha tenía los postigos cerrados. Cuando Montalbano volvió a centrarse en los cuatro jugadores se percató de que alguien había entornado los postigos, de manera que ya sólo distinguía los hombros de un hombre y la mitad del tronco de la invitada. Era una mujer despampanante, rubia, que no dejaba de reír. En la biblioteca del cincuentón de la derecha que leía un libro la situación había cambiado. Tenía ante sí a una joven vestida de enfermera que le decía algo. No iba a ser una noche interesante, era mejor acostarse. Y fue entonces, casi por casualidad, cuando vio a un hombre, inclinado sobre la barandilla de la azotea comunitaria, que miraba hacia abajo, hacia el balcón del piso inferior. Y se asomaba tanto que daba la impresión de que podía perder el equilibrio y caerse de un momento a otro.

¿Qué pretendía?

El comisario lograba distinguir a aquel individuo porque había luna y porque los prismáticos de Gianni eran realmente potentes. Después de observar un buen rato el balcón que tenía justo debajo, el hombre se enderezó y se quedó inmóvil. Montalbano se dio cuenta de que ahora estaba mirando el edificio de enfrente, es decir, el suyo. Quizá quedaba todavía alguna ventana con luz y le daba miedo que lo vieran hacer lo que pretendía hacer. Y entonces, de repente, desapareció. ¿Había renunciado por aquella noche o iba a esperar alguna hora más a que todo el mundo se hubiera acostado? Era una

pregunta que no podía tener respuesta. Apartó los prismáticos y se llevó una enorme sorpresa: la rubia entrevista se había quitado la blusa y se había quedado en sujetador. Reía como una loca porque el hombre que tenía delante, al que el comisario veía de espaldas, estaba quitándose la americana. Si tanto calor tenían, ¿por qué no abrían del todo el balcón? También en el estudio lleno de libros había pasado algo. La enfermera y el cincuentón estaban abrazados. En un primer momento, Montalbano se había imaginado que ella, al ser una jovencita de unos veinticinco años, había ido a despedirse de su padre antes de salir para hacer un servicio nocturno, pero aquel abrazo no era propio de padre e hija. De pronto se separaron como si hubieran oído un ruido. ¿Quizá alguien había llamado a la enfermera? La joven besó en los labios al hombre, le dijo una breve frase y salió de la habitación. Él se dirigió hacia la derecha y salió del campo de visión, pero poco después Montalbano vio una mano que colocaba una almohada blanca en un sillón. Aquel tipo se estaba preparando para acostarse en un sofá cama o algo parecido que estaba en la parte de la habitación que el comisario no alcanzaba a ver. Volvió a centrarse en los jugadores. Le costó creer lo que veía. La rubia se había quitado el sujetador, el hombre de espaldas también tenía el torso desnudo y la botella de whisky que la rubia sostenía en una mano estaba casi vacía. ¿A qué diantres estaban jugando? Se quedó quieto, mirándolos atentamente, para entender qué pasaba. Entonces ella se quitó un pendiente y Montalbano comprendió que se trataba de un juego del que había oído hablar, pero que nunca había visto. El *strip* póquer.

El póquer con estriptis. Las apuestas no se hacían con dinero, sino con prendas de ropa. Naturalmente, jugar sólo entre hombres no tenía ninguna gracia. Y, además, era un juego con un límite de edad: pasados los cincuenta, ya no tenía sentido. Levantó los prismáticos y se sobresaltó. El hombre de la azotea

había reaparecido en el mismísimo lugar de antes.

Y, una vez más, se había inclinado sobre la barandilla y hacía algo que de buenas a primeras el comisario no entendió. Por mucho que forzaba la vista, no lograba distinguir bien sus movimientos. Y entonces tuvo un golpe de suerte. La ventana que estaba a la derecha del balcón, la que tenía los postigos cerrados, se abrió de pronto con un destello de luz deslumbrante. La había abierto un hombre de unos cincuenta años en camiseta de tirantes. En el interior del cuarto se veía una mesa encima de la cual había una estructura que aguantaba una gran cámara de fotos dirigida hacia la propia mesa. Era, evidentemente, un fotógrafo especializado en imágenes de dibujos, grabados y documentos varios, de aquí que su estudio estuviera tan iluminado. Y gracias a eso Montalbano pudo comprender qué pretendía el hombre de la azotea, que se había quedado paralizado: tenía miedo de que lo viera alguien desde el edificio de delante. Estaba midiendo la distancia entre la barandilla en la que estaba apoyado y el balcón inferior con la ayuda de un metro enrollable como los que emplean los jefes de obra y los ingenieros. La luz de la ventana lo había inmovilizado cuando el extremo del metro se encontraba a medio camino.

El fotógrafo estaba fumando en la ventana mientras aireaba la habitación. En paralelo, en el piso de los jugadores, el hombre de espaldas ya estaba completamente desnudo y de la rubia de delante sólo se veía una parte: una pierna levantada y unas manos que le quitaban una media. En el estudio del cincuentón barbudo, la luz había cambiado. Se había apagado la lámpara de techo del centro y la fuente lumínica estaba a la derecha, fuera del campo de visión. Debía de tratarse de una lámpara de mesa y sin duda el hombre se había tumbado en el sofá cama y estaba leyendo. El fotógrafo apuró el pitillo y volvió a cerrar la ventana. Recuperada la oscuridad, el

individuo de la azotea siguió bajando el metro cuidadosamente, pero, al llegar a la altura de los postigos del balcón inferior, sucedió otro imprevisto. El balcón, que estaba entreabierto, se abrió del todo y asomó una mujer.

Por la luz pálida que la alcanzaba de lado, parecía que tenía unos cuarenta años, era bastante alta y llevaba un salto de cama. Hablaba, en voz baja, con un móvil. En cuanto apareció, el hombre de la azotea se echó hacia atrás de sopetón, por miedo a que ella mirase hacia arriba y lo viera. Sin embargo, seguía sosteniendo el metro extendido, no lo recogía quizá porque creía que la cinta, al rozar la fachada, podría hacer ruido, aunque fuera mínimo, lo que bastaría para llamar la atención de la mujer. Por su parte, ella parecía enfrascada en una discusión que la alteraba; aunque no oía lo que decía, Montalbano veía que decía que no y que no con la cabeza. Y de vez en cuando daba una patada contra el suelo y al instante miraba hacia el interior de la habitación, como asustada por si había despertado a alguien.

Al cabo de unos diez minutos concluyó la llamada y la mujer se metió de nuevo en casa y entrecerró el balcón. Antes de retomar su labor de medición, el individuo de la azotea dejó pasar un tiempo. Luego volvió a asomarse como antes y a bajar el metro centímetro a centímetro. El comisario calculó que como mínimo tardaría cinco minutos más en concluir la operación, así que se desentendió de él. En el piso de la partida de *strip* póquer debía de haber terminado el juego y había empezado otro, el pilla-pilla: entre las rendijas se veía pasar a toda velocidad a los cuatro jugadores, desnudos por completo, que se perseguían dando vueltas en torno a la mesa. Entonces alguien fue a chocar contra el balcón y lo cerró definitivamente. Los visillos impidieron que el comisario

distinguiera nada más. Fin de la proyección.

En cambio, en el estudio del cincuentón alcanzó a ver el momento preciso en el que entraba la enfermera, que cruzó la zona de la ventana y desapareció a mano derecha, en dirección al sofá cama. Y entonces al comisario le quedó claro que en ese caso no iba a asistir a una película, sino a un espectáculo de sombras chinescas, ya que la joven se había detenido de modo que su sombra se proyectaba sobre un trozo de pared blanca entre una librería y otra. Estaba desnudándose. Luego desapareció la sombra: su dueña se había acostado con el señor barbudo. Montalbano volvió a mirar hacia la azotea. No se veía un alma. Se dijo que podía permitirse una breve pausa y se levantó. El dolor en la boca del estómago fue tan violento que se dobló por la mitad. A cada respiración correspondía una punzada atroz. A ver si el alemán le había partido alguna costilla... Fue al baño, encendió un pitillo y tuvo que apagarlo de inmediato, no podía ni fumar. Lo más sensato habría sido ir a tumbarse a la cama, pero la curiosidad que le despertaba el hombre de la azotea era más intensa que el dolor. Bebió un vaso de agua y volvió a ocupar su puesto. Ya habían dado las dos de la madrugada y todas las ventanas y los balcones estaban apagados, con la excepción de uno: el de la mujer del móvil, por el que seguía filtrándose un hilo de luz tenue. Debía de ser una de esas lamparitas de poco voltaje que se dejan encendidas toda la noche. Esperó media hora más y luego, dado que ya no pasaba nada, decidió que lo mejor era acostarse. Se levantó soltando maldiciones por las punzadas, se desnudó con dificultad, se lavó y se echó encima de la cama. Sabía que no iba a pegar ojo, que al menor movimiento sentiría una puñalada en la zona de la boca del estómago, y en efecto eso fue lo que sucedió. A lo largo de la noche se levantó dos veces más para ir a echar un vistazo al patio. Todo el mundo dormía y no había ni rastro del hombre de la azotea. A la

mañana siguiente llamó a la Escuela de Policía y le comunicó a Verdez que no iba a participar en la sesión de aquel día porque no se encontraba bien. El instructor, que sin duda lo consideraba un haragán y se imaginaba que la historia del dolor era una excusa, quiso saber dónde se alojaba para mandarle un médico de inmediato. Y dicho y hecho: hacia las diez se presentó el médico en cuestión y se lo llevó a urgencias. Le encontraron dos costillas rotas. Tardarían unos veinte días en soldarse. Mientras, tenía que quedarse quieto parado como mínimo una semana y tomar algún que otro analgésico. Delante del comisario, el médico informó al ministerio, en concreto al *dottor* Trevisan, de que su paciente no podría moverse durante tres semanas, y Trevisan decretó que quedaba exento de seguir el cursillo de puesta al día. En cuanto pudiera moverse, era libre de volver a Vigàta cuando le viniera en gana. De la alegría, Montalbano sintió ganas de besar el suelo.

Sin embargo, para sus adentros resolvió que, antes de coger cualquier medio de transporte para regresar a Vigàta, era imprescindible esperar a ver cómo concluía la historia del hombre de la azotea.

4

Antes de volver al piso desde el hospital, pasó por un gran bar con terraza en el que había visto que servían platos que le habían parecido apetitosos. Se acercó a la barra y le pidió al camarero que le preparasen dos raciones de pasta al horno y de carne asada con patatas, así de paso solucionaba la cena, y se lo llevó todo a casa. Puso la mesa justo delante de la ventana de la cocina, de modo que podía observar el edificio de delante con absoluta tranquilidad. Pero no se asomó nadie a ninguna ventana o balcón; sin duda a esa hora estaban todos almorzando. Y tampoco se veía a nadie en el estudio del barbudo ni en el piso en el que la noche antes habían jugado al *strip* póquer. Eso sí, tuvo todo el tiempo que quiso para estudiar la configuración del edificio, en especial la ubicación de la escalera y el ascensor. Acabó de comer, metió en el horno apagado las otras raciones de pasta y de carne, fregó los platos y fue a acostarse.

Esa vez, quizá por el efecto de los analgésicos, logró dormir tres horas de un tirón. Cuando se despertó, se levantó, se lavó, entró en la cocina con un pañuelo rojo que había encontrado en el armario, lo mojó debajo del grifo, lo escurrió y fue a tenderlo del alambre extendido de un lado a otro de la ventana. Luego bajó a la calle. Le dolían las costillas rotas, pero era un dolor soportable. Al salir del portal, giró a mano derecha y luego otra vez también a la derecha para dar la vuelta a la manzana hasta acabar delante de un gran portal que se abría a un patio. Entró. A mano derecha había una puerta de cristal medio abierta encima de la cual un rótulo rezaba: CONSERJERÍA.

Dentro del cuarto, sin embargo, no había nadie. Salió al patio, levantó la vista y divisó, en una ventana del cuarto piso del edificio de delante, su pañuelo rojo, que ondeaba como una bandera. Había acertado.

—¿Qué desea? —preguntó una voz de mujer a su espalda.

La portera era una mujer de unos sesenta años que de inmediato le hizo pensar en un soldado con coraza. Medía como mínimo un metro ochenta, tenía unas manos como palas y calzaba un cincuenta.

—Policía. Soy el comisario Montalbano —dijo él, sacando al instante el carnet para que no hubiera duda posible.

De un simple manotazo, aquella señora era capaz de partirle cuatro costillas más.

Tras estudiarlo con atención, la portera le devolvió el carnet.

—Tengo que hablar con usted en privado.

Lo hizo pasar a la conserjería, cerró la puerta de cristal y corrió la cortina.

—Dígame *usía*.

¿Qué? Pero ¡si tenía acento siciliano!

—¿De dónde es usted, señora?

—Yo de Fiacca. Como mi marido trabaja de...

—Pues yo de Vigàta.

Estuvieron a punto de abrazarse. Y así Montalbano se enteró de lo siguiente: que el barbudo era profesor de Historia en la universidad y, el pobre, tenía a su mujer en cama desde hacía años, pero la quería tanto, a la susodicha mujer, que le pagaba dos enfermeras, una de día y otra de noche; que de los dos treintañeros, casados desde hacía dos años, no había nada que contar, porque eran unos jovencitos educados, respetuosos y serios que iban a oír misa todos los domingos por la mañana; que el señor Picozzi, el fotógrafo, no vivía allí, sólo tenía el estudio, pero a veces, en momentos de mucho trabajo, se quedaba a dormir en un catre; que la señora del quinto, que se

llamaba Liliana Guerra, era funcionaria del Ministerio de la Marina, tenía dos hijos, se estaba divorciando de su marido y por lo visto se consolaba con un individuo al que, no obstante, nadie había visto, y por último que todos los vecinos tenían llave de la azotea comunitaria, aunque muchas veces sencillamente dejaban la puerta abierta.

—¿Podría verla?

—¿Cómo no? Yo le doy la llave, aunque seguro que no le hace falta. Coge el ascensor, baja en el quinto, sube por una rampa y ya está delante de la salida a la azotea.

Sucedió todo tal cual había dicho la buena mujer. La puerta estaba abierta y Montalbano salió a la azotea, en la que había ropa tendida, y se dirigió al punto exacto en el que había visto a aquel hombre. Miró hacia abajo. Para ver el balcón de Liliana Guerra, que quedaba a unos cuatro metros o quizá un poco más, había que asomarse mucho por encima de la cornisa. Volvió a coger el ascensor, devolvió la llave, le pidió silencio a la portera y regresó a casa. Se tumbó otra vez en la cama, cogió el libro que había comprado el día antes y empezó a leerlo. Por suerte le gustó y así siguió hasta las nueve de la noche.

A esa hora se levantó, calentó la pasta y la carne en el horno, y se puso a cenar en la cocina con la luz encendida, a la vista de quien quisiera verlo. Por un momento, al balcón de la pareja joven se asomó ella, la chica. Era una morena atractiva, de pelo rizado, y a Montalbano le pareció que lo miraba algo intrigada. Sin duda se preguntaba quién era, puesto que en aquella cocina siempre había visto a Gianni. Enseguida entró y cerró los postigos. Quizá había decidido tomar las precauciones necesarias, teniendo en cuenta lo que pensaban hacer su marido y ella más tarde. Desde luego, no podía decirse que les faltara fantasía erótica, por mucho que fueran a misa todos los

domingos. El comisario acabó la cena, recogió la mesa, fregó los platos y los cubiertos, y fue a sentarse delante del televisor.

En un canal por satélite estaban poniendo los títulos de crédito de *La ventana indiscreta* de Hitchcock. Ya la había visto y le había gustado mucho, y la coincidencia le hizo tanta gracia que decidió volver a verla. Las diferencias más destacadas entre la película y su situación eran cuatro: él tenía dos costillas rotas, mientras que Jimmy Stewart llevaba una pierna escayolada; él estaba solo, mientras que Stewart disfrutaba de la agradable compañía de Grace Kelly; él, por el momento, no había descubierto ningún homicidio, mientras que Stewart se topaba con un sujeto que había cortado a su señora a pedacitos; él iba improvisando, avanzaba a la pata la llana, mientras que Stewart tenía un guión y a un director de primera fila. Luego, al terminar el largometraje, se puso a cambiar de un canal a otro hasta que dieron la una. Entonces se dirigió a la cocina y, a oscuras, se sentó en la silla armado con los prismáticos. En la azotea no se veía a nadie y el balcón de debajo, el de la señora Liliana, estaba medio abierto y de él surgía como siempre una luz tenue. El interior del estudio del profesor de Historia estaba iluminado por la luz de la lámpara de mesa: debía de haberse acostado en el sofá cama. No tardaría en llegar la joven enfermera nocturna para consolarlo por el mucho sufrimiento que le provocaba la dolencia de su mujer. El balcón de la pareja treintañera estaba abierto de par en par y había luz, pero dentro no se veía a nadie. Quizá en esa ocasión no iba a proyectarse la película erótico-festiva de todas las noches, de modo que no les importaba que los observaran. Pasada media hora de vigilancia, no había sucedido nada. Se puso en pie, se fumó un pitillo en el baño y cuando volvió a sentarse junto a la ventana vio al hombre de la azotea. Estaba inclinado sobre la barandilla y miraba el balcón de debajo. Eran casi las dos de la madrugada. El individuo se incorporó, sacó algo del bolsillo, lo

agarró con las dos manos y se lo llevó a los ojos. Montalbano pegó un respingo. Aquel hombre estaba mirando el edificio de delante con unos prismáticos, exactamente lo mismo que hacía él.

Sin duda, quería comprobar si alguien lo veía. El comisario dejó caer los prismáticos sobre el pecho: no quería que un reflejo de las lentes lo traicionara. A simple vista, se percató de que el balcón de la pareja joven volvía a estar entrecerrado y que ella, perfectamente encuadrada en el centro del resquicio de la puerta, iba vestida de Carmen; llevaba incluso castañuelas y bailaba agitando las caderas al ritmo de una música inaudible. Volvió a coger los prismáticos. El de la azotea estaba atando el extremo de una cuerda bastante gruesa a la parte inferior de un barrote de la barandilla. Estaba claro que tenía intención de descolgarse hasta el balcón inferior. Acto seguido comprobó la resistencia del nudo tirando con ímpetu de la cuerda.

Satisfecho con el resultado, se quitó la americana, franqueó la barandilla y empezó a descolgarse cuerda abajo. Sin embargo, al llegar a la altura de la cornisa se detuvo un instante y luego volvió a subir. ¿Se habría arrepentido? ¿O iba a intentarlo otra vez? Era evidente que no se trataba de un ladrón. De eso a Montalbano no le cabía duda. Demasiado inexperto, demasiado torpe en el descenso con la cuerda. Sin duda, le había dado miedo caerse o había tenido un ataque de vértigo y había preferido subir otra vez. Ahora estaba incorporado y se secaba el sudor con un pañuelo blanco. Carmen, por su parte, había empezado un estriptis sensual dedicado a alguien situado fuera del campo de visión, aunque seguro que se trataba de su marido. A continuación, el hombre volvió a franquear la barandilla y empezó a bajar con extrema lentitud. Tardó unos diez minutos en llegar al balcón. Luego soltó la cuerda e hizo algo extraño. Sacó un aerosol del bolsillo

de los pantalones y se lo aplicó en las axilas. No, no era ningún ladrón: los ladrones no se quitan el olor a sudor antes de entrar en una casa a robar. ¿Y si era el amante de Liliana? No, porque en ese caso la noche anterior no se habría quedado quieto cuando ella había salido a hablar con el móvil. Entonces, ¿quién era y qué pretendía?

El individuo abrió las hojas de la puerta con sumo cuidado, entró y desapareció de la vista del comisario, que, ante esa situación, no supo qué hacer. ¿Llamaba a la policía? ¿Esperaba a que volviera a salir al balcón y se liaba a dar voces gritando «¡Al ladrón, al ladrón!», con lo que despertaría a todo el patio? ¿Y si en realidad, no era ningún ladrón, cosa que en el fondo ya tenía meridianamente clara? Bueno, muy bien, ladrón no era, pero no podía decirse que estuviera actuando con normalidad. Había que intervenir. Pero ¿cómo? Y de repente encontró la respuesta. Se levantó, se puso la americana y salió a la calle despepitado. Tardó menos de dos minutos en plantarse delante de aquel gran portal, el del edificio de delante del suyo, el de la señora Liliana. Y es que había dos posibilidades: o el sujeto en cuestión salía por allí después de hacer lo que estuviera intentando hacer o no salía. En el segundo caso, se deduciría que vivía en ese mismo edificio y que, gracias a la ayuda de la portera, el comisario podría dar con él. En ese preciso instante se detuvo un coche un poco más allá y bajó una pareja de unos cincuenta años que lo miró con cierto recelo, ya que estaba parado junto al portal de su casa con las manos en los bolsillos y un pitillo en la boca. El hombre sacó la llave, abrió y luego le dijo:

—¿Desea entrar?

—No, gracias, espero a un amigo —contestó Montalbano.

El señor no pareció muy convencido, pero de todos modos

entró y cerró. «¿Ahora le va a dar a éste por llamar a la policía para decir que ha visto a un individuo sospechoso, se presentan aquí unos agentes y, entre pitos y flautas, consiguen que se me escape el de la azotea?», se preguntó el comisario, preocupado. Miró el reloj. Llevaba ya veinte minutos de guardia delante del portal. Se alejó una decena de pasos y fue a apoyarse contra la persiana metálica de una tienda. Encendió otro pitillo. Le quedaban dos en el paquete y esperaba que el tipo diera señales de vida antes de que se le acabaran. Y entonces, de repente, se abrió la puerta y salió un hombre. Tendría unos cuarenta años e iba bien vestido: reconoció de inmediato al individuo de la azotea, puesto que llevaba una cuerda enrollada en el antebrazo izquierdo. El comisario no se movió. El otro abrió un coche, echó la cuerda en el asiento de atrás, subió, cerró la puerta y estaba a punto de arrancar cuando, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró a Montalbano sentado a su lado.

—No me hagas daño —suplicó con voz temblorosa—. Te doy todo lo que llevo.

Y con esas palabras sacó la cartera. Entonces el comisario se fijó en que el bolsillo derecho de la americana estaba deformado; debía de contener algo pesado. ¿Una pistola? Sin pensárselo dos veces, metió la mano dentro de aquel bolsillo y sacó una cámara de fotos.

—¡No, eso no! —gritó el hombre.

Quizá era un detective privado, quizá había documentado que la señora Liliana se acostaba con su amante invisible. Decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Policía. Soy el comisario Montalbano.

Y a continuación el desconocido hizo algo inesperado: se echó a llorar desconsoladamente, con la cara entre las manos y agitando los hombros con los sollozos. Montalbano bajó, abrió la puerta del conductor, le dijo que se apartara y el hombre,

estupefacto, obedeció.

—¿Va a detenerme?

—No diga majaderías.

El tipo se puso a llorar más fuerte. Montalbano aparcó el coche delante de su casa, lo hizo bajar, se lo llevó al cuarto, lo condujo a la cocina y le dio un vaso de agua. El hombre vio los prismáticos encima de la mesa, miró por la ventana abierta y lo entendió todo.

—En esa habitación de ahí —dijo, señalando el balcón del que salía la luz tenue— duermen mis dos hijos, que su madre se niega a dejarme ver. Los tiene secuestrados aposta. Estamos en trámites de divorcio, pero Liliana me tiene un odio feroz y se venga así. Mañana... Mañana me voy a Egipto, soy ingeniero de minas y voy a pasar un año fuera... Y por eso he pensado... Los quiero muchísimo. ¿Quiere verlos?

Sacó la cámara. Dos chiquillos que dormían en sendas camitas.

Un chico de unos diez años y una chica de unos cinco.

—Se ha arriesgado mucho, ¿se da cuenta?

—Sí, pero no tenía elección. En fin, ¿qué va a hacer?

—Nada, ¿qué quiere que haga? Desearle un buen viaje.

Y lo mismo se deseó a sí mismo. Porque había tomado una decisión. Aquel mismo día, con las costillas rotas, en avión, en barco, en tren, en coche, en bicicleta o en monopatín, iba a volver a Vigàta pasara lo que pasase.

Una cena especial

1

Al entrar en la comisaría, Montalbano observó que Catarella no se encontraba en su puesto de la centralita y se sorprendió, porque cuando estaba de servicio no se movía de aquel cubículo, que era su centro de operaciones. Pensó que quizá tenía la gripe: en aquellos últimos días de diciembre el frío había sido muy intenso. Y entonces lo vio en el pasillo, al que daban los distintos despachos, trajinando entre la larga hilera de fotografías colgadas de la pared.

En cada una de ellas aparecía el rostro, en ningún caso digno de un concurso de belleza, de uno de los delincuentes más peligrosos de Sicilia, en su gran mayoría mafiosos en busca y captura. Estaban así expuestas, como en un museo, para que los agentes de la comisaría, al pasar por delante de continuo, fueran memorizando sus facciones. Y, en caso de cruzarse con ellos por casualidad, procedieran de inmediato a su detención.

O, por lo menos, ésa era sobre el papel la intención. En la práctica, habría sido difícil reconocer, por poner un ejemplo, a Girolamo Boccadoro, homicida quíntuple, a partir de su fotografía amarillenta, en la que aparecía un jovencito treintañero con bigote y el pelo negro que miraba a la cámara con desdén y una sonrisilla de hijo de puta, puesto que hacía cuarenta años que se le había perdido la pista y debía de ser un viejecito de más de setenta.

—¿Qué haces?

—*Dottori*, en tanto en cuanto que ayer la Brigada Capturante de Montelusa capturó a dos *dividuos* que estaban en búsqueda de captura, estoy *rintirando* sus *rispectivas* fotografías suyas de

ellos.

—Menos mal. Dos menos.

—No, *siñor dottori*, no le salen las cuentas. Las *vintiocho* fotografías se quedan en *vintiocho*.

—Pero si has dicho que les habían echado el guante a dos que...

—¿Yo le he *mincionado* un guante? Fíjese que *cumete* usía un error: yo no le hablaba de echar guantes, sino de capturar *malhichores*. Y en tanto en cuanto que hay dos más en búsqueda de captura, la *jifatura supirior* nos ha mandado sus *rispectivas* fotografías suyas de ellos.

Montalbano echó un vistazo a las dos fotos nuevas y se dirigió a su despacho, pero Catarella salió corriendo tras él.

—¡Ah, *dottori*! Casi casi que no me recuerdo. Quería decirle que Fazio ha *tilifoneado* por *tiléfono*.

—¿No puede venir? ¿Se encuentra mal?

—No, *siñor dottori*, no se trata de Fazio hijo, que se *incuentra in situ*, sino de Fazio padre del hijo y...

—... del Espíritu Santo. Muy bien, si vuelve a llamar me lo pasas. Y mientras dile a Fazio que venga a verme.

—Pido *comprinsión* y *pirdón*, *dottori*, pero no he *cumprendido*. ¿Se lo tengo que pasar y tengo que decirle que vaya a verlo a usía de usted?

—¡Te digo que mandes a verme a Fazio hijo!

—Entonces se lo digo inmediatísimamente, *dottori*, pero ¿me explica qué tiene que ver el Espíritu Santo?

—Te lo explico otro día, Catarè.

• • •

—Me ha llamado tu padre a primera hora, antes de que llegara. ¿Tú sabes qué quería?

—Pues no, jefe, pero me lo puedo imaginar.

—Ilumíname.

—Seguro que quería invitarlos a usía y a la señorita Livia a pasar con nosotros la Nochevieja.

—Por desgracia, es muy probable que Livia no pueda venir —contestó.

Se le había escapado y al instante se arrepintió, porque entonces, sabiendo que estaba solo, todo el mundo consideraría su deber acogerlo en su casa esa noche tan señalada.

En realidad, el comisario tenía la secreta esperanza de que, al no estar Livia, su asistenta, Adelina, lo invitase a cenar con su familia, con quien comería los *arancini* únicos y maravillosos que sólo ella sabía hacer así de ricos.

—Si está solo, razón de más para aceptar la invitación de mi padre —dijo, en efecto, Fazio.

Montalbano masculló algo que no se entendió. El otro volvió a su despacho a trabajar.

Al cabo de cinco minutos se presentó Mimì Augello con una sonrisa de oreja a oreja. Entró, cerró la puerta, se acercó a la mesa y habló en tono conspirativo:

—¿Es verdad que Livia no viene?

—¿Y a ti qué demonios te importa?

—Salvo, esto es un asunto serio del que dependen un montón de cosas. ¿Qué te cuesta decírmelo? ¿Es verdad o no?

—Es verdad.

—Pues mira, Salvo, ¡te ofrezco una oportunidad única!

—¿De qué se trata?

—¡Es una ocasión que pintan calva!

—¿Me dices qué es sí o no?

—Tengo en el bote a dos gemelitas de veinte años, Else y Helen. Alemanas que están de paso.

—¿De dónde las has sacado?

—Las conocí aquí en comisaría hace un par de días, por una historia de pasaportes. Anoche las invité a cenar. Te aseguro

que me mostraron su gratitud más sincera.

—¿Y eso por qué vienes a contármelo?

—¿No lo has entendido?

—No.

—Tú y yo, en Nochevieja, nos las llevamos a cenar al Madison, y sobre todo a beber vino y champán en abundancia, y luego bailamos dos o tres canciones y nos vamos a Montelusa, al hotel Jolly, donde previamente habremos reservado dos habitaciones dobles, y damos la bienvenida al año nuevo por todo lo alto. ¿Qué te parece?

Montalbano no contestó. Se limitó a mirarlo.

Y lo miró tan mal que Augello levantó los brazos en señal de rendición y se retiró protestando:

—¡Oye, que sólo era una propuesta!

En cuanto se fue el subcomisario, le entraron ganas de echarse a reír.

De repente se había visto en el Madison bailando con una chica alemana medio borracha.

Sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori*! ¡Ah, *dottori*, *dottori*!

Era la letanía habitual de Catarella cuando llamaba el *siñor* jefe *supirior*, de forma que no le hizo falta preguntar de qué se trataba.

—Pásamelo.

—¿Montalbano?

—Buenos días, jefe superior.

—Buenos días, Montalbano. Por fortuna, no es ésta una conversación de trabajo.

—Mejor que mejor.

—A mi mujer y a mí nos encantaría que su compañera y usted pudieran venir a cenar a casa en Nochevieja.

¡Virgen santa! ¡Eso sí que no lo esperaba! Por un momento vio desvanecerse los *arancini* en el horizonte. Y eso no podía

permitirlo de ninguna de las maneras. Pero ¿qué embuste podía soltar?

—Les agradezco esa exquisita gentileza a su esposa y a usted, pero lamento en el alma no...

¿No qué? No se le ocurría ninguna excusa. Se puso a sudar pese al frío que hacía.

—¿Tiene ya otro compromiso?

—No, pero resulta que...

Y entonces, de golpe y porrazo, se produjo el milagro. Las palabras siguieron saliendo de su boca claras, precisas, coherentes, asombrándolo a él mismo en primer lugar.

—Resulta que Livia llega a Palermo en el último vuelo del 31 por la noche, iré a buscarla y luego cenaremos en un restaurante de Palermo en el que un primo lejano suyo...

Una vez que había cogido carrerilla, podría haber seguido una hora entera, pero el jefe superior lo interrumpió.

—Entendido. ¿Qué se le va a hacer? Se lo diré a mi mujer. En fin, nos vemos en la recepción de Fin de Año.

—Por supuesto.

Se había salido con la suya. Se levantó y dio tres vueltas alrededor de la mesa frotándose las manos y canturreando. Acababa de sentarse otra vez cuando llamaron a la puerta. Era Catarella.

—*Dottori*, en tanto en cuanto me han dicho ahora mismísimamente una cosa *riferida* a usía...

—¿Qué te han dicho?

—Que su *siñorita* compañera ha tenido un impedimento para bajar hasta aquí. ¿Me lo han dicho bien?

—Sí.

Catarella se hinchó como un pavo, con la cara colorada, se puso firme, hizo un saludo y dijo:

—Entonces, si usía quiere hacerme el *hunor* de pasar la Nochevieja en mi humilde casa, le doy *asiguración* de que mi

hermana Trisina cocina de rechupete y el vino de...

Montalbano se conmovió y lo interrumpió. Y en esa ocasión sintió mucho soltar un embuste.

—Catarè, te lo agradezco en el alma, pero acabo de aceptar hace un minuto de nada la invitación del *siñor* jefe *supirior*.

Catarella, desilusionado, se encogió de hombros y se marchó, aunque al cabo de un momento volvió a abrir la puerta.

—¡Ah, *dottori*! Quería decirle que vendría a estar *in situ* Fazio padre del hijo, que dice que si lo *ricibe* cuando tenga un poquitín de tiempo.

—Hago una llamada y luego estoy con él.

Marcó el número de su propia casa con cierta ansiedad. Había llegado el momento de la verdad: iba a ver si Adelina lo invitaba o no. El año anterior, el segundo que había pasado de comisario en Vigàta, lo había hecho, y Montalbano había ido y se había zampado ocho *arancini* celestiales uno detrás de otro. Claro que luego, cuatro meses después, había sucedido lo de... Resultaba que, desde hacía un tiempo, actuaba en Vigàta una banda de ladrones de pisos que había despertado el malhumor y el descontento de la población, de modo que un día Montalbano, harto de la situación, le había encargado a Augello que diera con ellos.

Mimì se había puesto manos a la obra y había logrado detener a un sospechoso al que había sometido a un duro y largo interrogatorio. Y así, al cabo de veinticuatro horas, el hombre se había rendido, había confesado y había dado el nombre de sus cómplices. Uno de ellos, para enorme sorpresa del comisario, era Pasqualino, uno de los hijos de Adelina. Montalbano, que lo conocía y lo había tratado, quiso hablar con él en privado.

—Lo siento, pero tengo que mandarte a la cárcel.

—¿Qué es lo que siente, *dottò*? Usía hace su trabajo y yo, el mío. No es una cosa personal, usía sigue siendo para mí el de

siempre.

—¿Y no piensas en el dolor que le provocas a tu madre?

La respuesta de Pasqualino había sido de una lógica aplastante:

—*Dottò*, el que le provoca dolor a mi madre no soy yo al robar, sino usía al detenerme.

A pesar de todo, Adelina había seguido yendo a Marinella como si no hubiera pasado nada.

Luego, al enterarse, Livia se había llevado un susto.

—¡Échala!

—¿Por qué?

—¡Porque tarde o temprano te envenenará para vengarse!

Adelina descolgó por fin.

—Perdone que no haya contestado antes, pero no oía el teléfono porque estaba fregando el porche. ¿Qué pasa, *dottori*?

—Quería avisarte de que mañana por la mañana puedes venir a casa a trabajar como de costumbre.

Adelina se llevó una sorpresa. A continuación, habló con una voz de repente precavida y recelosa.

—Perdone la pregunta, pero ¿no me había dicho que esta noche llegaba la señorita Livia?

Como las dos mujeres no se entendían, cuando Livia estaba en Vigàta a la asistenta no se le veía el pelo.

—Sí, pero anoche me llamó para decirme que había un cambio de planes.

—¿Y cuándo llega?

—Me contó que ha tenido un contratiempo y al final no va a poder venir en Nochevieja.

—Entendido —dijo Adelina.

Montalbano se quedó sin aliento. ¿Había entendido Adelina que iba a pasar la Nochevieja solo?

Estaba punto de repetir que Livia no iba a aparecer cuando por fin la asistenta se decidió.

—Entonces... —empezó, pero se detuvo.

—¿Entonces? —la azuzó el comisario, esperanzado.

—Entonces, ¿por qué no viene a comerse los *arancini* con nosotros?

¡Victoria! Ya podía hacer pasar a Fazio padre del hijo.

2

—¿Sabes que estás divinamente, Fazio?

—Gracias, *dottore*. Será que cuidarme me sienta bien. ¡A usía también lo veo en forma!

—¿Querías decirme algo?

—Vengo por dos motivos. El primero es invitarlo a pasar la Nochevieja con nosotros.

Como ya lo esperaba, tenía la respuesta preparada. El embuste que le había dicho a Catarella podía reciclarse.

—Te lo agradezco, pero no puedo, por desgracia. Tengo ya un compromiso. Antes de que llegaras me ha llamado el jefe superior por el mismo motivo y como comprenderás no he podido negarme.

—Es una verdadera lástima, pero ha hecho bien. En fin, para no perder el tiempo voy al grano y le cuento el segundo motivo. Usía debe de saber que tengo un viejo y buen amigo, más joven que yo, todo un caballero, una persona intachable, que se llama Gasparino Lodato. Es el dueño de una gran tienda de tejidos de la via...

—Lo conozco.

—Mi amigo tiene una única hija, de veinte años, una muchacha guapísima que es la niña de sus ojos, seria, sin ideas raras en la cabeza, que estudiaba Derecho en la universidad en Palermo...

—¿Y ya no?

—No, ya no, porque... Tenga un poco de paciencia, que se lo cuento todo por orden.

—Perdona.

—Hace un año y medio, la muchacha en cuestión, que se llama Anita, conoció a un joven y se enamoró. Él le correspondía. Pero durante un tiempo Anita prefirió ocultárselo a su familia. Hasta que, seis meses después de que lo conociera, alguien se lo contó a Gasparino, que me dio el nombre del muchacho y me pidió por favor que buscara información sobre él. Se me cayó el alma a los pies.

—¿Por qué?

—Porque era Antonio Barreca.

—¿El sicario de la familia Sinagra? ¿El que lleva tres meses en busca y captura?

—El mismo.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que tenía que hacer. Le dije a Gasparino que su hija tenía que dejar a aquel chico cuanto antes y le expliqué el motivo. Lo malo era que Anita no sabía nada: creía que era propietario de tres barcas de pesca. Y no hubo manera de convencerla. Estaba empeñada en que era una táctica de su padre. No cambió de idea hasta que él se dio a la fuga y su foto empezó a salir en los periódicos y las televisiones.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces empezó un infierno para la pobre chica y para toda su familia.

—¿Un infierno? ¿En qué sentido?

—En el sentido de que Barreca no los deja en paz, pretende que Anita se vaya con él a vivir en la clandestinidad. Y, como ella no quiere verlo ni en pintura, se ha encerrado en su casa y por precaución ya no va a Palermo a estudiar. Barreca la llama a diario, la amenaza, dice que si no se va con él la mata; a Gasparino le ha rajado los neumáticos del coche, le ha mandado un conejo descuartizado, dice que va a quemarle la tienda... Ayer mismo llamó a Gasparino y le dijo algo muy raro.

—¿El qué?

—Que iba a montar un gran alboroto, tan grande que se enteraría todo Vigàta, y que así por fin se convencería de que debía mandarle a Anita adonde le había dicho.

Montalbano estaba sorprendidísimo.

—¿Puedes explicarme por qué, después de todas esas lindezas que les ha dicho Barreca, tu amigo no ha venido contigo a poner una denuncia como Dios manda?

—¡Qué cosa me pregunta, *dottore*! ¿Y qué iba a sacar denunciándolo? ¡Si ya está en busca y captura! A ver quién es el guapo que lo pilla. A ése ya no se le ve el pelo.

Montalbano pensó en la larga galería de retratos del pasillo y no dijo nada.

Fazio continuó:

—Además, tiene miedo de que, si presenta denuncia, Barreca se ponga hecho una furia. Si hubiera venido conmigo aquí a comisaría, puede estar seguro de que Barreca se habría enterado al momento. En Vigàta tiene amiguchos dispuestos a hacerle un favor, o gente a sus órdenes, a punta pala.

Montalbano reflexionó un poco.

—Habría una solución.

—Cuénteme.

—Puedo intentar hablar con el juez para intervenir el teléfono de la familia Lodato. Y a lo mejor Barreca, a fuerza de llamar, cava su propia tumba. Pero tú ya sabes que, por desgracia, más no puedo hacer.

—¿Por qué?

—Fazio, ¿pasaste treinta años aquí y ya te has olvidado? Sin denuncia previa, no puedo actuar.

—Sobre ese tema, *dottore*, Gasparino está...

—Aclárame algo. ¿Le da miedo poner la denuncia o le da miedo que se sepa?

—Las dos cosas, pero sobre todo creo que le da miedo que se sepa.

—Pues entonces haz lo que te voy a decir.

—Muy bien.

—Dile a tu amigo que tiene que ponerse enfermo. Nada, una cosa pasajera. Que pase cuatro días en cama.

Fazio lo miró estupefacto.

—Explíquese mejor.

—Al segundo día, vais a visitarlo tu hijo y tú para ver cómo se encuentra. Y él os dice que quiere poner una denuncia urgente, pero que no puede levantarse de la cama. Entonces tu hijo da un paso al frente y dice que en un caso así está autorizado a tramitar la denuncia allí mismo. Gasparino la pone, tu hijo me la trae, yo la meto en un cajón y nadie se entera. ¿Me explico?

—Como un libro abierto —contestó Fazio padre del hijo antes de levantarse y tenderle la mano.

—Te acompaño —dijo el comisario.

A la vuelta se detuvo en el pasillo a mirar las fotos de los sujetos en busca y captura. Ahí estaba el encantador Antonio Barreca. Los delincuentes tienen dos tipos de cara: la de delincuente de toda la vida y la de persona de bien. Barreca pertenecía a esta segunda categoría. Era un joven de veintiocho años bastante guapo y clavadito a un empleado de banca diligente, hijo de gente honrada, temerosa de Dios y respetuosa de la ley.

Con la diferencia de que sobre sus hombros pesaban como mínimo cuatro homicidios probados.

Se quedó mirando la fotografía durante un momento y a continuación, cuando ya se dirigía hacia su despacho, se produjo un estrépito.

Fortísimo.

El suelo se sacudió como si le hubiera dado un escalofrío, los cristales de las ventanas temblaron, una puerta se abrió por su cuenta, hubo algo parecido a una corriente de aire y un

montón de papeles en equilibrio inestable encima de un mueble se desmoronó y cayó al suelo.

—¿Qué ha sido eso? ¿Una bomba? —preguntó Augello, saliendo preocupado de su despacho.

—¿Una bomba? —repitió Fazio como un eco, llegando a la carrera seguido de Gallo y otros agentes.

—¿Y yo qué sé? —dijo Montalbano—. Desde luego ha sido un estallido fuerte, pero lejano.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fazio.

En ese momento llegó Catarella.

—Acaban de *tilefoniar*. Una voz balbuceante ha dicho que había que ir corriendo al Piano Lanterna.

Iban todos apretujados en dos coches, uno conducido por Gallo y el otro por Fazio. En cuanto llegaron al Piano Lanterna, una gran humareda negra y densa les indicó el camino.

—¡Ha habido una explosión en la fábrica de Santino! —gritó uno braceando al verlos pasar.

—¡Mierda! —exclamó Fazio.

Sin dejar de conducir, agarró la radio y llamó a los bomberos de Montelusa.

Santino Larocca tenía una fábrica de fuegos artificiales y petardos que por Nochevieja trabajaba a toda máquina. Era una especie de almacén de ladrillo visto, grande y antiguo, en el que, además del propietario, había tres empleados.

De la fábrica ya no quedaba en pie, a duras penas, más que una mitad; la otra se había venido abajo con la explosión. Y se hacía difícil evaluar el estado de esa mitad superviviente, porque era imposible verla bien entre tanto humo. De todos modos, no había llamas.

El aire era gris, pesado, irrespirable, y hacía toser y que lloraran los ojos.

Ya se había congregado un centenar de curiosos, pero los mantenían a raya dos policías municipales que por alguna razón andaban por allí en aquel momento, así como el propio Santino Larocca, que no parecía haber sufrido daños y no dejaba de dar voces:

—¡No se acerquen! ¡Aún es peligroso!

Montalbano, seguido de Augello, fue hasta él.

—¿Todo el mundo a salvo?

—No, señor. Pietro Trupia se ha quedado atrapado dentro. Yo he salido corriendo y he visto que se caía y ya no se levantaba.

—Pero no podemos dejarlo ahí —dijo Montalbano—. Puede que se haya desmayado o haya tropezado. Hay que...

—¿Qué pretende? ¿Entrar? ¿No ve que el resto de la fábrica puede venirse abajo en cualquier momento?

Entonces sucedió algo que nadie esperaba. Sin decir ni mu, Mimì Augello echó a correr hacia el edificio y desapareció al instante entre la humareda.

—¡Es un suicidio! —gritó Santino.

Montalbano se precipitó tras los pasos de su amigo, pero se topó con Fazio.

—¿Adónde se supone que va?

—¡Mimì ha entrado!

—¡Y usía se queda fuera! —dijo el inspector agarrándolo de los brazos.

El comisario trató de zafarse con todas sus fuerzas, pero el otro lo tenía inmovilizado.

—¡Suéltame, es una orden!

—¿Queremos liarnos a puñetazos delante de la televisión? —preguntó Fazio.

¿Estaba la televisión?

¡Pues claro, si se abalanzaban como cuervos sobre los cadáveres!

Al fijarse en su presencia, Montalbano tuvo un momento de duda que Fazio aprovechó para apartarlo tres pasos.

¿Y por qué no salía Mimì todavía? El comisario hizo un esfuerzo para tranquilizarse. Si no lo veía calmado, el otro no lo soltaría.

—Vamos a hacer una cosa —propuso—. Entramos los dos.

—No, jefe.

—¡Intenta razonar un poco!

—Si hay que ir, voy yo —dijo Fazio, decidido.

Por un momento, Montalbano tuvo la impresión de estar en una representación de *Las bodas de Fígaro*, en el momento en que el coro canta «*Andiamo, andiam*», pero nadie se mueve.

Y entonces surgió de la multitud un «oh» de asombro. El comisario y Fazio se dieron la vuelta para ver qué sucedía.

Había aparecido entre el humo un negro que llevaba en brazos a otro negro. ¿De dónde salían tantos negros?

Al cabo de un instante Montalbano lo entendió. Eran Augello y Trupia, el obrero salvado, ennegrecidos por efecto del humo. La gente estalló en un aplauso.

—Se ha intoxicado con el humo y tiene una pierna rota —gritó el subcomisario.

Casi a modo de réplica, se oyó la sirena de la primera ambulancia, que llegaba ya.

Y un momento después, como si aquello fuera una película americana, el resto de la fábrica se vino abajo.

Sólo faltaba la música de fondo.

—¡Vaya a abrazar al *dottor* Augello! —le ordenó un cámara de televisión a Montalbano, enfocándolo.

—¡Abrázalo tú! —espetó él.

Luego habló un poco con Fazio y a continuación se acercó a Gallo y le dijo:

—Llévame ahora mismo a la *trattoria*, que, si no, cierran y me quedo todo el día a dos velas.

3

En el fondo, el petardazo había sido sobre todo un susto, puesto que podía haber provocado muchos más daños, de modo que Montalbano se sintió en la obligación de celebrarlo debidamente no haciendo ascos a nada de lo que ofrecía la *trattoria*.

En el momento en que, bien saciado, estaba a punto de irse, se le acercó Calogero, el propietario.

—Perdone, *dottore*. Para Nochevieja estoy organizando una cena especial para nuestros clientes. Y cuando digo «especial» quiero decir que es especial. Si usía no tiene nada mejor que hacer...

¿También Calogero lo atacaba? ¿Qué manía le había entrado a todo el mundo con lo de invitarlo por Nochevieja?

—Gracias, pero tengo un compromiso.

Estaba ya en la puerta cuando oyó que lo llamaba el coronel retirado Strazzeri, un señor que no trataba a nadie con familiaridad y que estaba sentado, bien tieso, a su mesa de siempre, junto a la entrada.

—Dígame, coronel.

—Quería invitarlo a pasar la Nochevieja con nosotros, la Asociación de Veteranos. ¿Sabe usted?, organizamos siempre una fiesta estupenda con baile, incluido un concurso, exposiciones de arte de distinto tipo de nuestros socios...

¡Uf, pero qué murga! ¿Hasta los veteranos de la guerra tenían que darle la tabarra?

No renunciaría a sus *arancini* ni aunque se pusieran todos de uniforme y lo amenazaran pistola en mano.

—Gracias, coronel. ¡Si me lo hubiera dicho antes, me habría encantado! Pero he recibido una invitación...

Hasta las dos de la tarde los bomberos no consiguieron retirar todo el material que no había estallado y proteger el resto de la fábrica de nuevos derrumbes.

En consecuencia, Montalbano no logró reunir en la comisaría a Santino, a los otros dos empleados y a los dos policías municipales hasta las cuatro.

Quería averiguar cómo se había producido el accidente, en el que por suerte no había muerto nadie y sólo había habido un herido, en aquel momento ingresado en el hospital de Montelusa.

Estaban también presentes Augello, el héroe del día, y Fazio. Para empezar, hizo pasar a su despacho a los dos agentes.

—¿Por qué estaban allí en ese momento?

Contestó el mayor de los dos, un cabo calvo de unos cincuenta años.

—Habíamos ido a hacer un control rutinario de la fábrica.

«Y a que os dieran el aguinaldo de todos los años», se dijo Montalbano, pensando mal.

—¿Han encontrado irregularidades? —preguntó, obviando el otro tema.

—En absoluto. Habíamos terminado y ya nos dirigíamos hacia la puerta cuando primero he oído que alguien gritaba algo fuera y luego Santino ha chillado que teníamos que salir todos.

—¿Ha entendido lo que gritaban fuera?

—No, la verdad...

—Yo sí —dijo el otro agente—. He oído con claridad una frase dicha en siciliano: «¡Santino, cuéntale esto a tu amigo del alma!» Y al cabo de un instante Santino se ha puesto a gritar.

—Un momento. ¿Se da cuenta de que me está diciendo que no se ha tratado de una explosión accidental, sino provocada?

—Por supuesto que me doy cuenta.

—¿Está dispuesto a repetirlo delante del juez?

—No tengo ningún problema.

Montalbano ordenó que se redactara un atestado, les dijo a los dos declarantes que lo firmaran y luego se dispuso a interrogar a los dos obreros.

Uno declaró que sólo había oído que Santino gritaba que tenía que salir todo el mundo y que había obedecido, el otro contó que le había parecido que, un momento antes de que el jefe empezara a dar voces, alguien lo había llamado desde fuera.

El comisario pidió que también se hiciera un atestado con esas declaraciones y luego hizo pasar a Santino Larocca.

Aunque en el momento de la catástrofe y justo después había demostrado arrojo, control y entereza, ahora que todo había pasado las fuerzas lo habían abandonado y se había quedado apático y casi indiferente.

—Señor Larocca, no cabe duda de que las cinco personas que se encontraban en su fábrica le deben la vida.

—Sí, bueno.

—¿Puede contármelo todo por orden?

—Me... Me había despedido de los dos agentes y estaba guardando los libros en su sitio cuando alguien me ha llamado desde fuera.

—¿De dónde procedía exactamente la voz?

—De la ventana que hay al lado de la zona que sirve de almacén y que estaba abierta. Al oír que me llamaban por mi nombre, me he vuelto hacia la ventana.

—¿Ha entendido qué más decía ese hombre?

—No, señor.

—¿Y eso?

—Es que he visto que algo entraba volando por la ventana, algo que han tirado de fuera y que ha ido a caer justo encima del depósito de petardos. Y echaba humo. Me he dado cuenta del peligro y me he puesto a pegar gritos.

—¿De modo que no está al tanto de la frase que le ha gritado ese hombre?

—No, señor.

—Uno de los agentes la ha oído. Se la repito: «¡Santino, cuéntale esto a tu amigo del alma!» ¿Nos la puede explicar?

Larocca parecía confundido e incluso pasmado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—¿Usted tiene un amigo del alma?

—Sí.

—¿Quién es?

—Se llama Gasparino Lodato. Tiene una tienda de tejidos, pero no entiendo qué relación puede haber con...

A Montalbano se le heló la sangre.

Barreca había montado el gran alboroto que había prometido en su última llamada.

Una vez que también se hizo el atestado de la declaración de Santino, Montalbano se despidió de él y se quedó con Augello y Fazio.

—Está claro que se trata de una advertencia mafiosa transversal —dijo el subcomisario—. El mensaje va dirigido al amigo de Santino. Yo haría venir al tal Lodato y...

—Mira, voy a ponerte un poco en contexto —le dijo Montalbano.

Y relató la historia que le había contado Fazio padre, para concluir con la sugerencia que le había hecho él.

—Pero hay un problema —dijo Mimì—. Y es que ese Barreca es capaz de cualquier cosa. Hay que actuar cuanto antes.

Propongo que pongamos vigilancia, día y noche, en casa de Lodato. Pero sin que se entere el propio Lodato, que ya está bastante asustado.

—Estoy de acuerdo —contestó el comisario—. No nos queda otra. Fazio, encárgate tú de los turnos y de que la cosa empiece de inmediato. Yo telefoneo ahora al jefe superior, a ver si me concede cinco minutos.

—Lo que me ha contado me parece de suma gravedad —aseguró el jefe superior—. Creo que, estando así la situación, no hay tiempo que perder y habrá que sortear la burocracia. Ahora mismo llamo al juez para que autorice la escucha telefónica aunque no exista una denuncia previa del interesado. Voy a decirle que es una demanda muy urgente de la Brigada de Capturas.

—Perdone, jefe superior, pero tengo algo más que solicitarle. Me gustaría proponer a mi vicecomisario, el *dottor* Domenico Augello, para un encomio solemne o alguna otra cosa de ese estilo.

—¿Qué ha hecho?

Montalbano se lo contó.

—Se lo merece. Yo me encargo.

—Muchas gracias, jefe superior.

—Nos vemos mañana en la recepción.

Al llegar a la comisaría se encontró a Fazio padre. Parecía desconsolado. Y desde luego lo estaba.

—*Dottore*, he hablado con Gasparino. Ya casi lo había convencido para poner la denuncia cuando lo ha llamado su amigo Santino para contarle por qué le habían hecho saltar el negocio por los aires. Gasparino ha entendido al vuelo que

había sido Barreca y le ha entrado tal canguelo que de repente le ha subido la fiebre. La denuncia no la pone ni muerto.

—Esa denuncia ya no nos hace falta —replicó Montalbano, antes de informarlo de la decisión del jefe superior. Y luego le preguntó—: Cuando llama Barreca, ¿cómo se comportan?

—En cuanto reconocen su voz, o ven que se trata de algún amigacho suyo, cuelgan al momento.

—Tienes que decirle a Gasparino que la próxima vez Anita tiene que darle cuerda.

—¿Y eso?

—A Gasparino dile que es para amansarlo, pero en realidad es porque una conversación larga puede servir para localizar la llamada. Si tenemos la suerte de descubrir desde dónde llama, está jodido al noventa por ciento.

En Marinella, como hacía frío y no era cuestión de quedarse en el porche, decidió cenar sentado delante del televisor lo que le había preparado Adelina, o sea, berenjenas a la parmesana de primero y unas gambas tiernísimas aliñadas con sal, aceite y limón de segundo.

Era la hora del informativo de Televigàta, que empezó con las imágenes de la fábrica poco después de la explosión.

La calidad no era buena, tal vez debido a la gran cantidad de humo. En un momento dado aparecían Augello y el comisario hablando con Santino.

Y al momento Mimì echaba a correr hacia el edificio y desaparecía en su interior.

Al enterarse de que dentro aún quedaba un trabajador que no podía salir, el subcomisario Domenico Augello, en un generoso arrebato y con una inaudita indiferencia ante el peligro…

Después mostraron una escena sin duda incomprensible para los espectadores, en la que aparecían una serie de abrazos recíprocos entre Montalbano y Fazio. Y, como el periodista no ofrecía ni una palabra a modo de explicación, la cosa quedaba entre una parodia de un ballet y una versión cómica de un combate de lucha grecorromana.

Era todo tan ridículo que de la vergüenza daban ganas de esconderse debajo de la tierra. Al comisario se le pasó el hambre de golpe y porrazo.

De repente volvieron a mostrar a Augello, que surgía del humo con el trabajador herido en brazos.

La multitud ha estallado en un largo y frenético aplauso en honor del heroico...

El comisario quitó el sonido. Volvió a ponerlo cuando vio que entrevistaban al más joven de los dos policías municipales.

He oído una voz que desde el exterior del edificio le gritaba a Santino que se lo contara a su amigo del alma...

Apagó, furioso. ¡Así que, antes de decírselo a él, el agente lo había proclamado hasta por televisión!

¡No había más que imaginarse la curiosidad de la gente! Seguro que acababan descubriendo quién era el amigo del alma de Santino y quizá el pobre desgraciado de Gasparino se vería obligado a cerrar la tienda y cambiar de aires.

• • •

Antes de acostarse se preguntó sorprendido por qué Livia no habría llamado todavía. Marcó el número de Boccadasse, pero no obtuvo respuesta. No se preocupó: quizá habría ido al cine

con alguna amiga y luego a cenar por ahí.

Acababa de meterse en la cama cuando sonó el teléfono. Se imaginó que sería Livia y se lanzó a contestar.

Pero no. Era el abogado Guttadauro, cuyos estrechísimos vínculos con la familia mafiosa de los Sinagra eran bien conocidos. Aunque también se entendía con la familia rival, la de los Cuffaro.

—Disculpe que lo moleste a estas horas, *dottore*, pero me encuentro con unos buenos amigos que me han solicitado que le haga esta llamada.

—Dígame.

—Simplemente queríamos unirnos a usted y al *dottor* Augello en la celebración de la enorme demostración de valor de su subcomisario de esta mañana.

¿Adónde quería ir a parar?

—Gracias, abogado.

—Ha corrido la voz de que la explosión ha sido un acto de un individuo movido por razones, digámoslo así, amorosas. ¿Lo ha oído también usted?

—Sí.

—En ese caso, a ese hombre habría que sacrificarlo como a un perro rabioso. Querido comisario, le transmito mis más sinceros buenos deseos para el próximo año.

—Lo mismo digo. Buenas noches, abogado.

Hablando en plata, la mafia acababa de comunicarle que abandonaba a Barreca a su propia suerte. Por su parte, se quedaba sin protección.

4

Al día siguiente, 31 de diciembre, se despertó casi de buen humor. Quizá, o sin el quizá, porque pensaba ya en los *arancini* que iba a zamparse por la noche. Después de pasar por la comisaría para saber si había novedades, se dirigió a la jefatura de Montelusa, donde iba a celebrarse la recepción de Fin de Año del jefe superior. Se llevó a Mimì Augello. En el salón estaban todos los funcionarios y directivos de la policía de la provincia. El jefe superior pronunció un breve discursillo; un breve discursillo pronunció también el subjefe superior Mandarà en nombre de los funcionarios, y luego se pasó ya a la sesión de apretones de manos.

Cuando llegó su turno, el jefe superior le dijo a Montalbano, además de felicitarle el año, que acababan de comunicarle que la escucha telefónica solicitada ya se había activado. A continuación felicitó a Augello y le dijo que le había escrito al jefe de la policía para que se hiciera efectiva la propuesta del comisario. Augello, que no estaba al tanto de nada, le dio las gracias a Bonetti-Alderighi y luego le preguntó a su amigo:

—¿A qué se refería?

—Te he propuesto para un encomio solemne.

Augello lo miró entre atónito y conmovido, pero no dijo nada.

• • •

Tenía un pie dentro de la comisaría y otro fuera cuando Catarella se le echó encima como un perro hambriento.

—¡Virgen santa, *dottori*! ¡Virgen santa, Virgen santa! ¡Cuántas y cuantísimas personas lo han buscado urgentísimamente con mucha urgencia esta mañana por el aparato telefónico!

—Bueno, bueno, tranquilízate y dímelo todo por orden.

—La primera en llamar ha sido su compañera suya de usía, la *siñorita* Livia. Luego lo ha llamado Fazio padre del hijo. Después ha *tilifoniado* nuevamente su compañera suya de usía. Y *luegamente* el *dottori* Menenio Agrippa de la jefatura de Montilusa, pero eso ha sido ahora hace nada.

—A ver, Catarè, que ese señor no se llama Menenio Agrippa, sino Eugenio Agrippa.

Se trataba del jefe de la Brigada de Capturas.

—¿Y yo qué he dicho?

—Vamos a dejarlo. Llámalo y me lo pasas.

Entró en su despacho cuando ya sonaba el teléfono.

—Agrippa, ¿me buscabas?

—Sí, en cuanto ha acabado la ceremonia me han llamado los de las escuchas. Barreca ha telefoneado a las once cuarenta y cinco. Han podido averiguar que la llamada procedía de Sicudiana. Si la próxima vez lo tienen más rato al teléfono, lo pillamos.

Sicudiana estaba a pocos kilómetros de Vigàta, lo cual quería decir que Barreca se encontraba peligrosamente cerca.

Fazio padre del hijo le contó que Gasparino le había comunicado el contenido de la conversación. Había contestado Anita y primero Barreca se había lanzado a recordarle sus encuentros amorosos con un alud de obscenidades, para acabar dándole una especie de ultimátum. Si antes del 3 de enero la chica no se mostraba dispuesta a reunirse con él, mataría a su padre.

Estaba claro que Barreca ya no era capaz de controlarse. Había que pararle los pies cuanto antes. Pero ¿cómo?

Para acabar, llamó a Livia.

—¿Por qué no me dijiste nada anoche?

—Te había dicho que al final no podía ir a Vigàta a celebrar la Nochevieja contigo por un contratiempo, ¿no?

—Sí, me lo habías dicho, pero no entiendo lo...

—Estábamos esperando unos documentos que tardaban en llegar y a los que había que contestar cuanto antes. Y resulta que, de milagro, los documentos llegaron ayer por la tarde.

—Me alegro, pero...

—Espera. Entonces le pedí a mi jefe hacer horas extras anoche. Me dijo que sí. Trabajé hasta las tres. Esta mañana a las ocho volvía a estar en el despacho. O sea...

Se detuvo.

—O sea, que ¿qué?

—¿No lo entiendes?

—No.

O quizá sí que lo entendía, lo entendía perfectamente, y vislumbraba el horripilante futuro inmediato, pero se negaba a entenderlo con todas sus fuerzas.

—Pues que llegaré a Palermo en el vuelo de las ocho. ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—He oído como un golpe tremendo.

—Yo no. Habrá sido una interferencia.

¿O quizá la colosal maldición muda que le había estallado por dentro se había transformado en onda sonora?

—Ve a buscarme, haz el favor. ¡Qué ilusión poder celebrar la entrada del año contigo! —exclamó Livia.

Montalbano, por su parte, se había sumido en el más absoluto de los silencios.

—¿Me oyes? ¿Me oyes?

—Aquí estoy.

—¿Y no te alegras?

—Lo que no está escrito —contestó el comisario.

El fondo musical que le sonaba con claridad dentro de la cabeza era una marcha fúnebre lenta y desconsolada que podría haberse titulado sin problemas «Réquiem por unos *arancini*».

—Quería darte las gracias de todo corazón —dijo Augello, entrando en su despacho.

Montalbano estalló como un animal rabioso:

—¡Llama antes de entrar, joder! ¡Y, además, no es momento de venir a tocar los cojones!

—Perdona —dijo el subcomisario, y se marchó.

Al cabo de poco llamaron a la puerta. No contestó. Volvieron a llamar. Permaneció mudo. Se abrió la puerta y apareció Fazio.

—Perdone, jefe, pero...

—¿Te he dicho yo que entres?

—No, pero...

—Pues, si no te lo he dicho, ¿por qué has entrado?

—Disculpe —contestó Fazio, y también se marchó.

¡Qué murga! Ni siquiera le daban tiempo de vivir el luto en soledad.

Luego, al cabo de media hora, llamó a Adelina para darle la noticia de que al final iba a pasar la Nochevieja con Livia.

—Me alegro por usía... —replicó ella, muy seca.

Llegó a Punta Raisi con hora y media de retraso porque se había quedado sin gasolina y había tenido que salvarlo una patrulla de la Policía de Tráfico. Por el camino se juró solemnemente hacer al pie de la letra todo lo que decidiera Livia, sin la más mínima discusión, ya que, en caso contrario, y

de eso no cabía la menor duda, la cosa acabaría a tortas.

—¿Adónde vamos?

—¿Sabes qué, cariño? Mientras te esperaba he leído un periódico siciliano. He visto que en un restaurante que hay cerca de Vigàta celebran una cena de Nochevieja curiosa: hay que ir enmascarado.

—Pero ¡si no tenemos ningún disfraz!

—No hay que ir disfrazado, sólo con máscara. En la entrada te venden la que más te guste, pero es obligatorio ponérsela, eso sí.

—¿Y cómo se puede cenar con máscara?

—Por lo visto las han diseñado de forma que no molesten. Venga, que me llama la atención. ¿Vamos? Además, he leído que hay *arancini*, que te gustan tanto.

Una punzada en el corazón. Esos croquetones abominables que harían pasar por *arancini* le recordarían durante toda la noche el paraíso perdido. En fin, había jurado sumisión absoluta. Suspiró y se encogió de hombros, resignado.

—Quizá habría que llamar y reservar...

—Ya está hecho —contestó Livia, feliz y contenta.

Y también en ese caso el comisario encontró fuerzas para no reaccionar.

Cuando llegaron a El Tenedor, que era como se llamaba el restaurante situado al pie del castillo de Sicudiana, eran ya las once. El aparcamiento estaba hasta la bandera.

—Sólo quedan máscaras de Minnie y Mickey Mouse —dijo el hombre que estaba detrás del mostrador de la entrada—. Está lleno.

Se pusieron la máscara y entraron. Se encontraron en una especie de granero en el que ni los adornos de papel de colores colgados del techo ni las lámparas de brazo que surgían de las

paredes lograban disimular su función original. Un camarero los guió hasta la mesa reservada por Livia, entre un trasfondo ensordecedor de voces y risas. Por suerte, no estaba en el centro, sino al lado de la salida trasera. No había una sola mesa libre y por todas partes decenas de Mickeys, Minnies, Plutos, Clarabellas y Donalds se ponían las botas. Hacía un calor digno de una sauna. El aire estaba tan cargado de toda una mezcla de olores de los distintos platos que cortaba el hambre de raíz. En la mesa que tenían más cerca, puesta para tres personas, sólo había un hombre con máscara de Pluto. Estaba bebiendo una copa de vino, quizá esperaba a sus dos acompañantes para empezar a comer.

—Es demasiado tarde para cenar —dijo Livia—. ¿Y si pedimos unos *arancini*? Veo que tienen un montón ya preparados en esa mesa de ahí. Hay una cola de gente que se sirve por su cuenta.

—Como quieras —contestó él, privado ya de voluntad propia.

No había forma de que ningún camarero les hiciera caso, de modo que Montalbano se quedó medio de pie con un brazo levantado bien alto.

Y fue entonces cuando vio al hombre de la mesa contigua en el preciso instante en que se quitaba la máscara de Pluto para secarse el sudor de la frente a toda prisa. Tan sólo estuvo desenmascarado unos segundos, pero bastaron. Aquel individuo era, sin el menor rastro de duda, Antonio Barreca. Y, en el momento mismo en que el comisario lo reconoció, lo invadió una tranquilidad suprema y le quedó clarísimo lo que tenía que hacer. Posó una mano encima de la de Livia y se la acarició.

—Gracias por haberme traído aquí.

—¿De verdad te gusta? —preguntó ella, incrédula. Y luego añadió—: Dame tu plato. Voy a hacer cola y a coger los *arancini*.

Se levantó, echó a nadar y el comisario le gritó:

—¡Voy al coche a por el tabaco!

Se puso en pie también, sin prisa, y salió por la puerta que tenía a tres pasos. Echó a correr, llegó a su coche, agarró la pistola que llevaba siempre en la guantera y volvió a la carrera a la entrada principal, donde había dos teléfonos en la pared. Por suerte, llevaba cuatro fichas en el bolsillo. Los teléfonos estaban libres y bastante apartados. Tardó casi un cuarto de hora en que se pusiera Agrippa. Le explicó la situación.

—Montalbano, no hagas ninguna tontería. Dentro de diez minutos estamos allí.

Corriendo otra vez, volvió a la parte de atrás y entró por la puerta por la que había salido. Se sentó. Livia había avanzado tres cuartas partes de la cola. Montalbano encendió un pitillo. Barreca seguía bebiendo y miraba el reloj a cada poco. En un momento dado, anunciaron por los altavoces:

—Salvatore Manzella, acuda al teléfono.

Barreca se levantó y se dirigió a la caja, donde el cajero le tendió el auricular. Después de escuchar sin decir nada, el mafioso devolvió el aparato al cajero y regresó a su mesa. Pero no se sentó. Recogió el paquete de tabaco y el encendedor que había dejado encima de la mesa, se los metió en el bolsillo y se volvió hacia la puerta de atrás.

¡Se marchaba!

Era evidente que sus amigos lo habían informado de que no iban a presentarse. Montalbano comprendió que, si le daba la oportunidad de llegar al aparcamiento, ya no habría forma de atraparlo.

Se levantó de golpe y fue tras él. Barreca acabó de ponerse un chaquetón y salió. Se quitó la máscara y la tiró al suelo. Por su parte, el comisario se subió la suya a lo alto de la cabeza. No se veía ni un alma.

Montalbano sacó la pistola, avanzó un paso y apretó con

fuerza el cañón del arma contra la espalda del mafioso.

—Si reaccionas lo más mínimo, te mato como a un perro. Anda despacito —ordenó con voz tranquila, casi sin entonación.

Barreca se había quedado de piedra, de modo que Montalbano tuvo que empujarlo con la pistola.

—Tira hacia la entrada del aparcamiento.

Barreca tenía las piernas agarrotadas, no se había recuperado todavía del susto.

No habían andado ni diez metros cuando llegaron dos coches patrulla. De uno bajó a toda prisa Agrippa pistola en mano. Lo siguieron ocho agentes armados con metralletas que detuvieron a Barreca.

—¡Joder! ¿Cómo le has echado el guante? —preguntó Agrippa entre admirado y estupefacto.

—Mañana te lo cuento.

Se bajó la máscara y echó a correr hacia la puerta de atrás.

En la mesa estaba Livia con los *arancini*. Lo miró con cara de pocos amigos.

—Me han entrado ganas de tomar un poco el aire —se justificó, sentándose.

Cogió un *arancino*, le dio un mordisco cauteloso, luego un segundo y un tercero... ¡Milagro! Casi no creía lo que le decía el paladar.

—Oye, ¿sabes que no están nada mal? —le dijo a Livia.

Ella le sonrió, feliz.

El calcetín de la Befana

1

Iba andando por una callejuela de pueblo estrechísima, llena de basura, en la que, a saber por qué, todas las puertas y las ventanas estaban cerradas. Una decena de pasos por delante de él iba una anciana mal vestida, con la falda muy agujereada y las medias arrugadas por los tobillos. En los pies llevaba unos zapatos de hombre desastrados que le dificultaban el paso. Le costaba tanto caminar que a cada tanto tenía que apoyarse con una mano en la pared. El comisario la adelantó, pero al momento sintió un arrebato de lástima por aquella pobre vieja. Metió una mano en el bolsillo, sacó un billete de diez euros y se volvió para ofrecérselo, pero se quedó boquiabierto con el brazo tendido.

La anciana había levantado la cara hacia él un momento.

—¡Livia!

La aludida abrió la boca y dejó al descubierto dos o tres dientes amarillentos. Los demás se le habían caído.

—Hola —saludó.

Montalbano se había llevado un susto de muerte: ¿por qué había acabado Livia en ese estado? Y, si ella, que siempre había sido una mujer hermosa y elegante, estaba hecha una vieja pordiosera, ¡a saber cómo estaría él! Le alcanzaron las fuerzas para preguntar:

—Livia, por el amor de Dios, ¿qué te ha pasado?

—Es culpa tuya —dijo la mujer acentuando aquella especie de mueca que al comisario le revolvía las vísceras.

—¡¿Culpa mía?!

—Sí. ¡Una vez, después de una pelea de las nuestras, me

llamaste mentalmente «vieja bruja»!

—No, Livia, no es verdad —se defendió él—, yo en la vida he pensado eso. Y, aunque fuera cierto, ¿cómo puede un pensamiento...?

—Ay, no, cariño mío. ¿No sabes que las ideas pueden hacerse realidad? Y ahora deja que me vaya, que tengo prisa.

Alargó un brazo, lo apartó y echó a andar. Montalbano se quedó inmóvil, petrificado, incapaz casi hasta de respirar, empapado en sudor.

—¡Livia! —gritó.

Y fue su propia voz la que lo despertó. ¡Virgen santa, qué sueño más espantoso!

Sintió la necesidad inmediata de levantarse e ir a meterse en la ducha. Dejó correr el agua un buen rato hasta que se le borró de la mente la última imagen del sueño. Mientras se secaba recordó que era 6 de enero, el día en que la bruja Befana lleva los regalos a los niños italianos. ¡Por eso había tenido ese sueño tan tramposo! Por los postigos del dormitorio ya había vislumbrado el cielo de un hermoso día frío pero despejado, así que corrió a abrir la cristalera del porche. Y se le fueron los ojos de inmediato a la mesa, en la que había una especie de tubo de lana roja que enseguida identificó: era un gran calcetín tan lleno que su contenido lo había deformado. Un instante después se fijó en la esquina de un sobre que asomaba por debajo del calcetín. Lo cogió. Rezaba: «Para Salvo.» Lo abrió.

Querido Salvo:

Livia me ha pedido por favor que te entregara este calcetín.

La Befana

Intrigado, deshizo el nudo que mantenía cerrado el calcetín,

metió la mano y tocó algo duro que estaba envuelto en papel de periódico. Lo sacó, lo desenvolvió: era un trozo de carbón. Uno por uno, fue sacando veinticinco pedazos más o menos grandes. El último paquete contenía una chocolatina. En lugar de echarse a reír, sintió un arranque de rabia. Entró, se abalanzó sobre el teléfono y llamó a Livia.

—¿Qué te has creído? ¿Que soy un chiquillo? ¿Por eso me has mandado todo ese carbón? —la atacó, hablando atropelladamente en siciliano.

—Intenta hablar en italiano, que no entiendo nada.

—Lo has entendido perfectamente —replicó Montalbano—. La Befana...

—Anda, Salvo, si era una broma. Le he pedido a Beba que te llevara el calcetín... No te lo tomes así. ¿No será que el que se pica ajos come?

—Mira, no vale la pena seguir discutiendo. Sólo quería informarte de que tu broma, si es que se puede llamar así, no me ha hecho ninguna gracia. Adiós, muy buenas.

Dado que era festivo, no habría que ir a la comisaría, pero pensó que como mínimo sí hacía falta una llamadita. Le contestó una voz desconocida. ¿Se había equivocado de número?

—¿Quién es?

—Montalbano al aparato.

—Ah, perdone, comisario. Soy el agente Scotton. Sustituyo al compañero Catarella, que ha tenido un percance.

El acento véneto de Scotton se le antojaba extraño al oído.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, *dottore*.

—Una curiosidad: ¿qué le ha pasado a Catarella?

—No sé decírselo exactamente. Parece que se ha roto una

pierna.

Colgó y, como tenía todo el tiempo del mundo, llamó a Catarella.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Virgen santa, qué gran distensión oírlo al *tiléfono*! ¡Virgen santa, qué placer! ¡*Dottori*, qué *hunor* me hace...!

—Quita, quita. Cuéntame qué ha sucedido.

—*Arrisulta*, *dottori*, que tengo un sobrinillo, Niria, de cinco años, que es hijo de una hermana mía, la cual se casó con 'Gnazio Anfuso, apodado *Cocorito*, el cual trabaja cerca del muelle...

Montalbano lo interrumpió:

—Catarè, dime qué te ha pasado, sin más.

—¿Y no se lo estaba diciendo? Bueno, pues que esta mañana a las siete de la mañana se me ha ocurrido a la cabeza vestirme de mujer como una Befana y llevarle un *rigalito* a ese sobrinillo mío. Como no quería *dispertar* a nadie y como he visto que la ventana de la cocina estaba abierta, he pensado entrar por la *sudodicha* ventana. Lo que pasa es que se me ha *risbalado* el pie izquierdo y me he caído dentro de la cocina y he montado un escándalo espantoso. Se ha *dispertado* toda la familia y yo he acabado con la pierna izquierda rota sin poder moverme y entonces me han llevado al hospital, en donde el *dottori* Giarrusso, el cual me dijo que le diera *ricuerdos*, *porciertamente*, ha decidido *inescayolármela*. ¿Y sabe qué es lo más terrible de todo el asunto?

—No, dime.

—Pues que mi sobrinillo Niria me ha *riconocido* y se ha puesto a llorar, diciendo que la *sudodicha* Befana no existía.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Es cosa de dos o tres días, *dottori*, y luego con las muletillas puedo ir a *cumisaría* a trabajar.

—Que te mejores.

¿Y ahora? ¿Qué hacía? Tenía por delante un día libre y sin compromiso alguno. Y en ese momento se acordó de que el *dottor* Giarrusso le había contado que en los alrededores del monte Cofano había un restaurante que hacía uno de los mejores cuscús de toda Sicilia. ¿Por qué no? Le pareció recordar que tenía nombre de mujer. ¿Cómo era? Le dio unas cuantas vueltas y luego le vino a la cabeza, buscó el número y llamó. Le contestaron que no había sitio. Montalbano insistió y el camarero le dijo que estaba todo reservado desde hacía semanas, pero que dejara su teléfono y, si había alguna cancelación de última hora, lo avisarían. Se lo dio, aunque ya había perdido toda esperanza. Fue a ver si por casualidad Adelina le había preparado algo el día antes: en la nevera no había nada y en el horno tampoco. En la cocina no tenía nada que llevarse a la boca, salvo una cajita de turroncitos de Caltanissetta que le habían mandado por Navidad.

Decidió preparar otra cafetera. En cuanto estuvo hecha, la puso en la bandeja para ir a bebérsela en el porche. Y entonces sonó el teléfono.

Una voz de mujer le dijo que el restaurante había encontrado una mesita a la salida de la cocina.

—Me parece de perlas.

—Su nombre, por favor.

—Salvo Montalbano.

—¿El comisario?

—Sí.

—Ah, no —dijo la voz de mujer—. En ese caso intentaré colocarlo mejor.

—¡No, por el amor de Dios! La mesa de al lado de la cocina me parece estupenda.

A las diez ya estaba preparado para salir. Subió al coche y

cuando llevaba poco camino empezó a cruzar paisajes maravillosos y desiertos: montañas ora blancas, ora amarillentas, ora enteras, ora abiertas en canal. Canteras de mármol abandonadas que ofrecían un escenario completamente lunar, casi desolado, de no haber sido por la línea azul del mar que se vislumbraba detrás y que ofrecía la esperanza de que un día u otro desembarcase alguien que hiciera renacer aquellas tierras.

El cuscús era digno de su fama, pero la camarera que se lo sirvió le pareció casi mejor que el cuscús. Le dijo que se llamaba Suleima y que, a pesar de ese nombre tan exótico, era del norte de Italia. A Montalbano se le ocurrió proponerle un paseíto a la orilla del mar después de comer, pero al poco rato tuvo que descartar la idea porque entró en el restaurante un hombre bastante joven que la abrazó y la besó como si quisiera dejar claro a todo el mundo que era suya y de nadie más.

Luego se dirigió hacia la mesa del comisario ofreciéndole la mano.

—Encantado. Me he enterado de que iba a venir usted hoy a almorzar y no he querido desperdiciar la oportunidad de conocerlo. Soy Saverio Lamanna y alguna que otra vez he tenido que usurpar su oficio.

Montalbano lo miró sorprendido.

—Resulta que, a mi pesar, me ha tocado resolver varios casos misteriosos.

El comisario se quedó callado. Le daba miedo que fuera uno de esos apasionados de los sucesos hasta llegar al fanatismo.

Sin inmutarse ante aquel silencio, Lamanna continuó:

—Imagínese que precisamente esta mañana el comendador Zicari, al que usted a lo mejor conoce porque vive en Vigàta, me ha llamado para pedirme ayuda, pero por desgracia no he...

Entonces Montalbano, sin decir una palabra, le lanzó una mirada amenazadora y luego siguió comiendo. Aquel individuo ya le había dejado sin el placer de dar un paseo con Suleima, ¡no iba a dejarlo también sin el placer de comer en paz!

Lamanna captó la indirecta, se excusó y se metió en la cocina.

«Un hombre inteligente», se dijo Montalbano.

Después del paseíto junto al mar, que le sirvió para afrontar mejor el viaje de regreso, volvió a subir al coche y condujo muy despacio, disfrutando con cada árbol, cada planta, cada casita que veía.

El cuscús debía de estar hecho con primor, porque cuando llegó a Marinella, a las seis de la tarde, le pareció que lo había digerido por completo. Salió al porche a mirar a su amigo el pescador, que estaba arrastrando la barca arena adentro.

—¿Qué has pescado, Totò?

—Pues no ha estado muy generosa la Befana: sólo cuatro caballas. Si quiere, se las regalo, que para los que somos en casa no nos alcanzan.

—Gracias.

Totò se acercó con los cuatro peces en la mano.

—Si me lo permite, *dottori*, paso a la cocina, se las limpio y se las dejo en la nevera.

—Gracias —repitió Montalbano.

Cuando Totò volvió a salir, le propuso:

—¿Te fumas un pitillo conmigo?

—¿Cómo no? —dijo el hombre mientras se sentaba a su lado.

Pasaron un rato fumando en silencio y luego Totò dijo:

—¿Sabe una cosa? Estoy pensando en vender la barca.

Por algún motivo, esas palabras turbaron a Montalbano como si le hubieran dicho que iba a desaparecer una parte de su

paisaje más íntimo y personal.

—¿Y eso por qué, Totò?

—*Dottò*, cada vez que salgo me llevo un chasco de tres pares de narices. Ya no quedan peces cerca de la orilla. Se van mar adentro, un poco más cada día que pasa. Todo este mar tan hermoso que tenemos aquí delante se ha convertido en una alcantarilla, ni más ni menos, y ni siquiera nos enteramos.

Se había terminado el pitillo. Le dio la mano al comisario y se marchó cabizbajo.

En ese preciso instante sonó el teléfono.

2

El comisario se levantó a regañadientes para ir a contestar: se temía otra riña con Livia, pero se equivocaba: era una voz de hombre desconocida.

—¿Oiga? ¿Montalbano?

—Sí, ¿quién es?

—Al habla Guglielmo Zicari.

¿Y ése quién coño era? Montalbano no abrió la boca.

—Creo que el amigo Lamanna le ha hablado de mí esta mañana.

¡Uf, menuda murga!

—Perdone —contestó con brusquedad—, pero ¿quién le ha dado mi teléfono?

—El responsable del restaurante —dijo el otro, sin más.

¡Al final iba a resultar que el cuscús no era tan fácil de digerir como parecía!

—Mire —dijo Montalbano, cortante—. Tengo amigos a cenar y estoy muy...

Zicari lo interrumpió:

—Serán unos segundos. Me encuentro en una situación muy delicada.

—En ese caso lo espero mañana en comisaría.

—¡No, no! —exclamó el hombre—. Ése es el quid de la cuestión. Me gustaría hablar con usted en privado, no de forma oficial. Es que no querría que la gente empezara a hacer suposiciones...

En ese momento se activó algo dentro de Montalbano, que se dejó llevar por la curiosidad.

—¿Podría venir a mi casa mañana por la mañana?

—¿Dónde vive?

Le dio la dirección. Zicari inició una letanía de agradecimientos que el comisario truncó al instante. A continuación llamó a Fazio.

—Perdona si te molesto...

—¡Cómo me va a molestar, jefe! ¡Si llevo todo el día mano sobre mano!

—¿Tú conoces a un tal Guglielmo Zicari?

—¿Se refiere a don Rorò?

—Ni idea, Fazio. Me parece que es comendador, un personaje importante.

—¡Desde luego! ¡Sí, es él, don Rorò! ¿Qué quiere saber?

—Todo lo que sea posible.

—Algo de información ya tengo, pero le advierto de que la cosa puede alargarse bastante.

—En ese caso, ¿te apetece venir a contármelo en vivo y en directo mientras cenamos aquí?

—Claro. Voy para allá.

En cuanto colgó el teléfono se acordó de que no tenía nada en casa. Decidió que, cuando llegara Fazio y le contara lo que tenía que contarle, saldrían a cenar a alguna *trattoria*.

—Te he invitado sin pensar en que no tenía nada en la nevera.

—No se preocupe, jefe, durante las fiestas he comido muchísimo.

—Bueno, al menos vamos a tomarnos un vino.

—Si tiene, prefiero blanco.

Montalbano fue a la cocina, abrió la nevera y se encontró las cuatro caballas de Totò. Por si acaso, cogió el plato y la botella de vino y lo sacó todo al porche.

—Me he equivocado, no me acordaba de que tenía estas

cuatro caballas fresquísimas.

A pesar de las comilonas navideñas, Fazio miró los peces con los ojos como platos.

—¡Qué maravilla! ¿Y sabe cómo está de fábula la caballa? —preguntó Fazio.

—A la parrilla.

—Exacto. Y a mí eso se me da muy bien. ¿Usía tiene una?

—¡Claro! Ve a buscarla a la cocina.

Fazio fue y volvió parrilla en mano.

—Esto es perfecto. ¿Un poquito de laurel tendría?

—Sí, voy a cogerlo detrás de casa.

—Tráigame también el aceite y un poco de sal.

Cuando Montalbano regresó con el material solicitado, se encontró que Fazio había construido, justo delante del porche y con cuatro piedras, una especie de chimenea, aunque estaba contemplando su obra con una mirada de recelo.

—¿Qué pasa?

—Me he olvidado de lo más importante, jefe: el carbón.

A Montalbano, que ya sentía el sabor del pescado en la boca, se le cayó el alma a los pies. Y entonces, de repente, se acordó del calcetín. Corrió a la cocina, cogió el cubo de la basura y se lo llevó a Fazio.

—Pero ¿de dónde ha sacado todo este carbón?

—Me lo ha traído la Befana.

• • •

Diez minutos después, las cuatro caballas colocadas en la parrilla desprendían un aroma que alimentaba. Montalbano puso la mesa y al cabo de un cuarto de hora ya estaban sentados y listos para cenar.

—Bueno —dijo Fazio—, empiezo a contarle de don Rorò.

—¡No, hablar ahora sería una blasfemia, una infamia!

Cuando terminaron, el inspector fue quien recogió la mesa mientras el comisario iba a buscar la botella de whisky y dos vasos.

—Yo seguiría con el vino —dijo Fazio, y por fin empezó a hablar—: Don Rorò es un señor de unos sesenta y cinco años bien llevados. Su padre, que fue propietario de uno de los almacenes de azufre de Vigàta, le dejó una herencia considerable, pero don Rorò vio que ese negocio no tenía futuro y montó una cementera que luego vendió a la empresa Montecatini, con lo que ganó mucho dinero. Después se metió en dos o tres fábricas de ladrillos de la provincia como socio mayoritario. Se casó joven, tendría unos veinticinco años, con Ersilia Crapanzano, de Butera, que por su parte recibió una buena dote, y tuvieron dos chicos. Attilio y Paolo ahora ya están casados, con lo que don Rorò es abuelo de cuatro criaturas, tres chicos y una chica, que se llaman...

—A ver —lo interrumpió Montalbano—, todo eso son menudencias. Vamos a lo que vamos: ¿quién es el tal don Rorò?

—Pues a lo que vamos, jefe: poco a poco, Zicari ha conseguido meter mano en muchísimos negocios que van de la construcción de la nueva surtida del puerto a la producción de uva para vino. Política ha hecho poca, o al menos la ha hecho estando siempre un paso por detrás de todo el mundo.

—¿Ha tenido tratos con la mafia?

—Que se sepa, no.

—¿Tiene vicios?

—Que se sepa, no —repitió Fazio.

—O sea, que está limpio como una patena, ¿no?

—Eso parece. —Hizo una pausa—. ¿Puedo preguntarle algo?

—Dispara.

—¿Por qué le interesa tanto don Rorò?

—Porque me ha llamado y me ha dicho que se encontraba en una situación delicada de la que quería hablar conmigo en privado. Viene aquí a casa mañana por la mañana a las ocho.

Y a las ocho en punto sonó el timbre de la puerta.

Teniendo en cuenta la importancia del personaje, a Montalbano le había parecido adecuado recibirlo con la americana puesta. Fue a abrir y se encontró a un hombre fondón con cara simpática, de altura media, pelo completamente cano y una sonrisa abierta y cordial, pero en el fondo de los ojos se le adivinaba cierta preocupación.

El coche con el que había llegado don Rorò era un Fiat 500 bastante destartalado, de modo que Montalbano se llevó una ligera desilusión. Se lo había imaginado al volante de un automóvil más imponente. Casi como si le hubiera leído el pensamiento, don Rorò dijo:

—Para no llamar la atención, se lo he pedido prestado a mi hijo, ¿sabe usted?

Se dieron la mano. El comisario lo hizo pasar.

—¿Le molesta que nos sentemos en el porche? Hace buen día.

—¡Cómo no! —contestó don Rorò.

Montalbano le ofreció asiento y le preguntó si le apetecía un café, a lo que el otro contestó que ya se había tomado tres y que le bastaban y le sobraban. Se notaba que le costaba empezar a hablar, así que el comisario le dio un empujoncito:

—Estoy a su disposición. Dígame.

Antes de abrir la boca, don Rorò dejó escapar un largo suspiro.

—Para empezar tendría que contarle algo de mí: tengo sesenta y ocho años y soy...

Montalbano lo interrumpió:

—Perdone, comendador, ya tengo bastante información sobre usted. Vaya al grano, por favor.

Don Rorò empezó a hablar sin mirarlo a la cara, con los ojos bajos, clavados en la mesa.

—Soy padre de familia. Tengo una mujer, dos hijos y cuatro nietos maravillosos, pero desgraciadamente... —Y ahí se detuvo —. Me cuesta continuar, lo siento. Lo que tengo que decir se me hace muy cuesta arriba...

—Mire —intervino Montalbano—, me ha pedido usted una conversación en privado y he accedido. Todo lo que me diga quedará entre nosotros dos. Le doy mi palabra de honor.

—Hace tres años —empezó don Rorò con evidente esfuerzo — conocí por casualidad a Serena, una chica estupenda de veinticinco años, muy guapa, y, me avergüenza decirlo, me enamoré.

—Sucede —dijo el comisario, levantando la vista hacia el cielo para animarlo.

—La chica, que es huérfana y no tiene a nadie, enseguida me cogió cariño. Para poder vernos a escondidas, le compré una casita en el campo, bastante cerca de mi chalet. Creo que hasta el momento nadie se ha enterado de nuestra relación. Pero ayer por la mañana sucedió algo increíble.

Y entonces se interrumpió.

—No puedo continuar. De verdad, lo siento. ¿No tendrá algo fuerte?

—Sí, claro —respondió Montalbano—. ¿Le apetece un poco de whisky?

—Creo que sí.

El comisario se levantó y volvió con la botella y, ya puestos, dos vasos.

Don Rorò se bebió dos dedos como si fueran de agua.

—Como era el día de la Befana, había reunido a toda mi

familia en el chalet. A las ocho de la mañana, cuando mis nietos ya habían encontrado los calcetines de los regalos, yo salí y me fui a casa de Serena, que se había ido hacía una semana a Caltanissetta, a ver a una amiga, y había vuelto precisamente el día antes. Tiene que saber, *dottore*, que justo antes de su regreso me había ido a su casa y le había dejado debajo de la almohada un calcetín de niño lleno de dulces y un estuchito con un anillo de la joyería Pintacuda de Montelusa que me había costado su buen dinero. En fin, en cuanto llegué ayer por la mañana Serena me abrazó, me besó y me contó lo que había hecho durante su ausencia, pero no hizo la menor referencia al calcetín de regalos que le había dejado. En un momento dado, no pude aguantar más y le pregunté sin más: «¿Qué te ha traído la Befana?» Me miró sorprendida. «Nada», me dijo. Me quedé atónito. «¿Cómo que nada? ¿Has mirado debajo de la almohada?» «No», dijo Serena. «Vamos juntos al dormitorio.» Levantó primero la almohada de su lado de la cama, no había nada. Luego levantó la otra y tampoco encontró nada. «¿Qué tendría que haber encontrado?», me preguntó. Y se lo dije. Acto seguido nos pusimos a buscar entre las sábanas y la manta, debajo de la cama, al lado de las mesillas de noche... En resumen, querido *dottori*, pusimos la casa patas arriba. El calcetín del regalo había desaparecido.

Montalbano le hizo una pregunta obligada:

—¿Sospecha de alguien?

—Si sospechase de alguien no habría venido a molestarlo a usted.

—Muy bien —concluyó el comisario—. Deme la dirección y el teléfono de la señorita Serena.

—¿Por qué? —preguntó el otro.

—Porque quiero interrogarla.

—¿Y qué necesidad hay, si ya le he contado todo lo que había que contar?

A Montalbano se le torció el aparejo.

—Vamos a dejar clara una cosa, comendador: aquí la persona que decide qué se necesita para la investigación y qué no soy yo.

3

Ante esas palabras, el comendador no replicó. Con gesto de desánimo, sacó del bolsillo un papel en el que escribió un número sin dejar de mirar a un lado y a otro, como si alguien lo espiara, y luego se lo entregó al comisario, que se lo guardó y se puso en pie.

—Pronto tendrá noticias mías —dijo, tendiéndole la mano.

—Apelo a su discreción —pidió el comendador.

Montalbano lo acompañó a la puerta y luego fue a quitarse la americana de relaciones públicas y, con la cazadora debajo del brazo, salió hacia la comisaría.

Nada más entrar hizo llamar a Fazio, que llegó disparado y se sentó delante de la mesa.

—¿Qué le ha dicho el comendador?

Salvo Montalbano le hizo un resumen detallado y a continuación, sacando el papel del bolsillo del pantalón, le dijo que descubriera todo lo que pudiera acerca de la tal Serena.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Sólo esta mañana. Cuando vuelva de almorzar quiero encontrarte aquí.

Sin embargo, Fazio se quedó sentado.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —le preguntó el comisario.

—Jefe, teniendo en cuenta lo que le ha dicho el comendador, las hipótesis son, como muy mínimo, tres.

—Dime.

—En primer lugar, podemos suponer que la chica encontró el

regalo de la Befana y, no sabemos por qué, no quiso alegrarle el día a su amante. En segundo lugar, es posible que alguien viera que la casa estaba vacía, entrara y se agenciara el regalo. Y, para acabar, la última hipótesis es la otra cara de la primera.

Montalbano no lo entendió.

—Explícate mejor.

—Sería que el comendador no le hizo ningún regalo de la Befana a la chica, quizá porque en este momento anda corto de pasta o sencillamente porque se le olvidó.

—Y, si la cosa fuera como dices tú, ¿te importaría explicarme por qué razón habría montado todo este numerito?

Fazio se quedó un poco en silencio y luego dijo:

—¿Y usted qué piensa?

—Nada. No empezaré a pensar hasta que me hayas contado lo que haya que contar.

Fazio se marchó y al poco rato también se levantó él y fue a coger el coche para poner dirección a Montelusa.

Al llegar a la joyería Pintacuda, intentó abrir la puerta, pero no lo logró; claro, tenían miedo de los robos. Llamó al timbre y fue a abrirle un jovencito de unos treinta años muy elegante.

—Adelante.

Montalbano entró. Había una media luz de capilla mortuoria que, por algún motivo, era típica de las joyerías de lujo.

—Me gustaría hablar con el señor Pintacuda.

—Se encuentra en su despacho, pero no sé si está libre. ¿A quién debo anunciar?

—Al comisario Montalbano.

Antes de salir, el jovencito le lanzó una mirada al otro dependiente, que a partir de entonces no lo perdió de vista.

—Acompáñeme —dijo el primero al volver.

Montalbano lo siguió y lo hicieron pasar al despacho de

Pintacuda. Era un hombre de unos sesenta años, calvo como una bola de billar, con gafas de montura dorada pasadas de moda y una tripa que daba miedo.

—Siéntese, comisario —dijo, acompañándolo hasta una cómoda butaca.

Él ocupó la de al lado.

—Voy directo al grano —empezó Montalbano—. El comendador Guglielmo Zicari debió de venir hace unos días a comprar un anillo...

—Ejem... Ejem... —dijo Pintacuda, rascándose el gaznate.

Montalbano lo miró sorprendido.

—Perdone, ¿qué quiere decir con eso?

—Mire, comisario, nosotros estamos un poco... Ejem, ejem... ¿Cómo le diría...? Condicionados por el secreto profesional... Como los sacerdotes... ¿Me entiende?

—No.

—Bueno, aquí suceden cosas parecidas a las de un confesionario. No me gustaría traicionar... ¿Cómo le diría...?

—¡Oiga, que usted no traiciona nada! ¡No se me ponga a hablar de secretos de confesión y enséñeme la factura de compra del anillo!

—Muy bien, muy bien —dijo el joyero, rindiéndose—. ¿Qué quiere saber?

—Quiero saber el valor del anillo y su descripción exacta.

—Si se trata de eso, puedo darle una foto.

Se levantó, fue hasta un cajón, hojeó un álbum, sacó una fotografía y se la entregó al comisario, que se la metió en el bolsillo.

—¿Y el valor?

—Tiene un precio bastante elevado, pero no elevadísimo.

—¿Qué quiere decir? ¿Cuánto cuesta el anillo que me ha enseñado?

—Alrededor de cuarenta mil euros.

—Gracias, ha sido de mucha utilidad —dijo Montalbano.

Salió del despacho y se dirigió hacia la salida acompañado por Pintacuda. Mientras se daban la mano, añadió:

—Ay, vaya, casi me olvido. ¿Me hace el favor de darme una copia de la factura de compra del anillo?

De golpe y porrazo, el joyero se quedó blanco como el papel.

—Ejem... Ejem.

—Vamos a hacer una cosa: le doy hasta esta tarde para encontrarla. Pasaremos o yo o un compañero de la Guardia Financiera a por ella —lo cortó Montalbano, ya saliendo.

Una vez en el coche, se dijo que evidentemente Pintacuda no tenía factura alguna que mostrar y que había sido buena idea hacer que se cagara encima.

Era evidente que en Italia los comerciantes se consideraban, de toda la vida de Dios, en su derecho a operar con dinero negro. Claro que no sólo eran ellos: lo mismo sucedía con los profesores que daban clases particulares, los psicólogos que curaban el alma de los hombres, los artistas que pedían cobrar miles de euros bajo cuerda y también los fontaneros, los carpinteros y los zapateros. En resumen, daba igual la categoría que se tocara: la música siempre era la misma. No, no, Italia no estaba fundada sobre el trabajo, como decía la Constitución, sino sobre la evasión fiscal y todo lo que comportaba.

Mientras se sentaba, Fazio se encogió de hombros y negó con la cabeza, afligido.

—Explícate con palabras.

—Mire, jefe —empezó—, yo he hecho los deberes. He preguntado a diestra y siniestra, a tirios y troyanos, y al final resulta que nadie sabe nada de nada sobre esa chica. Sí, de vez

en cuando va a Palermo a hacer algún examen, pero se queda sólo lo justo y necesario, y más a menudo también va a ver a una amiga de Caltanissetta, pero en realidad donde está la mayor parte del tiempo es en su casa, esperando las visitas del comendador.

—¿Tiene alguna afición? Yo qué sé: el gimnasio, el cine, el teatro...

—Nada, se queda en casa a ver la tele. No hay de dónde rascar. Lo único que puedo decirle es que he conseguido el nombre, el teléfono y la dirección de la amiga de Caltanissetta.

Se miraron en silencio. Fazio retomó la palabra:

—Tengo cada vez más la impresión de que ese anillo no se llegó a comprar.

—Pues te equivocas. He estado en la joyería Pintacuda y me lo han confirmado todo.

—Entonces sólo queda la hipótesis del ladrón que pasaba por allí. Y ahora, si me perdona, me voy, que tengo unas cuantas cosas que hacer.

Un ladrón que pasaba por allí. ¿Y por qué no?

Se le ocurrió una idea. Descolgó el teléfono directo, porque no quería pasar por la centralita, y marcó un número. Contestó Pasqualino, el hijo de su asistenta, Adelina, huésped habitual de la cárcel de Montelusa.

• • •

—Dígame, *dottori*. A mandar.

—Pasqualì, tengo que hablar contigo.

—¿En comisaría?

—Sí.

—Dentro de diez minutos estoy allí.

—*Dottori*, *dottori*, parece que estaría *in situ* el hijo *malhichor* de su asistenta y desearía...

Montalbano lo interrumpió:

—Hazlo pasar.

—¡Buenos días, *dottori*! —dijo Pasqualino al entrar.

—Cierra la puerta y ven a sentarte aquí.

Pasqualino obedeció.

—Necesito un favor —empezó el comisario.

—¡Todo lo que esté en mi mano!

—La información que te pido es la siguiente: ¿adónde se va a vender la mercancía robada?

La respuesta fue inmediata:

—*Dottori*, la cosa funciona así: si el ladrón roba plata, una cubertería, qué sé yo, un ordenador o algo así, hay que ir a una persona. Si, en cambio, el ladrón roba cosas pequeñas pero de mucho valor, hay que ir a otra persona.

—A mí me interesa lo segundo. El ladrón ha robado un anillo. ¿Podrías enterarte de si alguien está tratando de vender uno como éste?

Metió la mano en el bolsillo y sacó la fotografía que le había dado Pintacuda. Pasqualino la miró con atención y luego se la devolvió.

—Mañana por la mañana podré darle una respuesta —dijo, levantándose.

A continuación, Montalbano llamó a Serena.

—El comisario Montalbano al aparato.

—Encantada —contestó una voz alegre de jovencita—. Rorò me ha avisado de que podía recibir una llamada suya.

—Necesitaría charlar un poco con usted.

—No hay ningún problema.

—Ya, pero preferiría que el comendador no estuviera presente.

—Si le corre prisa, puede venir ahora. Rorò pasará después

de cenar. ¿Tiene la dirección?

—Sí. Dentro de media hora estoy en su casa.

Lo primero que lo sorprendió al bajar del coche fue el jardín de la casita, que tan casita no era.

Montalbano se detuvo a contemplarlo: el muro que rodeaba la casa estaba completamente cubierto de flores cuyos colores tenían la gradación del arcoíris. Violetas pálidos que por un lado se volvían rosas y por el otro, azules, los amarillos que se transformaban en naranjas, y por debajo un verde de lo más exuberante. Cuando llamó, se abrió la verja y se encontró delante de un camino de rosas silvestres diminutas y aromáticas que trepaban hasta casi formar una especie de galería que acababa en la puerta de la casa. Al recorrerlo se veían senderos en los que también había rosas de distintos colores y tamaños.

Cuando se abrió la puerta se llevó la segunda sorpresa. Esperaba encontrarse a una chica guapa pero no llamativa, y sin embargo Serena le pareció más espectacular que todas aquellas flores.

Alta, con el pelo largo y muy oscuro, vestida con una especie de bata de gasa, que no debía de ser ninguna bata, llevaba zapatos de tacón y, sin embargo, permanecía dentro de los límites de una elegancia casi natural, sin rastro de vulgaridad.

—Adelante —dijo con una sonrisa cordial mientras entraba en la vivienda.

Y Montalbano, al seguirla, comprobó que estaba decorada con sumo gusto y con posibles. Serena lo condujo hasta la sala de estar.

—¿Desea tomar algo?

El comisario rechazó la propuesta. La joven se sentó delante de él y dijo sin artificios:

—Pregúnteme todo lo que quiera.

4

Montalbano fue directo al meollo del asunto:

—El comendador me lo ha contado todo, hasta el último detalle. Ahora, ¿le parecería bien darme su versión?

La chica abrió la boca y la cerró al instante. Miró al comisario y luego dijo algo que lo sorprendió mucho.

—Creo que la culpa de todo es mía, pero no me he atrevido a confesárselo a Rorò.

—Cuéntemelo a mí.

Serena se quedó mirándolo sin hablar.

—Le aseguro que lo que me diga se quedará entre estas cuatro paredes —añadió Montalbano.

—Creo que lo que pasó fue esto. Anteayer por la mañana, en cuanto entré en casa, me quité el abrigo y lo tiré encima de la cama. Luego fui al baño a refrescarme. Y entonces me di cuenta de que en Caltanissetta no había tenido tiempo de comprar algo para corresponder al regalo que, sin duda alguna, me habría dejado Rorò. Entonces volví al dormitorio, cogí el abrigo con muchísima prisa y salí otra vez con la esperanza de encontrar algo abierto. Bueno, pues mi hipótesis es ésta: no me fijé en el calcetín que estaba encima de la cama y que debió de quedar metido dentro del abrigo, que no me puse hasta que llegué al coche. O sea, que es posible que el calcetín se me cayera por la calle y que alguien se lo quedara. No se me ocurre otra explicación.

—Así que —dijo Montalbano—, según usted, no habría necesidad de seguir investigando. ¿Es eso? Tengo una curiosidad: ¿por qué no tuvo tiempo de comprar el regalo del

comendador en Caltanissetta?

—Mi amiga Rosa está muy enferma, voy mucho a verla para hacerle compañía y casi nunca salimos de casa.

—Hablando de rosas —comentó él, sonriente—, y disculpe la divagación, pero ¿esas flores maravillosas las cuida usted personalmente?

—No. Enrico viene todos los días.

—¿Es el jardinero?

La joven sonrió.

—No sólo eso, también es el guardés del chalet de Rorò, un chico de la más absoluta confianza.

—Muchas gracias —dijo Montalbano, levantándose—. Tendrá noticias mías.

Ella lo acompañó hasta la puerta con una sonrisa de oreja a oreja en los labios y le dio la mano para despedirlo.

Una vez en el coche, arrancó y se alejó un poco de la casa, pero cuando estuvo lo bastante alejado se detuvo. Tenía que reflexionar sobre las palabras que le había dicho la chica. La explicación que daba sobre la desaparición del anillo habría funcionado a la perfección y se la habría comido con patatas de no haber sido por un detalle: recordaba perfectamente lo que le había dicho don Rorò. En su relato, había insistido una y otra vez en que el calcetín, con el estuche dentro, estaba debajo de la almohada de Serena. Y, cuando la chica la había levantado, no había encontrado nada. Así pues, si era cierto, y lo era, que el regalo estaba debajo y no encima, ¿cómo podía haberse quedado metido dentro del abrigo? Y había otra cosa que tener en cuenta: que ella no se atrevía a decírselo al comendador. Y hacía bien, porque don Rorò la habría desmentido al momento. Eso abría un interrogante tan grande que hacía suponer que toda la historia del abrigo era simple y llanamente una

invención de Serena. Así las cosas, quizá se hacía necesario que el punto de partida de la investigación se situara más lejos de la casa de la chica y de la propia Vigàta. Miró el reloj, eran las seis y media, quizá demasiado tarde para ir a ver a la amiga de Caltanissetta, de modo que decidió volver a la comisaría.

Acababa de entrar en su despacho cuando sonó el teléfono.

—*Dottori*, parece que estaría al aparato ese *malhichor* de...

—Pásamelo... Dime, Pasqualì.

—*Dottori*, he hecho las preguntas que tenía que hacer y la respuesta ha sido que esa mercancía que le interesa a usía por el momento no está en circulación, pero puede ser que mañana o pasado la situación cambie. En cuanto me entere de algo se lo cuento.

Montalbano le dio las gracias y colgó.

Así que el anillo aún no había salido a la venta, lo cual quería decir que el artífice del robo no había sido un ladrón común, que habría tenido todo el interés del mundo en deshacerse del botín cuanto antes. Y, entonces, ¿qué? ¿Quién podía ser un ladrón no común?

Descolgó el teléfono y reclamó a Fazio.

Cuando lo tuvo delante le contó la conversación con Serena y su explicación. Fazio se fijó al vuelo en la contradicción.

—Perdone, pero ¿no me había dicho usía que el comendador había dejado el regalo debajo de la almohada?

—Muy bien, estás en todo.

—¿Y qué hacemos?

—Lo que voy a decirte: mañana por la mañana nos vemos aquí a las nueve y nos vamos a Caltanissetta a ver a la amiga de Serena. A lo mejor sabe más que nosotros del asunto.

Cuando entró en su casa, se encontró encima de la mesa de la cocina un papel de Adelina: «Como estamos en fechas señaladas, le he preparado una buena sorpresa.»

Montalbano oyó campanas dentro de la cabeza.

No había nada en la nevera, así que se abalanzó sobre el horno, lo abrió y retrocedió dos pasos para contemplar mejor lo que había dentro, porque no creía lo que veían sus ojos: seis *arancini*, todos de mayor tamaño que una naranja grande. Estuvo a punto de arrodillarse delante del horno.

A pesar de que hacía algo de fresco, puso la mesa en el porche, porque pensó que el perfume del agua del mar le abriría las narices para disfrutar mejor de otro aroma maravilloso: el de los *arancini*. Cogió uno con la mano y, sacando la lengua, lamió la superficie para comprobar cómo había salido la fritura. Perfecta. Se lo colocó entre los dientes, pero no hizo fuerza: quería preparar mejor el alma y el cuerpo antes de sentir dentro de la boca y en el paladar aquel manjar del paraíso.

Estaba a punto de dar el mordisco cuando sonó el teléfono. Se quedó paralizado. Debía de ser Livia. ¿Contestaba interrumpiendo el gesto o seguía con lo suyo? Decidió seguir, porque Livia tenía todo el tiempo del mundo para volver a llamar.

Cuando iba por el cuarto *arancino*, sonó de nuevo el teléfono, pero él continuó adelante como si nada. Y después de beberse un buen vaso sintió la necesidad de dar un largo paseíto digestivo a la orilla del mar. Volvió a casa convencido de que el teléfono ya no iba a sonar y decidió acostarse.

• • •

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, se presentó en la comisaría más fresco que una rosa. Fazio lo detuvo en la

puerta.

—¿Vamos con su coche o con el mío, jefe?

—Con el tuyo.

Tardaron poco en llegar a Caltanissetta. Casi no había tráfico. Fazio se detuvo en una gasolinera, se informó de cómo se llegaba a la calle donde vivía Rosa di Marco y al cabo de cinco minutos aparcaba delante del 91 de la via Imre Nagy. En el interfono vieron que la chica vivía en el segundo. El portal estaba abierto, así que entraron y subieron a pie. Luego Fazio llamó al timbre del piso. Fue a abrir una chica morena de la misma edad que Serena, entrada en carnes y de piel rosada, que destilaba buena salud por todos los poros. Los miró intrigada a los dos sin decir nada.

—¿Es usted Rosa di Marco? —preguntó el comisario.

—Sí —contestó ella—. ¿Qué desean?

«Pero ¿no estaba tan enferma que no podía ni levantarse de la cama?», pensó él.

—Somos de la policía —dijo.

Al oír esa palabra, la chica se puso pálida.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué quieren?

—Déjenos pasar, por favor.

La joven se hizo a un lado y entraron. La siguieron hasta una especie de salita de estar y se sentaron. Montalbano decidió jugar sucio y ponerla en apuros de inmediato.

—Soy el comisario Montalbano y éste es el inspector Fazio. Quiero que responda con exactitud a algunas preguntas.

—Pu... Pues dígame —tartamudeó Rosa, que se movía claramente entre el miedo y la estupefacción.

—¿Cuánto hace que se ha repuesto?

—¿Qué...? ¿Qué...? ¿A qué se refiere?

—Como su amiga Serena nos ha dicho que se encontraba muy mal, quiero saber cuánto tiempo hace que se ha...

—Pero si yo no...

—No ha estado usted enferma, ¿verdad?

La chica no contestó.

—Bueno, voy a ponerla en contexto: estamos aquí de forma oficial porque en la casa en la que vive su amiga se ha cometido un hurto. ¿Está al tanto? Preste atención a lo que dice, por favor, porque podría ser acusada de complicidad. ¿Le queda claro?

La joven ya no sólo estaba blanca como el papel, sino que empezó a temblar. Montalbano casi sintió lástima, pero tenía que hacer su trabajo y lo hizo.

—Si no nos dice qué viene a hacer aquí su amiga, sintiéndolo mucho me veré obligado a llevármela a comisaría.

Rosa se echó a llorar y en ese momento Montalbano se fijó por primera vez en el florero que había encima de la mesa de centro. Contenía unas rosas idénticas a las del jardín de Serena. Como si llevaran la misma firma. Y se hizo la luz.

En cuanto subieron al coche para volver a Vigàta, Fazio preguntó:

—¿Quiere que vayamos a casa de Serena?

—Has acertado —dijo Montalbano—. Piensa que en este momento Rosa está colgada del teléfono para informar a su amiga de nuestra visita y de todo lo que nos ha contado.

De hecho, Serena los esperaba delante de la puerta de su casa. No parecía preocupada en absoluto y nada más verlos bajar del coche les dijo, sin dejar de sonreír:

—Adelante. —Y luego, cuando ya iban hacia la sala de estar, añadió—: Rosa me lo ha contado todo. ¿Puedo ofrecerles un café? Ya lo he preparado.

—Gracias.

Desapareció un momento y regresó con una bandeja, dos tazas de café y el azucarero. Lo dejó todo encima de la mesa y dijo:

—Ahora ya lo saben todo. Permítanme un momento.

Salió de la habitación y volvió con una caja de zapatos. La dejó al lado de la bandeja y la abrió. Montalbano y Fazio miraron lo que contenía y se sorprendieron, porque la caja estaba llena de joyas que, se veía a la legua, tenían un enorme valor: pendientes, collares, pulseras. Serena metió dos dedos y sacó el anillo robado.

—Aquí está. Nadie se lo había llevado. No ha salido de esta caja. Dentro de dos días me iré de esta casa, que ya he puesto a la venta, y me llevaré los regalos de Rorò, que nos permitirán a Enrico y a mí vivir con bastante tranquilidad unos cuantos años. Por fin voy a dejar de ser puta. Lo único que les pido es que no informen a Rorò de mi decisión.

A saber por qué y cómo, Montalbano sintió una tremenda simpatía por la muchacha.

—En fin —concluyó Serena—, no tiene ningún motivo para seguir investigando, puesto que no se ha cometido ningún delito.

Montalbano se levantó. Fazio lo imitó. El comisario le tendió la mano a la joven y cuando ella se la estrechó él se la llevó a los labios.

—Buena suerte —dijo.

El hijo del alcalde

Por lo general, siempre que se descubría un asesinato, Montalbano se enteraba de madrugada de boca de Catarella, una boca que decía cosas ya de por sí difíciles de entender en el transcurso del día, es decir, cuando el comisario se encontraba en condiciones de lucidez normal, con lo que sólo había que imaginarse lo abstrusas que le resultaban sus palabras cuando se hallaba en un estado semicomatoso después de que lo despertaran de sopetón.

Sin embargo, el homicidio de Laura Sorrentino resultó anómalo desde el principio, para empezar porque Montalbano se enteró a las diez de la mañana y para continuar porque no fue gracias a Catarella, sino a quien más tarde sería acusado de ser precisamente el asesino de la muchacha. El asunto empezó cuando el comisario acababa de estampar la centésima firma en papeles creados tan sólo para aumentar la circulación, carente de todo sentido, del delirio burocrático.

—*Dottori*, parece que habría un muchacho que de nombre se llama Rasca, el cual *disea* hablar con usía personalmente en persona.

—¿Está al teléfono?

—Sí, señor.

—Pásamelo.

—Disculpe, *dottori*, pero no puedo pasárselo en tanto en cuanto que está al *tiléfono*.

—Pero, si está al teléfono, ¡¿por qué no vas a poder pasármelo?!

—¡Pues debidamente a que el *sudodicho* Rasca está al *tiléfono* suyo de él, *dottori*! ¡Está hablando con su *tiléfono* movilizado

suyo de él!

—O sea, ¿que está aquí?

—Sí, *siñor dottori*, delante justo de mí se *incuentra*.

—Muy bien. Cuando haya terminado, me lo mandas.

No habían pasado ni dos minutos cuando llamaron a la puerta del despacho y entró un treintañero rubio, alto, bien vestido, bien peinado, bien afeitado, con gafas y aire serio. Tenía un cuerpo bastante atlético, de aficionado al gimnasio. ¿Un cajero de banco? ¿Un abogado ambicioso? ¿Un secretario de diputado?

—Pase y siéntese, señor Rasca.

—Tasca, me llamo Sergio Tasca.

¡¿Cuándo había acertado un nombre Catarella?!

—Perdone, lo había entendido mal. Dígame.

—He vuelto de Milán hace dos horas, había dejado el coche en el aparcamiento del aeropuerto, lo he cogido y...

—¿Va a menudo a Milán?

El joven se mostró algo sorprendido por la pregunta. Y lo cierto era que el propio comisario tampoco entendía por qué la había hecho.

—Una vez al mes, siempre el mismo día, el 25. Y vuelvo el 26 por la mañana. Hoy es 26.

—Perdone, ¿a qué se dedica?

Esa vez, en cambio, la pregunta estaba justificada.

—Soy representante exclusivo para toda Sicilia de HB, ya sabe, la empresa informática. Tenemos una reunión mensual en Milán para ponernos al día, hablar de nuevas estrategias de mercado, cosas de ese estilo.

Se había equivocado. Ni cajero de banca ni abogado ni tiralevitas, sino joven empleado del mundo empresarial, de esos cortados por el mismo patrón. Tendría que haberse dado cuenta al momento. Estaba envejeciendo. Se puso nervioso.

—Vaya al grano, por favor. Dispongo de poco tiempo.

—Un momento, ya casi estoy. Hace seis meses que vivo con una chica, Laura Sorrentino, que está en el último curso de Arquitectura. Vivimos aquí, en el número 16 de la via Pirandello. Es una casita de una planta, estamos los dos solos. Ya durante el trayecto en coche he visto que pasaba algo raro.

—¿En qué sentido?

—Bueno, siempre que vuelvo, nada más aterrizar en Punta Raisi, llamo a Laura. Y es lo que he hecho esta mañana, pero no me ha contestado.

—¿La ha llamado al móvil o al fijo de casa?

—Al fijo. He dejado que sonara un buen rato, pero no ha habido respuesta. Cuando he llegado, he metido el coche en el garaje y luego he entrado en casa por el jardín. En cuanto he abierto la puerta, he dado un paso, he visto la situación, he entendido lo que había pasado y he decidido venir a verlo a usted. He cerrado con llave y aquí me tiene.

—¿A quién llamaba ahora, mientras esperaba a que lo recibiera?

—A mi padre, para contárselo. Es el alcalde de Montelusa.

¡Mala noticia! El antiguo diputado Renato Tasca, secretario regional de su partido, docente universitario y arquitecto, tenía enchufes por todas partes: en el gobierno, en la oposición, en las televisiones, en los periódicos, en el Vaticano, en Estados Unidos, en los países islámicos... La cosa se presentaba muy enrevesada.

—¿Y quiere tener la gentileza de decirme qué ha visto cuando ha abierto la puerta?

A Montalbano la voz monótona y plana del muchacho le alteraba el sistema nervioso.

—A Laura. Completamente desnuda y cubierta de sangre. Muerta.

Y, hablando de sangre, ¿qué tendría en las venas aquel jovencito? ¿O era un pez de sangre fría? Acababa de decir que

hacía diez minutos se había encontrado a su novia muerta con el mismo tono de quien suelta: «¿Sabe una cosa, comisario? Hoy creía que iba a abrirme la puerta vestida de verde y en realidad se había puesto el conjunto amarillo.»

—¿Cómo ha podido saber de inmediato que estaba muerta?

—Algo así se ve perfectamente, comisario —contestó, lo cual era cierto.

Entonces el joven sacó del bolsillo un manojo de llaves y se las ofreció.

—Si quiere ir a ver...

¡Ir a ver! ¡Como si le estuviera pidiendo que fuera a comprobar si se había dejado el gas abierto!

Al cabo de una hora, delante de la casa de una planta de la via Pirandello, 16, había periodistas, cámaras de televisión y curiosos de los que solían precipitarse hacia el lugar de un asesinato como moscas sobre la mierda. Dentro estaban el *dottor* Pasquano, los de la científica al completo y el fiscal Tommaseo, que interrogaba a Sergio Tasca en la sala de estar. Montalbano, por su parte, daba vueltas y miraba la decoración, que denotaba cierto gusto, o la ropa de Laura en el dormitorio y en el baño. Luego Pasquano mandó que se llevaran el cadáver y el comisario se le acercó.

—Debía de ser muy guapa —dijo el forense—. La han descuartizado.

—¿Cuándo ha sido?

—¿Así a ojo? Yo diría que anoche hacia las diez. O poco antes. Pero le cuento después de la autopsia.

—Quiero hablar con usted —le dijo entonces el fiscal Tommaseo a Montalbano—. Vamos a comisaría. Lo sigo con mi coche.

Y nada más llegar se sentó en el despacho, delante de él, con

la mirada extraviada.

—¿Ha visto usted qué pedazo de muchacha era?

Cuando se trataba de féminas guapas asesinadas, de historias pasionales, de líos amorosos, Tommaseo se regodeaba, se recreaba. Montalbano se imaginaba que era una especie de compensación, porque no se le conocía ninguna historia con una mujer.

—Tengo ya una idea precisa —añadió.

El comisario lo miró pasmado. Ni Sherlock Holmes.

—¡Pues sí, queridísimo amigo! ¡Me ha bastado hablar una horita con el tal Sergio Tasca! ¿Ha visto usted qué autocontrol? ¡Qué dominio de sí mismo! ¡Qué lucidez yo diría que despiadada! ¡¿Cómo puede ser?! ¿Te matan a la novia y ni pestañeas? ¿Te quedas como quien oye llover? ¿No mueves un músculo?

—¿No derramas una lágrima? —dijo Montalbano, aunque sólo fuera para añadir un tópico más a la lista.

—¡Exacto! ¡No ha derramado una lágrima! ¿Está de acuerdo, Montalbano, en que ésa es la frialdad propia de un asesino? ¡Apriétele las clavijas!

Como se había hecho tarde, se fue a almorzar. Un *antipasto di mare*, unos espaguetis con tinta de sepia y unos salmonetes de roca asados. Sin embargo, en lugar de dar el habitual paseíto digestivo-meditativo hasta el muelle, volvió a la comisaría y mandó llamar a la sede de HB en Milán. Estuvieron amables y precisos. El día antes se había celebrado la reunión mensual de representantes regionales. Había empezado a las diez de la mañana con una pausa para almorzar a la una, habían vuelto a las dos, habían terminado a las cinco. Sí, el *dottor* Sergio Tasca había estado presente todo el día. Gracias. De nada.

Claro que eso no era una coartada. Si la autopsia confirmaba que a Laura la habían matado poco antes de las diez de la noche, el *dottor* Sergio Tasca habría tenido todo el tiempo del

mundo para coger un vuelo a Milán, llegar a Vigàta, cargarse a la chica y volver a Milán para hacer el viaje a Sicilia otra vez al día siguiente por la mañana. Llamó a Fazio y le expuso la hipótesis.

—Comprueba si es posible en función de los horarios de los aviones. Yo es que no los entiendo.

Luego llamó a Sergio Tasca, que se había instalado en casa de su padre, en Montelusa, y le dijo que lo esperaba en la comisaría a las cinco.

—A ver, los márgenes son muy ajustados, pero el chico podría haberlo hecho. El último vuelo a Roma sale a las doce en punto y una vez en Roma coge el de las... —empezó a explicarle Fazio al cabo de cinco minutos.

—No me toques los cojones con tanto horario. Me basta con saber que la cosa es factible. Ah, oye, de esa Laura Sorrentino quiero saber vida, muerte y milagros antes de esta noche a las ocho.

—¿*Dottor* Pasquano? Montalbano al aparato.

—¿Por qué no me sorprende? Ha tenido suerte, porque hace tres días que nadie mata a nadie, así que he podido hacer la autopsia enseguida. Se lo cuento todo y así deja de tocarme las pelotas. A ver, cuarenta y siete cuchilladas, la primera de las cuales, en la yugular, fue mortal. Las otras cuarenta y seis le sirvieron al asesino para desahogarse; se concentró en el pubis y en los senos. ¿Está claro? El homicidio se produjo sin lugar a dudas hacia las nueve, la chica había comido, pero no había empezado a digerir. Y lo siento por el *dottor* Tommaseo, pero, a pesar de las apariencias, no la violaron y tampoco hay indicios de relaciones sexuales. Y con eso me despido. Buenas tardes.

—¡Espere un momento! ¿Hubo pelea?

—¿Cómo coño quiere que haya habido pelea si de buenas a

primeras le seccionan la yugular? La chica entró en el estudio y el asesino la mató a la primera.

—¿Con qué clase de cuchillo?

—No se trata exactamente de un cuchillo, sino de algo fino y muy afilado. Una navaja de afeitar, una cuchilla. Ah, se me olvidaba: estaba embarazada.

¡El muy hijo de puta había dejado el gran golpe de efecto para el final!

—De dos meses —concluyó Pasquano, anticipando la pregunta del comisario.

—Usted, señor Tasca, cuando estaba en Milán, ¿llamaba por teléfono a Laura?

—Sí, como mínimo tres veces. Al llegar, en la pausa de la comida y por la noche.

—¿Ayer por la noche la llamó?

—Sí, claro. A las nueve. Laura me dijo que le dolía un poco la cabeza, que había cenado, que iba a ver algo en la tele y que luego se acostaría.

—¿Estaba tranquila?

—Tranquilísima. Normal.

—¿Cómo la llamó? ¿Desde el hotel? ¿Con el móvil?

—No, desde una cabina. Aún no había ido al hotel y tenía el móvil sin batería.

—¿Y qué hizo después de la reunión?

—Me fui a cenar y...

—No, empiece a las cinco.

—Veo que se ha informado —dijo Sergio con una sonrisita—. Voy a tener que decirle la verdad. Fui a ver a una amiga. Cené en su casa. Hacia las nueve bajé a comprar tabaco y de paso a llamar a Laura. Luego volví a subir.

—¿Por qué no la llamó desde casa de su amiga?

—Me habría dado cierto reparo.

El *dottor* Tasca no era amigo de rodeos. ¡Menudo sujeto! ¡Se había echado una amiguita milanesa!

—¿Durmió en su casa?

—Sí.

—¿Va a verla el día 25 de cada mes?

—Sí. Desde hace dos años, salvo por una pausa de unos meses.

—¿Laura estaba al tanto?

—No.

—¿Quiere darme los datos de contacto de esa amiga?

—Cómo no. Stella Ambrogini. Via Sardegna, 130. El teléfono es el 02-456231. Podrá confirmárselo todo. Aunque en la rueda de prensa he dicho que había dormido en un hotel.

Montalbano se sorprendió y soltó una imprecación.

—¡¿Ha dado una rueda de prensa?!

—Pues sí. Insistían tanto... Lo he hecho en Montelusa, en casa de mi padre, antes de venir aquí a verlo.

—Perdone, pero ¿su padre estaba presente?

—No, está en Roma. Se fue anoche y vuelve hoy a última hora. ¿Por qué?

—Porque no creo que su padre lo hubiese aprobado. ¿Estaba al menos su abogado?

—No, ¿por qué tendría que haber estado?

¡El chico quería cavar su propia fosa! ¿Era tonto de remate o quería parecerlo?

—Oiga, con Laura... ¿cómo iba todo?

—La quería.

Lo dijo con el mismo tono de quien dice que le tenía mucho cariño a un perro que se le ha muerto, hasta el punto de que él mismo se sintió obligado a explicarse.

—Mire, comisario, apenas dos meses después de irnos a vivir juntos, Laura y yo pasamos a ser, cómo le diría, buenos amigos.

Nos dimos cuenta de que los dos habíamos cometido un error, ya no había arrebato, pasión. Afecto sí. Como un viento que cesa de golpe. Así fue.

—Entendido. ¿Y lo hablaron?

—Por supuesto. Y mucho. Creo incluso, aunque sólo es una suposición, se lo advierto, que durante el último mes Laura, que se sentía libre sentimentalmente, había encontrado un nuevo aliciente.

—¿Qué se lo hace suponer?

—Pues una especie de cambio... Volvía a mostrarse más alegre, más...

—Estaba embarazada de dos meses.

Montalbano, que esperaba alguna reacción del tipo que fuera, se llevó un chasco.

—¿Ah, sí? No me lo había dicho. A saber si era mío.

—Oiga, esa pausa en la relación con su amiga de Milán que ha mencionado antes, ¿cuándo se produjo?

—En los primeros meses de convivencia con Laura.

—¿Tiene idea de quién puede ser el hombre con el que Laura había encontrado, como dice usted, un aliciente?

—Ni la más remota.

—Por cierto, cuando ha abierto la puerta de su casa... ¿estaba cerrada con llave?

—No, no he tenido que dar ninguna vuelta a la llave.

—¿Ha visto indicios de que estuviera forzada?

—No, no había ninguno.

—¿Me confirma que ha venido directamente a comisaría después de descubrir el homicidio?

—Sí. He llegado a Punta Raisi a las ocho y diez, a las nueve cuarenta estaba en Vigàta y a las diez ya estaba hablando con usted aquí.

—¿Siempre tarda hora y media del aeropuerto a Vigàta?

—Sí. Conduzco bien, ¿sabe? Por supuesto, es hora y media si

no hay tráfico.

—Muy bien, por ahora es suficiente. Vamos a vernos mañana por la mañana a las...

—Quería decirle que hay algo que no me cuadra.

—Dígame.

—Laura estaba desnuda encima de la mesa del estudio, pero allí dentro no he visto ropa suya.

—Cuando se ponía cómoda, ¿qué...?

—Mi chaqueta del pijama, que le iba larga, pero a las nueve de la noche, cuando la... Seguro que se había duchado y estaba en albornoz... Un albornoz blanco, de toalla. ¿Lo han encontrado?

—No sé, se lo preguntaré a la científica.

Sonó el teléfono. Era Tommaseo.

—¿Montalbano? He convocado a Sergio Tasca mañana a las nueve. ¿Viene también usted?

—Bueno, la verdad es que tengo...

—Muy bien, muy bien. ¿Ha hablado con él? ¿Le ha apretado las clavijas? He descubierto cómo lo hizo, ¿sabe? La clave está en los horarios de los aviones.

Resultaba que Tommaseo había tenido la misma idea.

—Tasca se encuentra ahora aquí delante de mí —dijo el comisario.

—Ah, bueno. Cuando termine, cuénteme —contestó el otro, antes de colgar.

—Era el fiscal Tommaseo, con el que ha hablado antes. Lo espera mañana a las nueve. Cuando vuelva a casa de su padre se encontrará el aviso. ¿Quiere un consejo? Búsquese un abogado.

En cuanto salió el joven, cogió el teléfono y se lo contó todo a Tommaseo.

—¡Bravo, Montalbano, ya tenemos el móvil!

—¿Cuál es?

—¡Si está clarísimo! Tasca descubre que Laura está embarazada, sabe que el niño no es suyo y, loco de celos, se la carga. Coge un avión a Milán...

—Eso ya lo hemos hablado, pero tiene una coartada que sin duda esa chica milanesa, Stella Ambrogini, confirmará.

—¿Qué valor quiere que tenga la palabra de una prostituta?

—¿Quién le ha dicho que esa Stella sea una prostituta?

—La intuición.

No había tutía, Tommaseo estaba emperrado en empapelar a Sergio Tasca y sin duda lo haría. Era mejor desvincularse.

—Mire, *dottor* Tommaseo, creo que está cometiendo un grave error.

—¿Ah, sí?

—Sí, no estoy en absoluto de acuerdo con concentrar la investigación sólo en Sergio Tasca. Hay todo un abanico de...

—Si no está de acuerdo, lo hablo de inmediato con el jefe superior.

—Haga lo que considere oportuno.

Eran las siete. Salió de su despacho.

—Catarella, vuelvo antes de las ocho.

Subió al coche y al llegar a la casa de la via Pirandello aparcó y bajó. En ese momento no pasaba nadie y aprovechó para retirar el precinto, abrir la puerta y entrar. En el estudio, donde habían matado a la chica, el olor a sangre todavía era penetrante. La habían encontrado tumbada encima de la mesa, desnuda y en una pose obscena. Como si su asaltante la hubiera matado cuando se disponían a hacer el amor. Tasca no había mentido: bastaba poner un pie en el recibidor para ver la mesa; es decir, que no le había hecho falta entrar en la habitación para ver lo que había sucedido.

En el estudio había, además de hojas con el logotipo de HB,

libros y dibujos de arquitectura, planos de ciudades, manuales de urbanística, grandes hojas de papel vegetal, papel de dibujo, lápices, gomas, rotuladores fluorescentes, escuadras... Estaba claro que allí era donde estudiaba Laura. Buscó por toda la casa y no dio con el albornoz blanco. El asesino se lo había llevado, quizá dentro de una bolsa de plástico de supermercado. Después salió de la casa y la contempló desde fuera. El garaje tenía dos entradas: una grande, con un portón metálico, que daba a una calle paralela, la via Scipione, y otra más pequeña, con una puerta de madera, que daba al jardincito. Se accedía al garaje con el coche por la via Scipione y luego se salía por detrás para ir a casa. Práctico. Se acercó a la persiana. A mano izquierda, a la altura de una persona, entre el portón y la guía metálica por la que se deslizaba, alguien había metido una tarjeta doblada. La sacó. Llevaba impreso un texto: «EL OJO. Servicio de vigilancia nocturna.» Y debajo, escrito a bolígrafo: «25 de mayo de 2007.» La dejó en su sitio, cogió el mando a distancia del garaje, que estaba en el llavero, abrió y miró el interior. Estaba vacío. Volvió a cerrar el portón, se agachó para recoger la tarjeta, que se había caído al suelo, la dejó en su sitio y abrió de nuevo el portón. La tarjeta se cayó, igual que la primera vez. Entonces se la metió en el bolsillo, cerró y regresó a la comisaría.

—La chica se llamaba Laura Sorrentino, hija de Nicola Sorrentino y de Elena Gattuffo, nacida en Vigàta el... —empezó Fazio, sin apartar la mirada de la chuleta.

Fazio tenía lo que Montalbano llamaba «el síndrome del registro civil», un vicio que lo ponía de los nervios.

—Si no te callas ahora mismo, te obligo a tragarte el dichoso papel.

Torciendo el gesto, el inspector lo dobló y se lo metió en el

bolsillo.

—Dime sólo lo que te parezca de importancia.

—Hay una única cosa importante. Me la ha contado Concetta Arnone, una señora que vive en la cuarta planta del edificio que está justo delante de la entrada del garaje de la via Scipione. Dice que desde hace tres meses se había fijado en un hombre que algunas noches entraba directamente en coche en el garaje y salía por la puerta de atrás. Cuando pasaba por el jardín, ella había podido distinguir, a la luz de las farolas, que sin duda alguna no se trataba de Sergio.

—Perdona, pero, cuando llegaba ese hombre, ¿Sergio dónde estaba?

—Según la señora Arnone, el chico se iba como mínimo una vez por semana y pasaba incluso dos noches seguida fuera.

—Tiene lógica: por su trabajo, debía de ir a visitar los puntos de venta de Catania, Palermo, Messina... ¿Eso es todo?

—Sí, jefe. Ah, hay otra cosa. Me lo ha dicho un periodista. Por lo visto el que le presentó a Laura a Sergio fue su padre.

—¿El de quién?

—El de él, de Sergio. Dicen que al señor profesor le gustan mucho las alumnas guapas y jovencitas. Según el periodista, fue cosa de un traspaso de poderes. Y el chico no le dijo que no porque hace todo lo que le manda su padre.

—¿Y eso?

—Sergio en realidad no es hijo suyo, lo adoptaron cuando tenía tres años. Quizá actúa así por gratitud.

—Oye, hazme un favor. Llama desde aquí a ese servicio de vigilancia nocturna, que se llama El Ojo, y pregunta a qué hora pasan por la casa y el garaje de la via Pirandello y la via Scipione.

Fazio obedeció.

—A la una de la madrugada, minuto arriba, minuto abajo.

Estaba saliendo de su despacho para irse ya a Marinella cuando sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Ah, *dottori*! ¡Estaría el *siñor* jefe *supirior* al teléfono!

—Pásamelo.

—Oiga, Montalbano, me ha llamado el *dottor* Tommaseo para decirme que no está usted de acuerdo con su forma de enfocar la investigación del homicidio de esa chica. ¿Es cierto?

—Sí, jefe superior.

—Bueno, pues sólo hay una solución. Pasar el turno. A partir de ahora, se ocupará del caso el nuevo jefe de la Brigada de Homicidios, el *dottor* Rasetti. ¿De acuerdo?

En la jefatura, los responsables de la Brigada de Homicidios cambiaban cada quince días. Montalbano aún no había tenido oportunidad de conocer a aquel Rasetti, puesto que había llegado apenas hacía tres días.

—Me parece la solución más lógica, jefe superior.

Puede que el *siñor* jefe *supirior* se sorprendiera ante la docilidad del comisario, porque llegó incluso a desearle que pasara una buena noche.

Antes de acostarse, Montalbano vio las noticias de Televigàta. Al empezar, salió uno que anunció que iban a volver a emitir la «perturbadora» (dijo exactamente eso, «perturbadora») rueda de prensa de Sergio Tasca, pareja de Laura Sorrentino, la joven estudiante asesinada salvajemente, etcétera, etcétera. Entonces empezó la grabación. Lo que más sorprendía era la indiferencia con la que Sergio ofrecía las respuestas, como si todo aquel asunto no tuviera nada que ver con él. No se amedrentaba con ninguna pregunta, ni siquiera con las más insidiosas, y su tono de voz nunca se alteraba, no existía el menor rastro de emoción en sus palabras. Tanto era así que poco a poco los periodistas

fueron enfriándose y sus preguntas se volvieron cada vez menos agresivas para acabar en una especie de desinterés general. Se habían convencido de que, lógicamente, alguien así tenía que ser el asesino. Cuando terminó la grabación, asomó la cara de culo de gallina de Pippo Ragonese, el periodista estrella del canal.

Acaba de llegar a nuestra redacción la noticia de que el jefe superior Bonetti-Alderighi ha relevado al comisario Salvo Montalbano, por desavenencias con el fiscal Tommaseo, del caso del asesinato de la pobre Laura Sorrentino, y lo ha sustituido por el dottor *Silvio Rasetti, nuevo jefe de la Brigada de Homicidios. Al parecer, las discrepancias son consecuencia de la excesiva cautela del comisario Montalbano ante la idea de llevar la investigación en una dirección que sin lugar a dudas tendría consecuencias y repercusiones de un calibre importante, mientras que el fiscal Tommaseo, por su parte, está decidido a proceder y no tiene pelos en la lengua, como suele decirse. La noticia del relevo del* dottor *Montalbano sólo puede alegrarnos, puesto que hace años que defendemos que este funcionario público…*

Montalbano apagó. El discursito de Ragonese, traducido, quería decir: uno, que Sergio Tasca era con seguridad el asesino; dos, que el comisario se había apartado por cobardía, por no tener el valor de afrontar el alboroto que inevitablemente desencadenaría el padre de Sergio; tres, que el fiscal Tommaseo iba a ordenar sin lugar a dudas la detención del joven.

Sin embargo, y dado que el cazador no sale al monte por el placer de disparar, sino sobre todo para satisfacer su pasión por la caza, a las nueve de la mañana del día siguiente el comisario se fue a la via Scipione, miró los nombres escritos en el interfono de la casa que estaba justo delante del garaje de

Tasca y llamó al piso de Concetta Arnone.

—¿Quién es?

—El comisario Montalbano. Me gustaría hablar con usted.

—Suba. Es el cuarto.

En la primera media hora de conversación, Montalbano se enteró de que la señora Concetta era viuda; de que no tenía hijos; de que con la pensión se las apañaba regular; de que tenía una hermana, aunque vivía en Fiacca; de que la vecina le hacía la compra; de que, al no tener nada que hacer, y como las piernas ya no le respondían, se pasaba todo el santo día sentada en el balcón viendo pasar a la gente; de que...

En ese momento, el comisario interrumpió el monólogo e hizo la pregunta en la que había depositado sus esperanzas. Obtuvo ni más ni menos la respuesta que esperaba oír.

A las cinco de la tarde de ese mismo día fue detenido Sergio Tasca, acusado de haber matado a Laura Sorrentino. Según les dijo el fiscal Tommaseo a los periodistas, se trataba de «un homicidio premeditado con una lógica cruel y perpetrado con una frialdad atroz». Sergio había tomado el vuelo de las siete de la tarde de Milán, había llegado a las ocho y media a Punta Raisi, había cogido el coche, había llegado a Vigàta a las diez («Pero ¿no la habían matado a las nueve?», se preguntó Montalbano), había matado a Laura y la había desnudado para dificultar la investigación, había vuelto a Punta Raisi y había tomado el avión a Milán, donde había llegado a la una y media de la madrugada para volver a partir hacia Vigàta al cabo de pocas horas. Una joven milanesa (que era empleada de HB y no una prostituta) había confirmado la coartada del señor Tasca y sería acusada de complicidad. ¿El móvil? Laura había descubierto que estaba embarazada y quería casarse, pero Tasca, que prefería seguir disfrutando de la vida a su manera,

había decidido quitarla de en medio.

—Es un hombre que carece por completo de sentimientos de humanidad, como ha podido ver todo el mundo ya en la rueda de prensa que de forma tan incauta ha concedido —sentenció el fiscal, poniendo toda la carne en el asador.

¿Las pruebas? Los señores de la prensa debían tener un poco de paciencia. Era evidente que para comprar los billetes de avión el señor Tasca no había utilizado su verdadero nombre, de modo que se estaba interrogando al personal de cabina que cubría esas rutas en esos horarios.

A la mañana siguiente, el abogado de la defensa, el renombrado Arturo Lanzetta, llamó a la prensa para decir simplemente lo siguiente:

—Estamos en disposición de demostrar que el día 26 por la mañana Sergio Tasca no viajó en el avión de Milán a Palermo. Repito: no viajó en ese avión. La reconstrucción del fiscal Tommaseo carece, pues, de todo fundamento.

• • •

A las cuatro de la tarde, el fiscal Tommaseo declaró:

—Estamos en disposición de demostrar que el día 25 por la tarde Sergio Tasca viajó de Milán a Roma. Desde allí procedió con facilidad hacia Palermo.

A las ocho, el abogado Lanzetta proclamó *urbi et orbi*:

—A pesar de que nuestro defendido se ha encerrado en un terco mutismo, estamos en disposición de demostrar que el día 25 Sergio Tasca viajó en efecto de Milán a Roma, como ha afirmado el fiscal Tommaseo, pero en el vuelo que salía de Milán a las once de la noche; es decir, sin que le diera tiempo de cometer el homicidio.

Dos días después, el tribunal al que los abogados de la defensa, todos ellos muy conocidos, habían presentado un recurso de urgencia para anular la prisión provisional de Sergio ordenó su puesta en libertad.

Pero ¿qué había ido a hacer a Roma la noche del 25?

—A ver a su padre, que lo había llamado a Milán muy alterado después de matar a Laura —le dijo Montalbano al jefe superior.

Se había presentado ante él por voluntad propia. Y Bonetti-Alderighi lo escuchaba con los ojos como platos.

—Pero ¿por qué iba a matarla?

—Me he enterado de que Laura había sido amante de su profesor, el alcalde Renato Tasca, que luego la había emparejado con su hijo, el cual, según es bien sabido, está completamente dominado por su padre. Luego la relación entre el profesor y la joven se reanudó y Laura se quedó embarazada. El día 25 por la noche, el alcalde tenía que irse a Roma en el último vuelo del día, pero ella se empeñó en verlo. Él acude, mete el coche en el garaje y entra en la casa. Son más o menos las nueve. Se produce entonces una discusión furibunda entre los dos, puede que ella lo chantajee, el caso es que él pierde la cabeza, agarra una cuchilla que tiene al alcance de la mano, la mata y descarga su odio descuartizándola. Luego, para confundir, la desnuda, la coloca en una pose sugerente y se lleva el albornoz que le ha quitado.

—¿Por qué?

—Pues porque el albornoz está repleto de cortes y habría revelado lo contrario de lo que el alcalde quiere hacer creer. Después vuelve al garaje, se cambia el traje ensangrentado por el que lleva en la maleta, mete dentro el albornoz, llama a Sergio y corre a la desesperada hacia el aeropuerto. Me he informado y tomó ese último vuelo. En Roma, padre e hijo

establecen una línea de defensa. Con su conducta, Sergio debe hacer que sospechen de él. Su padre pondrá a su disposición el peso de todo un colegio de abogados que desmontará la acusación. Y, en efecto, todo sale como han acordado.

—Una buena reconstrucción —dijo el jefe superior secándose el sudor de la frente.

Estaba claro que el asunto le daba mucho miedo: acusar de homicidio a Renato Tasca podía suponer el fin de su carrera.

—Pero no tenemos la menor prueba —dijo, concluyente.

—De momento, no. Aunque bastará con enterarse de en qué hotel de Roma se alojó el alcalde y de si fue alguien a verlo. Y enseñarle la foto de Sergio al portero de noche. ¿No le parece?

—Bueno... sí. Pero usted, Montalbano, ¿cómo ha conseguido montar toda esa...?

—El otro día, es decir, el 26 por la tarde, cuando aún tenía asignado el caso, fui a echar un vistazo a la casa de Sergio Tasca. Al garaje se puede acceder tanto desde el exterior, por la via Scipione, como desde el interior, es decir, por el jardín. Bueno, pues me fijé en que en el portón del garaje había una tarjeta de control de un servicio de vigilancia nocturna fechada la noche del 25 al 26. Al abrir el garaje, tenía que caerse al suelo a la fuerza. Lo probé y, en efecto, así sucedió en dos ocasiones.

—No lo he entendido, perdone.

—Si la tarjeta estaba allí cuando fui el día 26 por la tarde, sería porque nadie había abierto el portón del garaje desde la noche anterior. De modo que Sergio me había mentido al contarme que, nada más llegar a Vigàta procedente de Milán, había metido el coche en el garaje, había salido por la puerta del jardín, lo había cruzado, había abierto la de la casa y había descubierto el cadáver. No, no había llegado a pisar el garaje.

—¡Por el amor de Dios, Montalbano! ¡Eso es irrelevante! ¡Se confundiría! ¡A lo mejor dejó el coche aparcado delante de

casa! ¡No tenía ninguna obligación de pasar por el garaje!

—Aparcó en el vado que hay delante del portón. Eran poco más de las nueve de la mañana. Bajó, pero al momento volvió a subir al coche, como si hubiera cambiado de idea. Permaneció allí sentado unos diez minutos y luego se marchó doblando a la izquierda.

—¿Eso es importante?

—Sí. De haber doblado a la derecha habría pasado por delante de la casa. Y con eso, teóricamente, podría haberse detenido y entrado por la puerta principal. Pero no lo hizo. Al doblar a la izquierda, en cambio, cogió la calle que lo llevaba en cuestión de diez minutos a comisaría. Todo eso me lo contó un testigo ocular, una señora que se llama Concetta Arnone.

—¿Y por qué no entró en casa?

—Porque sabía exactamente lo que había pasado dentro, se lo había contado en Roma su padre, el asesino. Y quizá le faltó valor para ver a Laura en aquel estado.

Montalbano se levantó.

—Por descontado, querido jefe superior, se trata de una reconstrucción completamente personal. Privada, para ser más exactos. Si quiere, háblelo con el *dottor* Rasetti. Espero que pase un buen día.

Bonetti-Alderighi ni reaccionó. Estaba absorto en la contemplación de la punta de un abrecartas.

Sin duda, habría sido muy difícil, sabiendo que el comisario estaba al tanto, acusar del homicidio al primer rumano que encontraran por la calle. No había vuelta de hoja: le tocaba rascarse la sarna hasta hacerse sangre.

Nota de la edición italiana

Estos seis relatos protagonizados por el comisario Montalbano se reúnen por primera vez en un mismo volumen. Se trata de historias escritas en distintas épocas que no se habían incluido en las cinco antologías de cuentos publicadas por Camilleri entre los años 1998 y 2014 y que tienen orígenes muy diversos.

«La ventana indiscreta» apareció por entregas en una publicación mensual gratuita de Roma, *Il Nasone di Prati*, a partir del 30 de marzo de 2007, y semanalmente en la página web Agrigentonotizie.it a partir del 28 de junio de 2008, acompañado de estas palabras del Autor:

> Escribí este cuento, cuyo título, «La ventana indiscreta», pretende ser un homenaje explícito a Hitchcock, para contribuir a la difusión de un pequeño periódico de barrio, *Il Nasone di Prati*, creado por un grupo de jóvenes amigos míos. (Como apunte, el *nasone* o *narizota* de la cabecera hace referencia a esas fuentes de Roma que dispensan agua fresca a los peatones y que se conocen así por la particular forma del grifo.) En consecuencia, me pareció indispensable ambientar la trama en ese mismo barrio de Prati, donde vivo desde hace más de cincuenta años, aduciendo un breve traslado a Roma de Montalbano, a quien un amigo que debe ausentarse de la capital le presta su piso de soltero. Y en la cocina de ese piso hay una ventana que da a un gran patio.
>
> El patio que describí es el que veo desde hace muchos años por una ventana de mi casa. Naturalmente, los habitantes de los pisos que dan al patio de mi relato son producto exclusivo de la fantasía, no tienen la menor relación con quienes viven en ese edificio en la realidad.
>
> Me divertía la idea de enfrentar a mi comisario con un paisaje que

le resultaba insólito, ya que está acostumbrado a vivir en Marinella, en una casita independiente que da a la playa y al mar. Un barrio populoso es para él una absoluta novedad y una fuente de continuo interés. Como en la película de Hitchcock, acaba espiando, aunque sea involuntariamente, la vida de los demás. ¿Qué mejor oportunidad para un hombre que tiene el instinto de la caza, como decía Hammett?

El ritmo narrativo de este cuento fue bastante nuevo para mí: se hacía necesaria, de hecho, una división en breves capítulos que no podían superar las dos o tres cuartillas. Me costó cierto esfuerzo, porque, narrativamente, tengo un ritmo más largo, pero espero haber salido airoso de la empresa. Y les deseo, sea como sea, una buena lectura.

ANDREA CAMILLERI,
28 de junio de 2008

Posteriormente el cuento se incluyó a modo de apéndice en el volumen *Racconti di Montalbano*, editado por Mondadori en 2009, aunque sin la división en breves capítulos derivada de su publicación original por entregas.

«El hijo del alcalde» apareció en 2008 en una edición no venal exclusiva para los clientes del Unicredit Private Banking. La trama constituye el punto de partida de la novela de 2012 *Una voz en la noche*.

Los demás relatos se escribieron para distintas antologías temáticas de la editorial Sellerio:

«Una cena especial», para *Capodanno in giallo*, de 2012.

«La noche de Ferragosto», para *Ferragosto in giallo*, de 2013.

«El calcetín de la Befana», para *Un anno in giallo*, de 2017.

«Veinticuatro horas de retraso», para *Una giornata in giallo*, de 2018.

Seis relatos inéditos que recrean el irresistible universo del comisario Montalbano y su particular manera de entender la vida

Seis relatos no incluidos en las recopilaciones publicadas en vida de Andrea Camilleri, en los que, a partir de pistas mínimas, Salvo Montalbano se ve obligado a esclarecer crímenes disfrazados de accidentes desde una mujer brutalmente asesinada, la desaparición de un preciado anillo, el hallazgo de un cadáver envuelto en una manta tras una juerga veraniega, las consecuencias del noviazgo entre una estudiante de buena familia y un capo huido de la justicia, el debate de un comerciante de vinos entre cumplir con el estado o satisfacer a la mafia, hasta la inusual nochevieja de Montalbano y Livia.

Amenos e intrigantes, estos relatos son una nueva muestra de la sensibilidad y perspicacia del comisario siciliano, que ha

cautivado a millones de lectores en toda Europa.

La crítica ha dicho:
«Camilleri ha demostrado que se puede conciliar armoniosamente lo serio con lo humorístico, lo grave y lo ligero, con comprensión hacia las debilidades humanas».
Babelia

«Si hay autores cuyos libros suscitan admiración, sorpresa, emoción, los de Andrea Camilleri suscitan eso [...] y lo hacen gracias a una combinación infalible: una sabiduría de zorro viejo, un humor socarrón del que nadie se libra y una enorme comprensión hacia las debilidades humanas».
ABC Cultural

Andrea Camilleri nació en 1925 en Porto Empedocle, provincia de Agrigento, Sicilia, y murió en Roma en 2019. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión e impartió clases en la Academia de Arte Dramático y en el Centro Experimental de Cine. En 1994 crea el personaje de Salvo Montalbano, el entrañable comisario siciliano protagonista de una serie que en la actualidad consta de treinta y dos novelas. También ha publicado otras tantas de tema histórico, y todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri, traducido a treinta y seis idiomas y con más de treinta millones de ejemplares vendidos, es uno de los escritores más leídos de Europa. En 2014 fue galardonado con el IX Premio Pepe Carvalho.

Título original: *La coscienza di Montalbano*

Primera edición: mayo de 2023

© 2022, Sellerio Editore, Palermo
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Carlos Mayor, por la traducción

Imagen de portada: © iStockphoto. Ollirg

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-61-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La conciencia de Montalbano

La noche de Ferragosto

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Veinticuatro horas de retraso

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

La ventana indiscreta

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Una cena especial

- Capítulo 1
- Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
El calcetín de la Befana
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
El hijo del alcalde
Nota de la edición italiana

Sobre este libro
Sobre Andrea Camilleri
Créditos